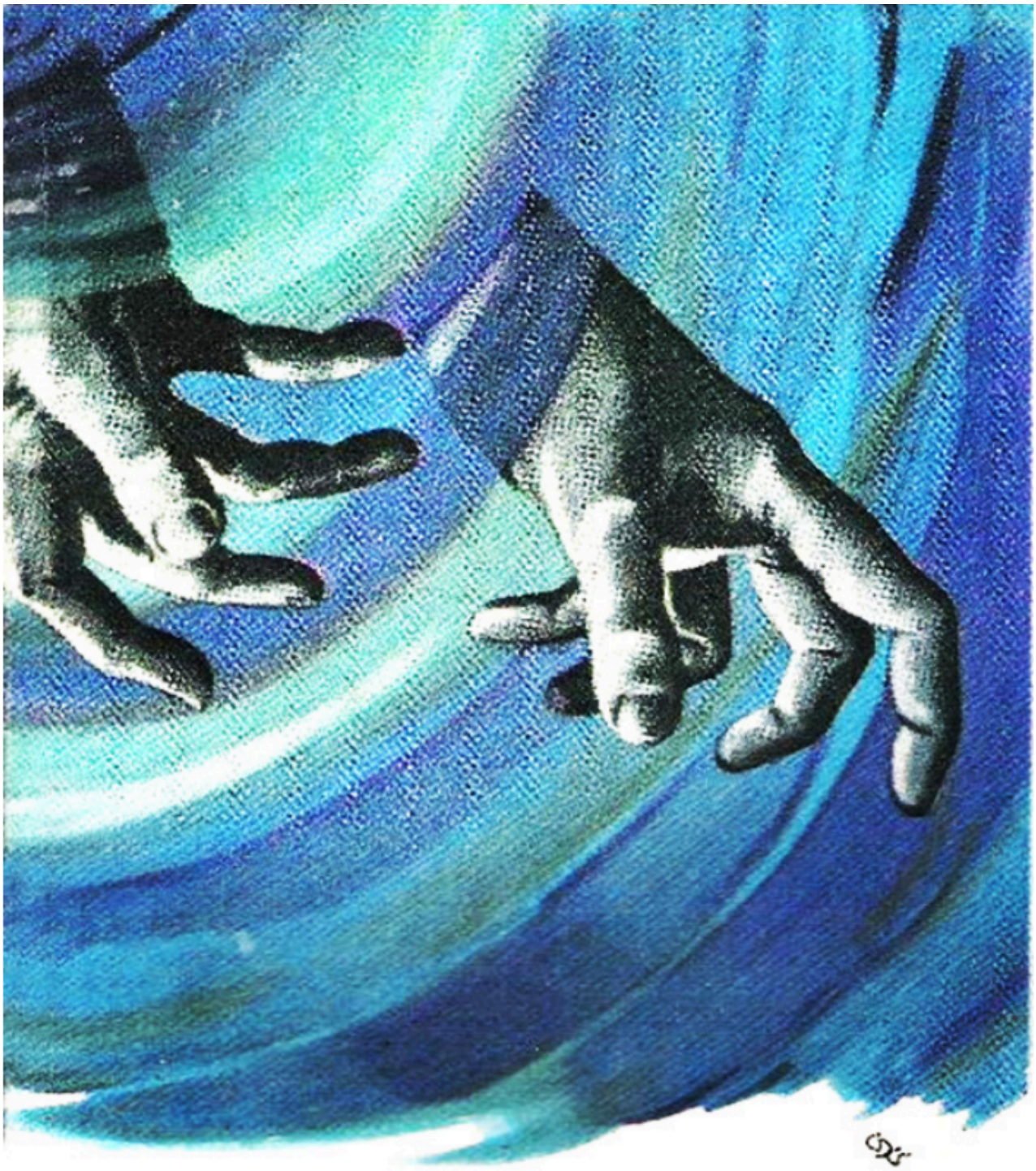


william golding

PINCHER MARTIN

El único superviviente de un destructor torpedeado es milagrosamente arrojado sobre una enorme roca en medio del Atlántico. En contra de él están el mar, el sol, el frío de noche y el terror de su aislamiento. En el núcleo de esta dura historia de violencia física y psicológica se encuentra la voluntad de vivir de Christopher Martin, el maravilloso personaje creado por William Golding. Esta es la tercera novela que publicó, también titulada como Martín el náufrago.

William Golding

Pincher Martin

ePub r1.0
Titivillus 26.11.2018

Título original: *Pincher Martin*
William Golding, 1956
Traducción: Carmen Ibañez Langlois

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

1

Luchaba; luchaba en todo sentido. Su propio cuerpo convulsionado era el eje que, anudado sobre sí mismo, se oponía a los elementos. Para él no existía ni el más allá ni el más acá. No había luz, no había aire. Sintió que su boca se abría por sí sola y que de ella emanaba una sola palabra, un grito:

—¡Socorro!

Al escapársele ese grito, junto con un resto de aire, el agua llenó el vacío de su garganta; un agua dura, quemante, que caía y lo hería como si hubiera sido piedra. Revolcándose en el agua negra y ahogante, envolvió su cuerpo, sujetándolo donde se había escapado ese aire; pero cedió al pánico y su boca se dilató hasta que las articulaciones de sus mandíbulas le produjeron un intenso dolor. El agua le penetraba a borbotones y sin piedad, y durante un momento, mezclado con ésta, le llegó un poco de aire que se esforzó por respirar; pero el líquido lo redujo, haciéndolo girar y nublándole totalmente toda conciencia.

Un ruido como de turbinas desgarraba sus oídos, y chispas verdes se desprendían del centro de su ser. Sentía el sonido de pistones que, acelerando, sacudían el universo entero. Procuró enterrarle los dientes a una máscara de viento helado que cubría su cara. Agua y aire se confundieron, arrastrando a ese cuerpo hacia las profundidades como si hubiera sido un canto rodado. Músculos, nervios y sangre, pulmones que se esforzaban y un engranaje en la cabeza se aunaron durante un momento para volver a dar forma a su ser. Los tragos de agua dura le sacudían el gaznate, los labios se juntaban para separarse enseguida, la lengua se arqueaba y el cerebro se encendía como una estela de neón.

—Ma…, —alcanzó a exclamar; pero el hombre permanecía suspendido, alejado de toda esa conmoción, despegado de su cuerpo sacudido. Las imágenes luminosas desplegadas ante él estaban bañadas de luz; pero le eran indiferentes. De haber podido controlar los nervios de su rostro, o si ese rostro hubiera podido reflejar la actitud de su «yo» consciente, donde permanecía suspendido entre la vida y la muerte, ese rostro habría parecido más bien una mueca. La mandíbula estaba distorsionada en una contorsión hacia abajo, y la boca llena de líquido.

El arco verde que emergía del centro de su ser comenzó a girar hasta convertirse en un disco. La garganta, ya tan distante del hombre que gruñía, comenzó a vomitar agua y a absorberla nuevamente. Las masas de agua dura ya no le hacían daño. Se estableció una especie de tregua; observaba su cuerpo no ya con un rostro, sino con una mueca.

Una imagen se fijó ante el hombre y éste la observó. Hacía muchísimos años que no le había sido dado ver algo semejante, de manera que la mueca se convirtió en curiosidad y perdió parte de su intensidad. Examinó la imagen.

Era un pote de jalea que estaba posado sobre una mesa brillantemente iluminada. Lo mismo podía haber sido un inmenso pote en el centro de un escenario, o uno muy pequeño que apenas le rozara la cara; de todas maneras le resultaba interesante, pues podía observar dentro de este pequeño mundo tan distante, y que le era posible controlar. El frasco estaba casi lleno de un agua transparente, y en él flotaba, perpendicularmente, una minúscula figura de cristal. La boca del pote estaba cubierta por una delgada membrana de goma blanca. Sin pensar ni moverse, observó su contenido, mientras su cuerpo distante se tranquilizaba y se relajaba. El placer que le brindaba el pote consistía en que la pequeña figura de cristal estuviera tan delicadamente equilibrada entre dos fuerzas opuestas. Si se dejaba caer un dedo sobre la membrana se comprimiría el aire interior, que, a su vez, haría mayor presión sobre el agua; entonces el agua penetraría más profundamente en un pequeño tubo dentro de la figurita y ésta comenzaría a hundirse. Al variar la presión sobre la membrana se lograba hacer lo que se deseaba con la figura de cristal, que, en esa forma, quedaba totalmente a su merced. Murmurándole se le podía decir: ¡Húndete ahora!, y entonces descendería, descendería, descendería; también estaba en su poder el ceder, enderezándola, darle casi una brizna de aire, verla luchar hacia la superficie, para después, sin titubeos, despacio, despiadadamente,

hacerla hundirse y hundirse.

Relacionaba el equilibrio delicado de la figura de cristal con su propio cuerpo. En un instante de muda percepción se vio rozando la superficie del mar con una estabilidad igualmente peligrosa, suspendido entre el flotar o el irse al fondo. La mueca pensó palabras. No las articuló, pero allí estaban en forma tan luminosa como si hubieran sido una realidad.

Naturalmente. Mi salvavidas.

Éste estaba sujeto por unas cintas que pasaban debajo de los brazos; ahora hasta las podía sentir, circundándole el pecho y amarradas adelante entre su cuerpo y el capote encerado. El salvavidas estaba casi totalmente desinflado, tal cual recomendaban las autoridades, pues un salvavidas con demasiado aire podía reventar al chocar contra el agua. «Aléjese del navío nadando y después infle su salvavidas».

Junto con concebir el salvavidas surgieron en su mente un torrente de imágenes entrelazadas: la tabla barnizada donde se exponían las instrucciones; las fotografías del salvavidas con su tubo y su válvula de metal insertada a través de las cintas. Súbitamente tuvo conciencia de quién era él y de dónde estaba. Se encontraba suspendido sobre el agua, igual que la figura de cristal; no luchaba; su cuerpo estaba fláccido, y un torbellino de agua barría su cabeza con regularidad.

Su boca se llenaba de agua, ahogándolo. Relámpagos de un proyectil luminoso atravesaron la oscuridad. Sintió que un peso lo arrastraba hacia las profundidades. Gruñó nuevamente ante el recuerdo de las pesadas botas de mar y entonces comenzó a mover las piernas. Logró apoyar un dedo del pie sobre otro y empujó; pero la bota no se desprendía; encogiéndose sobre sí mismo, sintió que sus manos estaban muy distantes, pero que aún le eran de utilidad. Oprimió sus labios al tiempo que ejecutaba una acrobacia resuelta dentro del agua y que el proyectil luminoso relampagueaba. Sintió el latir de su corazón, y durante mucho rato ése fue el único punto de referencia que tuvo dentro de la oscuridad informe. Logró subir su pierna derecha sobre su muslo izquierdo y la izó penosamente con manos flojas. Su bota de mar se deslizó hasta la mitad de la pierna y con una sacudida se liberó de ella. Una vez más sintió el contacto de la goma entre los dedos de sus pies, y después desapareció totalmente. Levantando su pierna izquierda, forcejeó con la otra bota hasta deshacerse de ella. Ya se había liberado. Desenroscándose, permitió que su cuerpo se soltara libremente.

Su boca sabía lo que precisaba. Se abría y se cerraba contra el agua en busca de aire. Su cuerpo también lo comprendía todo. De tanto en tanto se le hacía un nudo en el estómago y el agua salada brotaba sobre su lengua.

Nuevamente comenzó a sentir temor; no un pánico animal, sino ese temor profundo a una muerte prolongada y experimentada en el aislamiento. Otra vez se oyó el gruñido, pero ahora recobró su aspecto de rostro y el aire le entró por la garganta. Existía un propósito detrás de la mueca que no permitía desperdiciar aire en sonidos inútiles. Un propósito implacable que aún no había tenido tiempo de descubrir. No podía respirar con regularidad, pero sí aspiraba entre los instantes de esa sepultura que se cernía sobre él. A medida que tragaba el aire comenzó a pensar. Volvió a recordar sus manos, y allí estaban, distantes en la oscuridad. Las recogió y con ellas tanteó el material duro de su capote. El botón le hacía daño y apenas si le era posible lograr que pasara por el ojal. Dejándose estar, con pocos movimientos de su cuerpo, pudo sentir que el mar lo ignoraba, tratándolo como la imagen de cristal de un marino o, como un tronco a punto de hundirse, pero que aún flotaría unos momentos. El aire le llegaba con regularidad entre los pasajes de las olas del mar.

Cogió el tubo y lo deslizó por entre las cintas. Podía sentir la goma desinflada y floja que ya casi no lo sostenía. Tomó la válvula entre los dientes y con dos dedos la destornilló, mientras que con los otros sellaba el tubo herméticamente. Aspiró un poco de aire entre la embestida de dos olas y lo sopló dentro del tubo.

Abusó del aire que podía haber entrado a sus pulmones, hasta que su cabeza tambaleó en su cuerpo como si hubiera sido un herido, y mientras tanto la estela verde giraba y revoloteaba a su alrededor.

El salvavidas comenzó a endurecerse bajo su pecho; pero tan lentamente que no pudo darse cuenta del momento en que se produjo el cambio. De súbito el oleaje cubrió sólo sus hombros, y la sepultura que tantas veces se había cernido sobre él, bajo ese oleaje se convirtió en un agua que apenas lo mojaba. Descubrió que no le era necesario luchar por el aire; ya no era un juego de
catch-as-catch-can
. Sopló con fuerza y regularidad dentro del tubo, hasta que sintió que el salvavidas se levantaba forzándole la ropa. No obstante, no dejó de soplar de inmediato. Jugaba con el aire, soltando un poco para enseguida volver a soplar; parecía que hubiera tenido miedo de interrumpir la única acción positiva que podía llevar a cabo con el fin de ayudarse a sí mismo. Durante intervalos largos su cabeza, cuello y hombros se mantenían fuera del agua. Éstos estaban más fríos que el resto de su cuerpo. El aire los entumecía. Comenzó a temblar.

Quitó el tubo de su boca.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Se debatió con el aire que se escapaba del tubo de goma. Torció la válvula hasta que estuvo segura. Dejó de gritar y forzó su vista para ver a través de la oscuridad, pero ésta daba contra el globo de sus ojos. Pasó sus manos delante de ellos, pero tampoco vio nada. De inmediato se sumó al terror del aislamiento y de la muerte el de la ceguera. Comenzó a hacer unos gestos vagos como de trepar en el agua.

—¡Socorro! ¿Hay alguien por acá cerca? ¡Socorro! ¡Sobreviviente!

Mucho rato permaneció temblando y escuchando por si le llegaba alguna contestación; pero el único sonido era el silbido y chasquido del mar batiente alrededor suyo. Su cabeza cayó hacia adelante. Lamió el agua salada de sus labios.

—Tengo que hacer ejercicio.

Empezó a moverse suavemente en el agua; su boca murmuró:

—¿Por qué me habré sacado las botas? ¡No estoy mejor ahora que antes!

De nuevo su cabeza se inclinó hacia adelante.

—Frío. No debo enfriarme demasiado. Si tuviera las botas, me las podría poner y sacar y volver a poner y volver a sacar.

De repente pensó en las botas que se hundían a través del agua, llegando hacia un fondo todavía remoto, a más de una milla de distancia. Ese pensamiento le dio la sensación de que toda esa inmensidad líquida le oprimía el cuerpo, como si estuviera sumergido ya en esa profundidad. Sus dientes, que castañeteaban, se juntaron con fuerza y su cara se retorció. Arqueando el cuerpo dentro del agua, recogió los pies, alejándolos de ese abismo y de esas olas que se hinchaban vertiéndose glutinosas sobre él.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Con sus manos empezó a batir el agua hasta hacer girar su cuerpo. Fijó la vista en las tinieblas, pero nada le indicaba que hubiera completado un círculo. Por donde mirara, la oscuridad era idéntica, sin veta, sin fibra. No había naufragio, ni casco hundiéndose; ningún sobreviviente luchando, salvo él; sólo existían la negrura apoyada al globo de sus ojos y el movimiento del agua.

Comenzó a gritar, llamando a otros, a cualquiera que fuese:

—¡Nat! ¡Nathaniel! ¡Por amor a Dios, Nathaniel! ¡Socorro!

Su voz se desvaneció mientras su cara se contorsionaba. Se dejó estar fláccido dentro del salvavidas, permitiendo que el oleaje lo condujera donde quisiese. De nuevo sus dientes comenzaron a castañetear, y, por momentos, la vibración de éstos se extendió hasta invadirle el cuerpo entero.

Debajo de él, sus piernas no sentían tanto el frío como la presión despiadada del mar. Lo que sentían no era una reacción ante la temperatura, sino ante ese peso que parecía que las iba a triturar, a aplastar. Buscó un sitio donde colocar sus manos, pero en ningún lado dejaron de dolerle. La nuca comenzó a atormentarlo, no gradualmente, sino como si la hubiera atravesado una lanza, de tal manera que el sostener su mentón alejado del pecho le resultaba torturante. La cara se hundía en el mar, absorbiéndolo por la nariz con un ronquido y un ahogo. Escupió, y durante un rato soportó el dolor de nuca.

Con sus manos hizo una cuna entre el salvavidas y su mentón; por espacio de un momento, y mientras pasaron dos golpes de mar, sintió alivio, pero después el dolor aumento. Desprendió sus manos, dejando que su cara cayera en el agua. Extendió su cuerpo hacia atrás, forzando su cabeza no obstante el dolor; si hubiera tenido los ojos abiertos habría estado mirando el cielo. La presión del agua sobre las piernas se hizo soportable. Ya no las sentía como su propia carne; era como si se hubieran transformado en otra sustancia, petrificada pero tolerable. Esa parte de su cuerpo que no había sido invadida y por completo subyugada por el mar se sacudía intermitentemente. La eternidad, inseparable del sufrimiento, estaba allí para ser examinada, para ser experimentada. El gruñido continuaba. Meditó. Sus pensamientos eran penosos, desconectados pero vitales.

Ya pronto será de día.

Debo moverme de un sitio a otro.

Lo suficiente como para sentir que avanzo.

Ya pronto será de día.

Veré los restos del naufragio.

No he de morir.

No debo morir.

Yo no…

Mi tan preciado yo.

Se animó con el surgimiento súbito de un sentimiento que nada tenía que ver con el contacto del mar.

Un agua salada brotaba de sus ojos con rapidez. Sofocó un llanto.

—¡Socorro!, hay alguien. ¡Socorro!

Su cuerpo se mecía suavemente.

Si yo hubiera estado más abajo en el barco podría haber alcanzado uno de los botes o una balsa; pero esto tenía que haber sucedido durante mi condenada guardia. Y salir yo disparado del maldito puente de mando. Al no recibir mi orden a tiempo, ha de haber continuado hacia estribor, hundiéndose o dándose vuelta de campana. Allí han de estar ellos, en algún sitio en la oscuridad donde se fue a pique, haciéndose preguntas esperanzadas, con sus cabezas anudadas salpicando el agua y mezclados con el aceite y los objetos que la corriente lleva a la deriva. Cuando se haga el día debo encontrarlos. Dios mío, los tengo que hallar, si no los van a socorrer y yo voy a quedar solo, hinchándome como un animal muerto. ¡Dios mío!

—¡Socorro! ¡Nathaniel! ¡Socorro!

Y pensar que impartí las órdenes debidas. Si lo hubiera hecho diez segundos antes, ahora sería un héroe.

Yo dije:

—A toda marcha a estribor, ¡por amor a Dios!

El disparo debe de haber dado en el blanco justo debajo del puente. Y pensar que impartí las órdenes debidas. Y que aquí estoy, ¡lanzado dentro de esta bestialidad!

La mueca se fijó de nuevo en la cara ruda, levantando el labio superior y dejando al descubierto los dientes que castañeteaban. El calor de la furia le trajo sangre a las mejillas y detrás de los ojos. Los abrió.

Comenzó a chapalear y a agitarse mirando hacia arriba. Se notaba una diferencia en la textura de la oscuridad; veía manchas y máculas que no provenían de sus propios ojos. Durante un momento, mientras acostumbraba su vista de nuevo, sintió esas manchas contra sus ojos, así como un rato antes había sentido la oscuridad, Después, al afirmar el uso de su vista, vio al mirar hacia fuera la formación fortuita de una luz velada y de una bruma; por más que parpadeara y que forzara su vista, ésta permanecía allí, afuera de él. Inclinando su cabeza hacia adelante vio, más vaga que una imagen desvanecida, la forma cambiante y recortada de una ola que lo elevaba, Momentáneamente divisó su esbozo difuso perfilándose contra el cielo, y después, y elevándose de nuevo, distinguió la cresta de otra ola que avanzaba arrollándolo. Comenzó a hacer gestos como queriendo nadar. Sus manos eran manchas relucientes en el agua y con sus movimientos anuló el peso muerto de sus piernas. Sus pensamientos continuaban vacilantes.

Navegábamos hacia el nordeste. Di la orden. Si él hubiera comenzado a girar podía estar por allá, hacia el este. El viento venía del oeste, pero las olas se desvanecían en el este.

Tanto sus movimientos como su respiración se hicieron feroces. El salvavidas inflado lo ayudaba a nadar. Se detuvo y permaneció flotando. Afirmando sus dientes sobre la válvula, soltó el aire, hasta encontrarse nuevamente medio hundido en el agua. Comenzó a nadar. Su respiración era trabajosa. Con intensidad dolorosa observó las marejadas que se alejaban. Sus piernas se detuvieron; sus brazos cayeron a sus lados. Dentro de su cráneo, su cerebro continuó haciendo movimientos de natación largo rato después que su cuerpo permaneció inmóvil en el agua.

La textura del cielo se hacía más clara. Se produjeron vaporosos cambios en su tono; desde la oscuridad a la penumbra, al gris. Más acá se podían discernir las lomas separadas de las olas en la superficie. Su mente se balanceaba en ritmos flotantes.

Las imágenes invadían su cerebro, interponiéndose entre su ser y sus movimientos desesperados, dirigidos hacia el este. Nuevamente vislumbró el pote de jalea; pero ya carente de significado. Ahora veía a un hombre, una breve entrevista, la cubierta de un escritorio tan lustrosa que se reflejaban en ella los dientes de una sonrisa. Una hilera de inmensas máscaras, que, suspendidas, se secaban. Una voz que venía de detrás de los dientes reflejados en el espejo habló suavemente:

—¿Cuál le parece que sería la más adecuada, Christopher?

Percibía la parte superior de la bitácora con la luz del compás; dio una orden que permaneció suspendida como una luz de neón para que todo el cielo y la tierra la pudieran ver.

—¡Todo a estribor, por amor a Dios!

El agua le inundó la boca, y, con una sacudida y un sonido medio ronquido, medio ahogo, volvió a tener conciencia. El día verde y gris se dejó ver inexorablemente. Los mares le eran familiares y se veían enormes. De ellos se elevaba un vaho. Al ser levantado sobre una ola encrespada alcanzó a ver otras dos acercándose, y después, nada, nada, salvo un círculo vago que tanto podía ser bruma, un tenue rocío o lluvia. Buscó dentro del círculo, girando sobre sí mismo, orientándose por la corriente del agua, hasta que hubo inspeccionado cada partícula.

Un fuego lento invadió sus entrañas endurecidas para resistir; éstas yacían indefensas en medio de sus ropas y de su cuerpo traspasado.

—¡No voy a morir! ¡No quiero morir!

Por dondequiera que mirase, el círculo de bruma era idéntico. Las olas encrespadas surgían ante su vista, se agigantaban, lo cogían, elevándolo un instante para dejarlo caer y escabullirse después; pero aparecía otra que, alejándolo, le permitía alcanzar a ver a la anterior desvaneciéndose fuera del círculo. Entonces volvía a bajar, pero otra oleada se cernía sobre él.

Batiendo el agua con la palma de sus blancas manos, comenzó a maldecir. Luchaba al elevarse; pero los sonidos de su boca y cuerpo esforzado se amalgamaron inadvertidos entre los innumerables sonidos del agua movediza. Permaneció suspendido en su salvavidas sintiendo un frío que con dedos helados hurgaba su vientre. Su cabeza cayó sobre su pecho mientras el elemento líquido chapoteaba débil pero persistentemente sobre su cara.

Debo pensar. ¡Mi última oportunidad! Pensar en lo que debo hacer.

La nave se hundió en el Atlántico, a cientos de millas de tierra. Estaba sola. El convoy la había enviado hacia el nordeste para que quebrara el silencio del W. T. Todavía puede que el submarino esté acechando para rescatar a algún sobreviviente y someterlo a interrogatorio, o para hundir a cualquier barco que se acerque para salvar a los náufragos. Puede emerger en cualquier momento, abriendo la marejada con su cuerpo pesado como una roca de media marea. Su periscopio, ese ojo de criatura terrestre que ha derrotado el ritmo del mar, podrá quemar el agua cercana. Quizá se este deslizando debajo de mí en este momento, sombrío como un tiburón también es posible que esté descansando allá abajo, cerca de mis pies entumecidos, sobre un lecho de agua salada mientras duerme su tripulación. Sobrevivientes, una balsa, el ballenero, el bote y despojos puede que estén girando a sólo una o dos olas de distancia, escondidos en la bruma y esperando el rescate que traiga carne y quizás un trago.

De nuevo principió a girar en el agua; su visión nublada atisbaba la bruma; dirigió, sus ojos entrecerrados hacia el cielo que parecía no estar más distante que un techo. Investigó el círculo que lo rodeaba en busca de una cabeza o de algunos despojos; pero no encontró nada. La nave había desaparecido, como si una mano, alargándose a través de esa milla de profundidad: con un solo gesto la hubiera arrebatado, llevándosela hacia el fondo. Al pensar en esa distancia, su cuerpo se arqueó en el agua y con cara contorsionada comenzó a gritar:

—¡Socorro, malditos, socorro!

Tiritaba y gemía y el frío lo estrujaba, como la mano que, cogiendo el barco, lo había hundido. Un sollozo lento penetró el silencio y otra vez empezó a girar en el vaho y a revolcarse en el agua verde.

Había más luminosidad en un extremo del círculo que en el otro. El oleaje extendido se dirigía hacia la izquierda de ese vago fulgor; y donde la claridad se esparcía, la bruma era aún más impenetrable. Permaneció de frente hacia ese resplandor no porque le fuera de alguna utilidad, sino porque era algo diferente que rompía la uniformidad del círculo y también porque parecía que en ese espacio hubiera un poco más de tibieza que en todo lo demás. Otra vez más, y sin pensarlo, comenzó con los movimientos de natación, como si el perseguir esa claridad fuera algo inevitable. La luz dio al vaho un aspecto de solidez. Penetraba el agua de tal manera, que entre él y la agitación inquieta del oleaje el mar era de color verde botella. Después que hubo pasado la ola, durante unos momentos, pudo examinarla por dentro; pero las olas no eran sino agua; no había algas, no había ni una brizna de materia sólida, nada se movía, nada se movía sino el agua verde, esa agua idiota, porfiada y helada. Es verdad que había manos y dos antebrazos de hule negro y el sonido de respiración y de jadeos. También el ruido de cosas inútiles, murmurando, replegándose sobre sí mismas; el rizarse del agua que se deslizaba por los oídos con el tintineo de un oleaje en miniatura sobre una playa extendida; había silbidos súbitos, bramidos y sílabas incompletas y la fricción suave del viento. Las manos tenían su importancia dentro del espacio luminoso del círculo, pero no tenían nada a que asirse. Existía un infinito de elemento líquido y frío bajo ellas y por debajo del cuerpo esforzado y moribundo.

Lo alcanzó la realidad de la profundidad, y entonces encogió sus pies muertos hasta su vientre, como para separarlos del océano entero. Arqueándose, jadeó y, elevado por una ola sobre el abismo del mar profundo, abriendo la boca dio un grito hacia la luminosidad.

La boca quedó abierta; luego la cerró de un golpe y sus brazos comenzaron a desplazar el agua. Luchó hacia adelante.

—¡Por amor a Dios, socorro! ¡Náufrago, sobreviviente!

Con sus brazos y piernas asestó golpes, transformándolos en un nadar torpe. Lo alcanzó una ola, pero, sacudiéndose, logró sacar su pecho fuera del agua.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sobreviviente! ¡Por amor a Dios!

El esfuerzo que desplegó lo hizo hundirse de nuevo, pero luchando pudo deshacerse de la ola que cubría

su cabeza. El fuego que experimentaba su vientre se extendía, y de su corazón la sangre pesada pulsaba dolorosamente por todo su cuerpo. A través de la bruma vio un barco a babor de la mancha de claridad. Creyó estar situado hacia su proa de estribor, o, y ése solo pensamiento lo llevó a lanzar espuma de terror, él estaba a babor y el barco se movía, alejándose. Pero aún en la furia de sus movimientos vio la imposibilidad de que eso hubiera sucedido, pues, de haber sido así, el barco lo habría pasado sólo unos minutos antes. De modo que se le acercaba, cruzando el círculo de su visibilidad a sólo unas yardas de distancia.

O se detenía.

Ante eso, él también se detuvo y permaneció inerte en el agua. El contorno que veía era tan vago, tan poco más que una presencia oscura, que no pudo calcular ni su distancia ni su tamaño. Parecía que el barco lo enfrentaba de proa aún más que cuando por primera vez lo descubrió. Y ahora lo divisaba, aun cuando se hundía en el seno de dos olas. Volvió a nadar, y cada vez que lo elevaba una oleada gritaba:

—¡Socorro! ¡Sobreviviente!

¿Qué barco podría estar tan ladeado? ¿Un portaaviones? ¿Un portaaviones abandonado, esperando hundirse? Pero lo hubieran echado a pique con una salva de torpedos. ¿Un trasatlántico desamparado? Entonces por su volumen debía de ser uno de los *Reinas*; pero ¿por qué tan escorado? El sol y la bruma mantenían un equilibrio entre si. El sol iluminaba la bruma, pero no la podía traspasar. Y sombríamente, por entre la bruma asoleada, surgió la forma de un

no-barco

en un sitio donde nada más que un barco podría estar.

Al volver a bracear sintió súbitamente el agotamiento desesperante de su cuerpo. La excitación y estímulo que había experimentado al avistar algo quemaron sus reservas y su fuego se aplacó. Nadaba con determinación, forzando sus brazos hacia adelante a través del agua y debajo de sus ojos que miraban como si con ellos pudiera arrastrarse hasta la salvación. Creyó que la forma se movía. La vio más grande, pero no más nítida. De tanto en tanto algo parecido a un oleaje de proa aparecía en su base. Cesó de mirarla, pero continuó nadando y dando alaridos con los últimos vestigios de vigor. Una fuerza verde lo rodeaba, aumentando su poderío para robarlo, y suspendida sobre él estaban la bruma y la luminosidad, y una pulsación rojiza frente a sus ojos; su cuerpo cedió, dejándose estar inerte en las olas, y la forma se alzó ante él. Por sobre los ruidos estridentes y latidos violentos de su organismo oyó el sonido de olas rompientes. Levantó su cabeza y vio una roca que se elevaba al cielo y una gaviota suspendida frente a ella. Al izarlo el mar, pudo ver cómo las olas, al descender un instante, esparcían una nube de espuma, desapareciendo enseguida, como si la roca las hubiera devorado. Comenzó a imaginar gestos natatorios, pero sabía que su cuerpo ya no le obedecía. Un nuevo oleaje encrespado que se formó entre él y la roca se alisó curiosamente, para después levantarse convertido en espuma de mar. Se dejó hundir y vio, sin lograr comprenderlo, que el agua verde ya no estaba vacía. Tenía colores amarillos y cafés. Lo que oía no era el ruido insanamente informe del agua descontrolada, sino un rugir repentino. Después se sumergió dentro de un mundo murmurante, con formas velludas que se deslizaban y entrelazaban, pasando veloces frente a su cara; también había muchos detalles que se destacaban cerca de la roca intrincada y de las algas. Hilachas color marrón golpearon su cara, y después, con un estremecimiento destructor, dio contra algo sólido. Fue una diferencia total. La solidez estaba debajo de su cuerpo, contra sus rodillas y su cara; podía cerrar sus dedos sobre ella y durante un instante hasta se pudo sujetar. Su boca permanecía abierta innecesariamente y con sus ojos tuvo un momento de intensa y estrecha comunión con tres lapas, dos pequeñas y una grande, que estaban a sólo una o dos pulgadas de su cara. No obstante, esta solidez le fue terrible y apocalíptica después del mundo líquido e inconstante. No era vibrante, como lo podía ser el casco de un barco, pero sí despiadada y madre del pánico. No debió la roca interrumpir los miles de millas de agua que seguía su curso sin propósito; y el mar, al chocar contra ese obstáculo, se levantaba agitado, como emprendiendo una lucha. Sintió que lo levantaban, arrastrándolo lejos de las lapas, invirtiéndolo, tironeándolo, impeliéndolo hacia abajo entre las aguas y la oscuridad. Unas hebras lo sujetaban y se deslizaban soltándolo. Vio luz; tomó una bocanada de aire y de espuma. Vislumbró la cara rasgada de una roca con nubes de espuma que la cubrían, y la visión de esa roca, flotando en el medio del Atlántico, fue tan espantosa, que en ella derrochó su aire, gritando desenfrenado, como si hubiera visto una bestia salvaje.

Se hundió en una calma verde para surgir nuevamente y ser impelido hacia un lado. El mar ya no jugaba con él. Detuvo su movimiento salvaje sosteniéndolo con suavidad, llevándolo con delicadeza y cuidado, como lo podría hacer un perdiguero con su ave. Sustancias duras tocaban sus pies y sus rodillas. El mar lo posó con suavidad y se retiró. Otras sustancias duras le rozaban la cara, el pecho y sus sienes. El mar volvió, acariciándole el rostro. Imaginó movimientos que no se realizaron. El mar volvió, imaginó los movimientos

de nuevo, pero esta vez se hicieron realidad, porque el mar le quitó casi todo su peso, dejándolo suspendido. Lo movía hacia adelante por encima de las sustancias duras. Cada ola y cada movimiento lo llevaba hacia adelante. Sintió que el mar bajaba, husmeándole los pies, para después volver a acariciarlo debajo de los brazos. Ya no le lamía la cara. Se había formado una imagen que ocupaba todo el espacio frente a sus ojos. No le decía nada. El mar volvió a acariciarlo debajo de los brazos.

Permaneció inmóvil.

2

La imagen era blanca y negra, pero en su mayor parte era blanca. La formaban dos capas, una superpuesta sobre la otra, una para cada ojo. No pensó ni se movió mientras la imagen variaba, pero creyó oír pequeños sonidos que provenían de ella. Sintió las durezas debajo de su mejilla con insistente agudeza. Pasaron desde la presión a una quemazón carente de calor, para convertirse después en un dolor localizado. Éste se hizo maligno en su persistencia, como un dolor de dientes que no ceja.

No obstante, no fue el dolor ni la imagen en blanco y negro lo que lo devolvió a la vida. Fueron los ruidos. A pesar de que el mar a él lo había tratado tan delicadamente, más allá continuaba rugiendo, dando golpes violentos y desplomándose sobre sí mismo. El viento también, al tener algo más que el agua servil con que combatir, silbaba alrededor de la roca, soplando borrascoso dentro de las grietas. Todos estos sonidos formaron un lenguaje que se impuso a su mente oscura y desapasionada, asegurándole que su cabeza estaba en alguna parte, y finalmente, junto con el grito de una gaviota que se oyó por sobre el ruido del aire y del mar, ese lenguaje le aseguró a su conciencia que sondeaba por ubicarse:

—¡Dondequiera que creas que estés, estás acá!

Y entonces se encontró allí, súbitamente, soportando el dolor, pero en honda comunión con esa solidez de la roca que sostenía su cuerpo. Al recordar cómo se empleaban los ojos, juntó las dos líneas de visión de tal manera que las imágenes se fusionaron, formando una sola. Las piedrecitas estaban junto a su cara, presionándole la mejilla y la mandíbula. Eran de cuarzo blanco, romas y redondeadas; eran una miscelánea con forma de papas. Su blancura estaba manchada de amarillo y de pequeñas partículas de una materia oscura. Más allá había algo que era aún más blanco. Examinó sin curiosidad las arrugas descoloridas, la raíz azulada de las uñas, los extremos agrietados de los dedos. Sin mover la cabeza, siguió con su mirada la línea de la mano que se juntaba con la manga del capote hasta terminar con los comienzos de un hombro. Sus ojos volvieron hacia las piedrecitas. Las miraba distraído, como si estuvieran a punto de ejecutar alguna acción que él hubiera estado esperando sin mayor interés. La mano no se movió.

El agua brotó entre las piedras. Las agitó apenas, se detuvo y, al escurrirse, las piedrecitas sonaron y chirriaron. Deslizándose a lo largo de su cuerpo, el mar lo tironeaba suavemente de las medias que llevaba puestas. Al volver el agua, observó las piedrecitas y esta vez el líquido le llenó la boca. Creyó que las piedras también temblaban, porque su mano, que se movía al unísono con su cuerpo, las sacudía. Debajo de su cara las piedras lo fastidiaban.

Las imágenes que se formaban y esfumaban dentro de su cabeza no lo molestaban porque eran muy pequeñas y remotas. Veía en detalle el cuerpo blanco de una mujer; también veía el cuerpo de un muchacho; una boletería, el puente de mando de un navío, una orden recogida a través de una luz de neón en un cielo distante, un hombre alto y delgado, parado humildemente al lado de la parte superior de la escalera de la cámara; había un hombre suspendido en el mar, como un marino de cristal dentro de un pote de jalea. No le era posible elegir entre las piedrecitas y las imágenes. Unas se superponían a las otras. Las piedras aisladas no eran más grandes que las figuras. Algunas veces una imagen invadía el sitio de la piedrecita, apareciendo como a través de una ventana; era un lugar para espiar hacia mundos diferentes y de otras dimensiones. Otras veces las palabras y los sonidos eran visibles como las formas de la orden emitida. Pero no vibraban ni desaparecían. Al ser creados permanecían sólidos y duraderos como las piedrecitas. Algunos los imaginaba dentro de su cráneo, detrás de la frente y de la nariz borrosa. Estaban al centro de la oscuridad indistinta y encima del fuego que le provocaban las durezas. Al observarlos, distraídamente, desde adentro, veía que lo circundaban.

Sintió una nueva sensación de hielo sobre su cuerpo. Este frío se deslizaba por su espalda, penetrándole entre la ropa. Era un aire que más parecía un fuego lento. Apenas si se había dado cuenta de esto cuando una nueva ola lo cubrió, llenándole la boca de tal manera que un ahogo interrumpió el ritmo de sus

temblores.

Comenzó a experimentar. Advirtió que le era posible levantar, arrastrándolo, el peso de una pierna y después de la otra. Con infinito cuidado llevó su mano hasta la cabeza. Razonando profundamente, pensó que en alguna parte, al otro lado, debía haber otra mano y desde su cerebro le mandó una señal. Encontró la mano y comenzó a mover la muñeca. Sabía que todavía tenía dedos, no porque los pudiera mover, sino porque al empujar sentía que las puntas endurecidas desplazaban las piedrecitas invisibles. Recogió sus cuatro extremidades y comenzó a hacer movimientos natatorios. Las vibraciones producidas por el frío lo ayudaron. Su respiración se agitó y su corazón empezó a acelerar de nuevo. Las figuras sin importancia se desvanecieron y no quedaron sino las piedras, el ruido que ellas producían y los latidos de su corazón. Tuvo un pensamiento valioso, no tanto por su valor inmediato, sino porque le devolvió parte de su personalidad. Formó palabras para expresar ese pensamiento, pero éstas no pasaban la barrera de sus dientes.

—Así pesaría yo si estuviera en Júpiter.

De inmediato fue dueño de sí mismo. Supo que su cuerpo no pesaba más que de costumbre, que estaba extenuado y que estaba logrando trepar un pequeño montículo de piedrecitas. Separó su cara de las piedras que lo herían y empujó con sus rodillas. Al juntarse, sus dientes rechinaron. Midió la expansión de su pecho con las piedras. El leve temblor de su cuerpo no lo detuvo en su ascensión lenta y pesada. Sintió que cada ola se alejaba más y más, llegándole sólo hasta sus pies. Cuando los movimientos se le hacían demasiado desesperantes, se detenía un momento jadeante, hasta que su mundo se tranquilizara de nuevo. Ya el agua no lo alcanzaba.

Su mano izquierda escondida tocó algo que no hizo ruido ni cedió ante su tacto. Giró la cabeza y miró hacia arriba por debajo de los arcos de sus ojos. Vio una sustancia gris amarillenta delante de su cara. Ésta era hueca y estaba salpicada de pequeñas masas rojas gelatinosas. Las lapas estaban enclavadas en los hoyos. Frondas color marrón y algas que formaban telas verdes les colgaban por encima. Las piedras blancas llegaban hasta un ángulo oscuro. Una delgada película de agua resplandecía sobre todo; caían gotas, y unos minúsculos charcos creados al azar se estremecían tranquilos o se escurrían entre las algas. Comenzó a girar sobre las piedras, apoyando su espalda a la roca y encogiendo las piernas. Por primera vez vio sus pies como si hubieran sido promontorios lejanos, semejándose a osos por las abultadas medias de mar blancas. Algo de sí mismo le fue devuelto al mirarlos. Llevó su mano izquierda hasta atrás de su oreja y empezó a levantarse. Su hombro se elevó un poco. Se empujó con los pies y se arrastró con las manos. Avanzando de lado, su espalda se acercaba al ángulo desde donde los charcos se escurrían. Mantenía la cabeza levantada. Cogió uno de sus muslos con las dos manos y lo llevó hasta su pecho. Después hizo lo mismo con el otro. Se acomodó dentro del ángulo y por sobre sus rodillas observó las piedrecitas. Nuevamente abrió la boca, dejando caer la mandíbula.

Después de todo no eran tantas las piedras. El largo de un hombre, o menos. Alcanzaría para medir los costados del triángulo que formaban bajo la sombra de la roca. Llenaban la hendedura y eran sólidas.

Quitando sus ojos de las piedrecitas, se obligó a examinar el agua. Aquí se veía casi tranquila en comparación con el mar abierto, y la razón de esa tranquilidad era la roca sobre la cual las olas lo habían arrojado. Desde donde estaba situado vislumbraba la roca. Estaba compuesta de la misma materia que lo rodeaba, gris y lechosa, cubierta de percebes y espuma.

Al romper las olas, y aunque el agua se escurría golpeando los lados de la grieta, siempre quedaban unos cuantos metros de líquido verde, claro y transparente, entre él y la roca lechosa. Más allá sólo se veía el avance brumoso del mar que atrapaba en su seno unos rayos acuosos de sol.

Cerró los ojos, desentendiéndose de las imágenes que detrás de ellos se formaban. La actividad lenta de su mente se concentró en un solo pensamiento. Dentro de su cuerpo sintió un fuego ya casi extinguido, pero que a pesar del Atlántico entero todavía ardía. Envolvió su cuerpo alrededor de ese fuego, protegiéndolo, aunque sólo era una chispa. Las palabras e imágenes se desarrollaron ante él.

Un pájaro marino graznó sobre su cabeza; fue un sonido largo que descendió junto con el viento. No prestándole más atención a la chispa de fuego, volvió a abrir los ojos. Ahora ya había recobrado su personalidad en tal forma que pudo abarcar a la vez el conjunto de todo lo que veía. A cada lado había paredes de roca negra que enmarcaban la luz brillante. Veía el resplandor solar sobre la roca y la espuma que la rodeaba, y la marcha rítmica del oleaje que traía consigo su vaho trasparente bajo el sol. Volvió la cabeza y escudriñó hacia arriba.

Sobre las algas y las lapas la roca se juntaba y era más lisa. En la parte superior había una brecha que dejaba pasar la luz del día y la insinuación de una nube suspendida en el centro. Mientras observaba, una gaviota revoloteó sobre ese claro y gritó al viento. El esfuerzo de mirar hacia arriba le hizo daño, de manera que giró su cuerpo y examinó los bultos que eran sus rodillas debajo del capote y del chaquetón. Observó

un botón con detenimiento.

Su boca se abría y se cerraba. Salieron sonidos. Al darles forma se convirtieron en palabras indecisas.

—Yo te reconozco, botón. Nathaniel te cosió. Yo le pedí que lo hiciera. Dijo que era una treta mía para alejarlo del puente del rancho y para que tuviera un poco de paz.

Volvió a cerrar los ojos y pulsó el botón con sus dedos torpes.

—Recuerdo que tenía este capote puesto cuando estaba sobre el puente. Lofty había cosido los botones antes que lo hicieras tú, Nathaniel.

Cabeceando dejó caer su cara sobre las rodillas.

Un ronquido interrumpió las imágenes. Los estremecimientos se hacían menos intensos, pero aun así le restaban vigor a sus brazos. Resbalándose de las rodillas, sus manos se desplomaron sobre las piedras. Sacudió su cabeza. Mientras dormía, las piedrecitas dañaban sus pies y sintió un intenso dolor en las nalgas al deslizarse. Las imágenes se hicieron muy confusas. Existía el peligro de que su personalidad fuera destruida y que se extinguiera la chispa que ardía dentro de su ser. Luchando, levantó los párpados y miró hacia afuera.

Allá abajo las piedrecitas vacilaban al escurrirse el agua. En lo alto, golpeando con ímpetu, la espuma cubría la roca que lo había salvado. Afuera la tarde brillaba, pero en su interior la grieta destilaba húmeda y pestilente como letrina de muelle. De su boca salieron ruidos como graznidos. En su mente se habían formado las siguientes palabras: «¿Dónde estará esta roca condenada?». Pero le pareció que era arriesgado el insultar a la grieta oscura, de modo que las cambió en su garganta, antes que salieran.

—¿Dónde diablos estaré?

Sólo veía el picacho de una roca, la cúspide de una cadena de montañas. Era como un diente engastado en la mandíbula antigua de un mundo sumergido, que sobresalía en la inmensidad inconcebible del océano. ¿Y a qué distancia de tierra firme estaría? Una intuición maligna, no como el pánico convulsivo de sus primeras luchas en el agua, sino un terror hondo y generalizado, lo indujo a arañar la roca con sus dedos torpes. Consiguió incorporarse a medias y se apoyó, más bien se agazapó, contra las algas y los montículos gelatinosos.

—Piensa, desgraciado; ¡trata de pensar!

El horizonte de agua nebulosa permanecía cerca de él. El mar al retirarse de la roca agitaba las piedrecitas.

—¡Piensa!

Agazapado, temblando de continuo, pero sin moverse, observaba la roca. Se fijó que las olas al romper contra ésta se aquietaban, de tal manera que el agua que permanecía frente a la grieta se revolvía inofensivamente. Con lentitud se dejó caer en el ángulo de la grieta. La chispa dentro de su ser ardía y el corazón la abastecía de lo que necesitaba. Miró la roca exterior, pero casi sin verla.

Faltaba un nombre. Ese nombre perdido en el Atlántico estaba escrito en el mapa, aislado excéntricamente, de modo que los marinos que todavía podían reírse del viento y del tiempo hacían chistes referentes a la roca. Frunciendo el ceño, vio la carta en su imaginación, pero muy vagamente. Vio al comandante de navegación del crucero inclinado sobre el atlas junto al capitán y se vio a sí mismo como pañolero del timón, de guardia, mientras los otros dos sonreían. El capitán habló con el acento entrecortado de Dartmouth; habló y rió.

—Ese nombre es un desacierto.

¡Desacierto o como quiera que lo llamaran! Y pensar que ahora se encontraba acurrucado en ese desacierto, sabe Dios a cuántas millas de las Hébridas. ¿De qué le servía su chispa interior si sólo fulguraba en una grieta dentro de ese aislamiento absurdo? Espetó las palabras hacia la imagen del capitán:

—A decir verdad, mi situación en nada ha mejorado.

A medida que las coyunturas de sus huesos se doblaban, comenzó a deslizarse por entre las rocas. Hundiéndose en el ángulo, dejó caer la cabeza; comenzó a roncar.

Pero dentro de su ser el consciente se movía y hurgaba como un animal que examina su jaula incesantemente, entre las imágenes y las revelaciones, en medio de los sonidos con forma y de los sentimientos abandonados.

Rechazaba los cuerpos detallados de mujer, elegía pausadamente las palabras sueltas, ignorando los dolores y el sacudir persistente de su cuerpo. Buscaba un pensamiento. Lo encontró y, separándolo del resto, lo elevó, empleando todo su cuerpo para infundirle fuerza y vigor.

—Yo soy inteligente.

En medio de los ronquidos le sobrevino un período de negra incertidumbre; su mano derecha, tan distante, obedeciendo a una orden, empezó a tantear y tironear del capote; logró levantar una tapa e

introducirla. Los dedos encontraron un cordel y un cortaplumas cerrado. Permanecieron allí inmóviles.

Los ojos parpadearon y las cejas enmarcaron el mar verde. Durante mucho rato los ojos miraron, recibiendo impresiones pero sin retenerlas. Y fue entonces cuando el cuerpo íntegro se sobresaltó. La chispa se trasformó en llamarada, el cuerpo trepó y se encaramó, la mano se sacudió de dentro del bolsillo y se sujetó a una roca. Los ojos miraban desorbitados y sin pestañear.

Al mirar, una ola cubrió la roca exterior, y pudo ver las algas de color marrón dentro del agua. El remolino verde más allá de las piedrecitas se agitaba. Una línea de espuma, al quebrarse, llegó silbando hasta sus pies. La espuma se desvaneció y las piedrecitas castañetearon como dientes. Observaba cómo ola tras ola, al romper, tragaban con su espuma más y más piedrecitas, dejando al retirarse muchas menos a la vista. La roca exterior ya no era una barrera; parecía haberse convertido sólo en un gesto de defensa. Los lados del triángulo se juntaban más y más ante el progreso irresistible de los mares verdes y humeantes. Con un movimiento brusco, el hombre se alejó del océano abierto, volviéndose hacia la roca. La grieta oscura y pestilente, con sus algas chorreantes y su vida impensante de conchas y materia gelatinosa se convertía en terreno sólo dos veces al día, y eso por la gracia de la luna. Parecía tener solidez, pero en realidad no era sino una trampa marina, tan ajena a la vida como el mar líquido de la noche anterior y la milla vertical de agua.

Una gaviota lanzó un grito; volvió a encontrarse a sí mismo y, apoyando su frente sobre la roca, esperó que se serenara su corazón. Un golpe de espuma bañó sus pies. Mirando más allá vio que había menos piedrecitas sobre las cuales se pudiera parar y que aquellas que sus manos habían tocado cuando había sido arrastrado a tierra, se veían amarillas y verdes bajo un metro de agua agitada. Otra vez se volvió hacia la roca y habló fuerte:

—¡Tengo que trepar!

Dándose vuelta, vio que en la grieta había salientes donde sujetarse. Eran tantos que podía elegir. Al querer aferrarse a las aristas mojadas, sus manos sólo fueron unas pobres cosas traspasadas. Apoyándose contra la roca un instante, juntó todas las fuerzas de su cuerpo. Alzó su pierna derecha y dejó caer el pie en un plano del tamaño de un cenicero. El cenicero tenía un reborde, pero éste no era filoso, de modo que el pie no sintió nada. Separó su frente de la superficie enmalezada y se izó hasta enderezar la pierna. La otra se balanceaba, golpeándose. Colocó los dedos de ese pie en otro saliente y se dejó estar así, extendido, a sólo unos centímetros de las piedrecitas. La grieta se elevaba junto a su cara y pudo ver en el ángulo oscuro las gotas secretas destilando, y les envidió su paz. El tiempo trascurría gota a gota. Las imágenes se divergieron.

Las piedrecitas debajo de él se sacudieron con ruido y un último lengüetazo de agua penetró en la hendedura. Dejó caer la cabeza y miró hacia abajo, por encima de su salvavidas y entre medio de su capote abierto, donde las piedrecitas empapadas descansaban en el ángulo de la grieta. Vio sus medias de mar y en su pensamiento se las puso.

—Ojalá todavía tuviera mis botas.

Cambió con cautela la posición de su pie derecho y dobló su rodilla de tal manera que todo el peso de su cuerpo descansó sobre ella, sin esfuerzo. Sus pies escogían donde apoyarse en forma curiosa. No sentía la roca, a no ser que ésta tuviera algún filo. Sólo formaban parte de él cuando le hacían daño o cuando los podía ver.

El final de una ola alcanzó el ángulo y golpeó su vértice sonoramente. Una ola de espuma dio entre sus piernas, y sobrepasándole el salvavidas le mojó la cara. Hizo un ruido, y sólo entonces reparó en el estado calamitoso del cuerpo que llevaba a la rastra. El sonido comenzó en la garganta, burbujeó y allí se quedó. La boca no tomaba parte alguna; permanecía abierta, con la mandíbula caída y apoyada en el cuello duro del capote. El burbujeo aumentó, y entonces hizo sonar los dientes, y entre medio de éstos y de su labio superior helado arrancó unas palabras:

—¡Soy como un hombre muerto!

Otra ola penetró la grieta y la espuma rodó por su rostro.

Comenzó con la labor del ascenso. Subió por la cara intrincada de la roca hasta que no hubo más lapas ni moluscos y nada se aferraba a la roca, salvo su cuerpo y minúsculos percebes y manchas verdes de algas. El viento lo empujaba constantemente hacia la grieta y el mar hacía ruidos dispersos. La grieta se angostó, hasta que su cabeza sobresalió en medio de una abertura no mucho más amplia que su cuerpo. Se sujetó con los codos a ambos lados y miró hacia arriba.

Pudo ver que la roca se ensanchaba y formaba un embudo. Los costados del embudo no eran muy lisos; pero sí lo suficientemente lisos para no sostener a un cuerpo por fricción. En la cima, la roca se inclinaba como los ángulos de un techado. La distancia entre su cara y la parte superior de la pendiente era casi el

doble del largo de un hombre. Comenzó a girar la cabeza lentamente en busca de algún asidero, pero no vio nada. Sólo a mitad de camino había una depresión en la roca, pero no era tan profunda como para poder sujetarse a ella. Los dedos entumecidos jamás podrían aferrarse con seguridad a sus bordes redondeados.

Oyó un golpe seco en el fondo. El agua irrumpió en el ángulo, estallando, para desaparecer después. Atisbó sobre su salvavidas, entre sus pies. Las piedrecillas desvaídas surgían un instante con claridad y enseguida se esfumaban en un tumulto de agua verde. La espuma de la ola se elevó entre su cuerpo y la roca.

Se arrastró hacia lo alto, hasta que de la cintura para arriba pudo inclinarse hacia adelante. Sus pies encontraron los soportes donde se habían apoyado sus codos. Mientras respiraba, jadeando, sus piernas se enderezaron gradualmente y con su brazo derecho estirado cerró sus dedos sobre el borde romo de la depresión y tironeó.

Quitó un pie de su soporte y levantó la rodilla, sujetándola en los bordes. Después subió la otra.

Estaba suspendido a sólo unos centímetros de la parte superior del ángulo, sostenido por una mano y la fricción de su cuerpo. Los dedos de su mano derecha se estremecieron y cedieron, deslizándose por el borde redondeado. Su cuerpo entero resbaló y de nuevo volvió a caer sobre la parte superior de la grieta. Permaneció inmóvil, sin ver la roca que tenía cerca de los ojos, y con el brazo estirado hacia arriba.

El mar se estaba adueñando de la grieta. A cada pocos segundos se oía un golpe; era una nueva ola que estallaba debajo de él. Goterones grandes caían y se escurrían sobre la superficie del declive delante de su cara. Una ola explotó y el agua cayó sobre sus piernas en cascada. Levantó su cara de la roca y, haciendo una mueca, luchó con sus músculos rígidos.

—Parezco una lapa.

Durante un rato largo permaneció doblado en la parte superior de la grieta. Las piedrecillas ya no se veían en el ángulo. Entre los asaltos del mar sólo eran un recuerdo desvanecido de sí mismas. Después desaparecieron y, junto con ellas, también desapareció la roca ante la nueva embestida de una ola que cubrió al hombre de pies a cabeza. La sacudió de su cara. Miraba hacia abajo aterrado, como si el océano se hubiera salido de madre. Gritó con toda su fuerza:

—¡Parezco una lapa!

Bajó los pies y tanteó en busca de un soporte, sujetándose cuando el mar lo azotaba. Contenía la respiración y escupía cada vez que se retiraba una ola. El agua ya no era fría, era poderosa. Cuanto más bajaba su cuerpo hacia las piedrecillas, más fuerte le golpeaba el mar y más aumentaba el peso que lo impelía hacia el fondo al retirarse las olas. Perdió terreno y cayó las últimas pulgadas; de inmediato lo cogió un oleaje que lo embistió brutalmente hacia el ángulo para después tratar de arrancarlo y llevarlo consigo. Entre las acometidas de las olas, mientras trataba de levantarse sobre sus pies, el agua le llegó a las rodillas y las piedrecitas cedieron a su peso. Cayó sobre sus manos y se vio sumergido en un tumulto verde que, azotando el costado del ángulo, se elevó en un abanico de espuma. Tambaleando dentro del ángulo, se aferró, sujetándose con las dos manos. El agua lo desgarraba, pero él se mantuvo firme. Sacó su cortaplumas y abrió una hoja. Se agachó con rapidez y enseguida tuvo visiones de roca y algas frente a sus ojos. La conmoción del mar se apaciguó, convirtiéndose su rugido en un trino. Volvió a levantarse, dejando colgar el cortaplumas. Tenía dos lapas en su mano cuando una nueva ola lo derribó, haciéndolo pararse sobre su propia cabeza. Encontró una roca y se aferró, defendiéndose contra el agua en retirada.

Cuando el mar lo dejaba tranquilo por unos instantes, abría la boca y aspiraba aire como si estuviera ganando terreno. Encontró unos soportes dentro del ángulo, pero el mar estalló, elevándolo, de modo que ahora se esforzaba por permanecer donde estaba, controlándose. Después de cada embestida se achataba lo más posible, resguardándose contra el descenso del agua. Al erguirse el hombre, los mares perdieron su calidad de pesantez poderosa, convirtiéndose en algo más personal y vicioso. Arrancaban sus ropas, lo golpeaban entre las piernas, levantaban su capote hasta que se le enrollaba en la cintura. Si miraba hacia abajo, el agua le golpeaba la cara o le azotaba las entrañas.

Fue impelido a través de la parte más angosta de la grieta. Después que el agua hubo manado a borbotones, abrió los ojos y respiró, empapado, mientras la espuma le chorreaba por encima de la cara; pudo ver la punta de un mechón de pelo que se había posado sobre su nariz. Lo vio doble. El torrente lo golpeó de nuevo; la cascada retrocedió, y allí estaba él todavía, aprisionado por su peso en la parte más angosta de la grieta donde comenzaba el embudo. Su cuerpo temblaba. Reclinándose hacia adelante contra la pendiente, empezó a enderezar las piernas. Movió su cara contra la roca y otra catarata cayó sobre él. Principió a hurgar en los pliegues de su capote. Tomo una lapa y la colocó sobre la roca a la altura de su cintura. Comenzó de nuevo el ir y venir del agua. Cambió de posición su cortaplumas y con el mango le dio unos golpecitos a la lapa. Ésta hizo un movimiento brusco, casi imperceptible, y se chupo contra la roca. Un

peso lo oprimió y el hombre y la lapa fueron presionados juntos contra la roca.

Sus piernas estaban tiesas y endurecidas y sus ojos permanecían cerrados. Describió un círculo con su brazo derecho tanteando por encima de él. Encontró que la depresión era demasiado lisa para que sirviera de asidero. Su mano empapada volvió a hurgar dentro del capote. Tiró hacia arriba y la mano que serpenteaba hacia lo alto traía otra lapa en la palma. El hombre observaba la roca, sin interés, a una o dos pulgadas de su cara. Lo que aún le quedaba de vida estaba concentrado en la mano que serpenteaba. La mano encontró la depresión en la roca y arrojó la lapa allí adentro. El cuerpo fue elevado unas pulgadas y permaneció inmóvil esperando el retroceso del mar. Cuando hubo pasado el torrente, la mano volvió, tomó el cortaplumas y, moviéndose hacia adelante, golpeó ciegamente sobre la roca. Los dedos endurecidos palparon, encontraron la lapa y la apalearon con el mango del cortaplumas.

Volvió la cara, soportó otra embestida y con seriedad reflexionó sobre la lapa. Su mano soltó el cortaplumas y éste se deslizó ruidosamente, hasta permanecer suspendido inmóvil en su cintura. Tomó la válvula del salvavidas y la destornilló. Soltó el aire y su cuerpo se acható dentro del embudo. Reclinó su cabeza y permaneció quieto. Delante de su boca la superficie empapada de la roca era borrosa y con cada torrente de agua que caía esa imagen confusa desaparecía. A veces el cortaplumas suspendido resonaba.

Nuevamente volvió la cara y miró hacia arriba. Sus dedos se cerraron sobre la lapa. Ahora movía su pierna derecha. Los dedos de los pies buscaron trémulos la primera lapa, igual como lo habían hecho los de la mano. No la encontraron pero la rodilla sí la halló. Soltó la mano, dejándola caer hasta la rodilla para levantarla. La mueca en la cara tiesa denotaba el dolor que la lapa le producía en la curva de la rodilla. Apretó los dientes. Todo el cuerpo comenzó a retorcerse; la mano volvió hacia la lapa que estaba en lo alto y tironeó. El hombre se movió de costado y hacia arriba en el declive del embudo. La pierna izquierda apareció y con su media de mar apartó la otra pierna. El costado del pie estaba contra la lapa. La pierna se enderezó. Volvió otro torrente bañándolo todo.

El hombre yacía con un pie sobre una lapa y sostenido en realidad por fricción; su pie estaba sobre una lapa y tenía la otra delante de los ojos. Estiró el brazo y su mano dio con una posible agarradera. Se izó más y más, hasta que sus dedos encontraron el reborde. Tironeó con sus dos brazos y empujó con sus piernas. Más allá del reborde vio una zanja de piedras, vislumbró el mar y una blancura sobre las rocas. Cayó hacia adelante.

3

Estaba extendido dentro de la zanja. Alcanzaba a ver una pared de roca carcomida por el tiempo y un charco de agua. Le parecía que su cuerpo se encontraba en otro sitio que nada tenía que ver con este paisaje. Lo sentía esparcido, las piernas en otros mundos y el cuello retorcido. Su brazo derecho estaba debajo del pecho con la muñeca doblada. Sintió la mano y la presión de nudillos; pero el dolor no era lo suficientemente intenso como para justificar el esfuerzo titánico que le costaría el moverla. El brazo izquierdo, extendido a lo largo de la zanja, estaba medio cubierto por el agua. Tenía el ojo derecho tan cerca de ésta que al parpadear sus pestañas se mojaban; pero su mejilla y las comisuras de su boca estaban sumergidas y le causaban un pequeño temblor. Con el otro ojo miraba la zanja, que en su interior era de una blancura extraña y sucia, con reflejos brillosos que provenían del cielo. Le ardía el borde de la boca. Algunas veces la superficie del agua se agitaba y de ella se desprendían vagos círculos entrelazados. Su ojo izquierdo los observaba, mirando a través de un arco de oscuridad que formaba su cráneo alrededor de la cuenca del ojo. A esto le seguía una línea casi recta que era la nariz con su color de piel, y después venía el nivel de agua reluciente.

Principió a pensar lentamente.

He caído dentro de una zanja. Tengo mi cabeza encajada en la punta más distante y mi cuello está torcido. Mis piernas han de estar en el aire sobre la otra muralla. Mis muslos me hacen daño porque el peso de las piernas presiona sobre el borde de la pared. Los dedos de mi pie derecho están más adoloridos que el resto de la pierna. Mi mano doblada debajo de mí me produce un dolor localizado en las costillas. Mis dedos podrían ser de madera. Esta blancura más blanca debajo del agua es mi otra mano escondida.

Un grito descendió en el aire, un graznido y un aleteo. Una gaviota bajaba en círculos sobre la zanja, con sus patas y sus garras extendidas. Graznó furiosa, las anchas alas recogieron viento y permaneció aleteando a poca distancia de la roca. El viento heló la mejilla del hombre. Las garras palmeadas se levantaron y, elevando los alones, la gaviota se alejó. La conmoción de su vuelo produjo unas olitas en el agua blanca y éstas golpearon al hombre en la mejilla, el ojo cerrado y en las comisuras de la boca. El ardor aumentó.

Ningún dolor era lo bastante agudo para impelerlo a accionar. Aún el ardor que sentía lo experimentaba como si estuviera fuera de su cabeza. Su ojo izquierdo miraba la blancura tan blanca de su mano debajo del agua. Algunas imágenes volvieron a su memoria. Vio a un hombre trepando por una roca y depositando lapas.

Estas imágenes lo conmovieron más que el ardor. Provocaron que su mano se contrajera y que su brazo, dentro del capote, rodara debajo de la superficie. Cerca del agua su respiración se hizo súbitamente feroz, formando pequeñas olas que rizaron el largo de la zanja, la cruzaron y volvieron, salpicándole la boca.

Convulsionado, comenzó a luchar de inmediato. Sus piernas se movieron girando hacia el lado. Al volverse frotó la roca con su cabeza. Con las dos manos hizo un esfuerzo y se enderezó. Sentía el agua que corría por su cara y una punzada de dolor en el borde de su ojo derecho. Escupió, gruñendo. Vislumbro otras zanjas con sus estratos gruesos de un blanco sucio y sus pulgadas de líquido atrapado, y una gaviota que desaparecía sobre el verde mar. Haciendo un esfuerzo, se obligó a moverse. Cayó en la próxima zanja. Se arrastró sobre la pared; vio una confusión de roca partida, resbaló y tropezó. Se caía al deslizarse cuesta abajo.

Un agua movediza llena de vida marina circundaba las rocas planas. El viento descendía junto con él, urgiéndolo hacia adelante. Siempre que él avanzaba, el viento lo dejaba tranquilo; pero si por precaución se detenía un instante, derribaba su cuerpo sin equilibrio, haciéndolo golpearse y lastimándolo. Poco pudo ver del mar abierto, del cielo o de la roca en su totalidad; en su caída veloz sólo pudo ver destellos de una grieta, un picacho, una superficie amarillenta que, como la palma de una mano, lo amenazaba con asestarle

un golpe, y salientes inesperados de piedra que, azotándolo impersonalmente con su roce, le hacían ver llamaradas de luz brillante. Lo acompañaba el dolor al borde del ojo. De todos los dolores éste era el más agudo, pues era como una aguja que le atravesara el cráneo oscuro donde él vivía. No podía eludir ese dolor. Su cuerpo giraba alrededor de él. Más tarde se encontró sujetando un alga de color marrón mientras el mar bañaba sus hombros y su cabeza. Arrastrándose, se dejó caer sobre una roca plana con un pequeño charco en el medio Hizo girar de un lado a otro su cara y sus ojos abiertos dentro del agua. Con cuidado movió las manos y el líquido se agitó. Las sacó del agua y trató de alcanzar y recoger las algas verdes.

Arrodillándose, apoyó las algas a su ojo y al lado derecho de su cara. Se dejó caer contra la roca, entre las materias gelatinosas, las conchas, las colonias de lapas, dejando que los percebes incrustados lo lastimaran. Suavemente posó su mano sobre un muslo y la miró de lado. Los dedos estaban medio encorvados. El azul de las venas se traslucía a través de su piel blanca y las arrugas surcaban la superficie con dibujos regulares. A través del cráneo lo alcanzó la punzada de dolor. Si movía el globo del ojo también se movía esa punzada y, al abrirlo, el líquido de alga verde lo inundaba.

Comenzó a resoplar y a hacer ruidos profundos en su pecho. Eran sonidos ásperos que lo sacudían al salir. Más agua salada brotó de sus ojos, juntándose con los rastros del mar en sus mejillas. Todo su cuerpo empezó a temblar.

Más abajo, en un saliente, veía un charco hondo. Pesadamente y con cuidado bajó, y, avanzando de lado, alcanzó a hundir la mejilla. Abrió y cerró su ojo de manera que el agua le lavara el sitio dolorido. Las imágenes se desvanecieron de su memoria. Tanteando, sumergió sus manos en el charco. De cuando en cuando un sonido duro sacudía su cuerpo.

La gaviota volvió con otras, y las oyó sobre su cabeza entrelazando sus graznidos como lo hacían con sus vuelos. También le llegaban los ruidos del mar; unos gorgoteos y el golpe del oleaje, amortiguado por la roca, pero capaz aún de rodearla y de penetrar con su espuma entre las fisuras y las grietas.

En medio de su confusión y sin poder evitarlo, tuvo la convicción de que debía ignorar el dolor. A pesar del sufrimiento que le producía la punzada en el ojo, miró sus manos emblanquecidas. Comenzó a murmurar:

—Resguardo. Debo encontrar amparo. Si no voy a morir.

Con cuidado volvió su cabeza y miró hacia arriba. Vistos desde abajo, los montículos de roca suelta que lo hirieran en su descenso ahora formaban un conjunto. Sus ojos abarcaban cantidades de éstas a la vez; le parecían superficies ondulantes, pues las veía a través del agua que brotaba de su ojo adolorido. Se dispuso a trepar nuevamente la roca. El viento era más suave, pero todavía caían sobre su cuerpo gotas de llovizna. Tuvo que arrastrarse sobre un risco no más alto que sus brazos extendidos; no obstante, éste fue un obstáculo que hubo de vencer mediante muchos preparativos y con atención a sus miembros separados. Durante un rato descansó sobre la parte superior del risco, mirando con ojos acuosos hacia lo alto de la roca. El sol estaba justo encima de la cumbre, donde las zanjas blancas lo habían recibido. La luz luchaba entre nubes y garúas y había pájaros que contorneaban la roca. El sol era opaco, pero al mirarlo sus ojos se llenaban de agua; tuvo que entrecerrarlos y al hacerla lanzó un grito de dolor. Se arrastró tanteando y después, mirando con un solo ojo, atravesó zanjas y hondonadas donde ya no había blancura. Como si pertenecieran a otro cuerpo, pasó sus piernas por encima de las paredes. De súbito, al disminuirle el dolor en el ojo, volvió a sentir el frío y la extenuación. Se dejó estar dentro de una hondonada. Un hielo profundo lo envolvió; lo sentía tan cerca que parecía estar dentro de su ropa y bajo su piel.

El frío y la extenuación le hablaron con claridad. Ríndete, le dijeron, permanece inmóvil. Renuncia a la idea de un regreso, a la idea de sobrevivir. Entrégate y déjate llevar. Esos cuerpos blancos no tienen atractivo ni producen excitación. Las caras y las palabras son cosas que le sucedieron a otro hombre en otro lugar del planeta. Una hora en esta roca es una eternidad. ¿Qué tienes que perder? Aquí no encontrarás sino tortura. Entrégate y déjate llevar.

De nuevo su cuerpo comenzó a arrastrarse. No era que el poder muscular y nervioso se negaran a ser derrotados, era más bien que el dolor lo azotaba como olas que golpeaban los costados de una embarcación. En medio de todas las imágenes, de los sufrimientos y las voces había algo como una barra de acero, algo que era el centro de todo y que ni siquiera podía examinar. Ese algo indestructible y existente estaba enclavado en las profundidades oscuras de su cráneo.

—Resguardo. Eso es lo que necesito. Un resguardo.

Ese algo comenzó a trabajar. Soportando el aguijonazo, juntó todos sus pensamientos. Llegó a la conclusión de que sería preferible arrastrarse hacia este lado que hacia ese otro. Levantó la mirada luminosa por debajo de los arcos de su cráneo. Movió la cabeza de lado a lado, balanceándola como lo hace una oruga al tratar de alcanzar una nueva hoja. Cuando el cuerpo hubo llegado a un posible abrigo, la cabeza

continuó moviéndose. Los movimientos eran más rápidos que los pensamientos.

Al deslizarse, una laja de piedra habla caído inclinada a la pared de la zanja, formando una cueva en ángulo. Apenas se podía ver algo más que una mancha de agua de lluvia dentro de esta zanja sin subsistencia blanca. El interior era oscuro y parecía estar más seco que el resto de la roca. Dejando de mover la cabeza, se acostó delante de la cueva y el sol desapareció de su vista. Enredado en su ropa empapada, empezó a girar dentro de la zanja. No dijo palabra, pero respiraba con pesadez y con la boca abierta. Pausadamente se dio vuelta hasta que sus medias de mar enfocaron la abertura. Retrocediendo, logró hacer entrar los pies. Acostado de bruces comenzó a culebrear débilmente como una víbora que no puede desprenderse de su piel. Tenía los ojos abiertos pero desenfocados. Estirando los brazos hacia atrás, trató de hacer entrar el capote y el chaquetón. El capote era duro, de modo que tuvo que retroceder con innumerables movimientos separados, como una langosta que retrocedía en una hendedura profunda debajo del agua. Logró entrar hasta la altura de sus hombros y la roca lo contuvo, apretándolo. Tironeó del salvavidas hasta que la goma blanda llegó a la parte superior de su pecho. Los pensamientos lentos se debilitaron y de los ojos vacuos sólo brotaba el agua provocada por la punzada. Su mano encontró la válvula y sopló nuevamente, hasta que la goma se endureció bajo su pecho. Cruzó los brazos y dejó que sus manos blancas descansaran a cada lado. Dejó caer su mejilla izquierda sobre una manga encerada y cerró los ojos con suavidad. La boca todavía permanecía abierta, con la mandíbula caída de costado. Alguna que otra vez un temblor que nacía dentro de la cueva sacudía su cabeza y brazos. El agua destilaba de la manga, caía de su pelo y de la nariz, y de su ropa amontonada le goteaba alrededor del cuello. Igual que la boca, se abrieron sus ojos, porque en esa forma sentía menos dolor. Sólo cuando tenía que pestañear, defendiéndose del agua, sentía el punzón que se clavaba dentro de su ser.

Pudo ver las gaviotas que descendían en círculos sobre la roca. Posándose sobre una punta gritaban con sus picos abiertos y sus cabezas erguidas. El cielo se hizo grisáceo y el vaho marino llegó flotando en el aire. Los pájaros parlotearon, sacudieron sus alas y, doblándolas una sobre otra, con las cabezas escondidas, se acomodaron como piedras contra la roca. El gris se hizo más denso, convirtiéndose en una oscuridad en la que sólo los pocos pájaros y unas manchas de estiércol se hicieron visibles, como también era visible la espuma en el mar. Las zanjas cerca del abrigo eran oscuras, pues por algún motivo no tenían estratos de blanco sucio. En medio de ellas las piedras eran sólo unas siluetas difusas. El viento soplaba suave y frío sobre la roca mayor, y su paso invisible producía un silbido casi inaudible. De vez en cuando una ola golpeaba contra la seguridad de la roca. Después se producía una pausa larga y enseguida se oía el torrente de agua cayendo por el embudo. El hombre yacía acurrucado en la cueva, con su mejilla apoyada sobre la manga y sus manos relucientes a cada lado. De tarde en tarde, al tiritar el cuerpo, se oía un roce que venía del capote.

4

El hombre se sentía dentro de dos mundos. Uno lo formaba la roca; era cerrada pero no abrigada, aunque carecía de esa frialdad que les es propia al aire y al mar. La roca era negativa. Encerraba su cuerpo en tal forma que sus hombros estaban machucados y forzados hacia adentro. Sentía dolor por todo su cuerpo, pero era un dolor lejano que podía confundirse con el ardor del fuego. Experimentaba una quemazón opaca en los pies y más aguda aún en las rodillas. Dentro de su mente podía imaginar las brasas, pues su propio cuerpo era el segundo mundo y él mismo lo habitaba. Bajo cada rodilla sentía unas pequeñas hogueras y éstas ardían como las fogatas que se prenden debajo de los camellos moribundos. Pero el hombre era inteligente y sabía que tenía que soportar esos fuegos a pesar de que no le proporcionaban calor, sino sólo dolor. Era necesario aguantarlos porque el levantarse o moverse le hubiera significado un aumento de sufrimiento y más llamas a lo largo de todo el cuerpo.

Su mente estaba alejada de ese mundo hecho de carne. Acá, distanciado de los fuegos, una parte de su ser, apoyada a un salvavidas, se balanceaba de lado a lado con cada respiración. A lo lejos estaba el resto de su mundo; era helado y quemaba y el dolor que producía era parejo y soportable. Pero en la parte superior sentía una punzada como si lo atravesara una aterradora e inmensa lanza, y era entonces cuando su cuerpo hacía unas convulsiones sísmicas y la punzada aumentaba en frecuencia pero disminuía en su intensidad y su mundo cambiaba de carácter. Aparecían formas de sombra y de gris en el espacio y manchas de una blancura galáctica que él sabía que eran sus manos. La otra extremidad estaba oscura y no molestaba. En medio de estos dos mundos el hombre flotaba empapado. Sabía que era un axioma de la existencia que hay que estar satisfecho con la más pequeña de las pequeñas misericordias que se nos conceden. Por lo menos sus extremidades con sus fuegos lejanos, las quemazones lentas, los potros de tormentos y sus tenazas estaban distantes. Si tan sólo pudiera dar con algún modo inactivo de sobrevivir, alguna sutileza en el equilibrio interior de su ser, posiblemente lograra permanecer flotando inmóvil y sin dolor; durante algunos instantes casi lo lograba. Su cuerpo se reducía mientras el mundo se agigantaba, convirtiendo sus extremidades ardientes en prolongaciones interplanetarias. Pero ese mundo estaba sujeto a convulsiones que nacían en la profundidad y llegaban como marejadas. Era entonces cuando el cuerpo se agrandaba, llenando todos los rincones, bramando sobre los fuegos y dilatándose mientras la lanza atravesaba el ojo penetrando hasta las profundidades de su cráneo, y mientras el dolor lo hería, veía vagamente una mano blanca. Después, lentamente, se sumergía de nuevo y, reduciéndose, flotaba en el centro de su mundo oscuro; los cambios se hicieron rítmicos y continuos.

Las imágenes que se sacudían no alteraban ese ritmo. Estaban brillantemente iluminadas. Había olas más grandes que el universo, y dentro de ellas, suspendido, un marino de cristal. Había una orden dada con luz de neón. Había una mujer, no con cuerpo detallado, pero sí con cara. Había la tenebrosidad de un barco a medianoche, con la cubierta que se alzaba y su lento vaivén.

El hombre caminaba atravesando el puente hacia la bitácora y su débil luz. Podía oír que Nat tenía calzados los zapatos de paseo, no las botas de mar. A Nat que dejaba caer su cuerpo de alambre sin agilidad y con cuidado femenino. Después de tantos meses todavía no era capaz de usar la ropa adecuada ni de salvar los escalones con destreza marina. Al despuntar la aurora se le descubría tiritando dentro de su ropaje inadecuado; lo hería el lenguaje en el puente del rancho; era un blanco humilde, obediente e inservible.

Brevemente miró el horizonte de estribor y después al convoy; con la luz del crepúsculo comenzaban a destacarse las siluetas de los barcos. Interrumpían el horizonte como paredes de hierro y ahora ya casi se podían distinguir sobre ellas los chorros borrosos de herrumbre.

Pero Nat estaría apoyado en la popa, buscando cinco minutos de soledad y de eternidad insondable. Caminaría con timidez hacia la carga de profundidad situada a estribor, no porque ésta fuera preferible a la

de babor, sino porque siempre se dirigía hacia ese sitio. Allí soportaría el viento y el hedor de las máquinas, el polvo y desaseo tan típicos de un cazatorpedero en tiempo de guerra. Continuaría soportándolo porque la vida misma lo había hecho insensible a todos los tactos, sabores, sonidos y olores. Seguiría soportándolo hasta que el hábito lo insensibilizara. Jamás podría hallarse a gusto en el mar, porque tanto sus grandes pies como todo su ser sólo habían sido atrapados accidentalmente, mientras que el hombre expectante rezaba en espera del más allá.

El reloj del puente continuaba marcando el tiempo. Se acercaba el momento del próximo zigzag que debían hacer. Miró el segundero con atención.

—¡Toda marcha a estribor!

Allá a lo lejos el *Wildebeeste* también estaba girando. La luz grisácea destacaba el torbellino provocado por su timón. Al inclinársele el puente de mando bajo sus pies, tuvo la sensación de que el barco se deslizaba de su posición a popa hasta permanecer en un mismo paralelo con él dentro de su nave.

Todavía giraba el *Wildebeeste*, conectado con el agua sólo a través de las plantas de sus pies, y a través del acero podía predecir el grado exacto de la escora a babor cuando daba vuelta. Pero el movimiento del agua no se podía anticipar. En los últimos grados de su giro pudo ver una única e inmensa ola que, deslizándose, pasaba bajo la proa, elevando la popa; pero al caer la popa, con una sacudida súbita, ya había girado diez grados fuera de su rumbo.

—¡Maldita marina y maldita guerra!

Bostezando, soñoliento, vio el remolino bajo la popa del *Wildebeeste* cuando el barco retomó su curso.

Allá lejos, dentro de su mundo íntimo, los fuegos se avivaron, se le clavó nuevamente la lanza en el ojo y así volvió a estar dentro de su ser. Otra vez el fuego se aplacó y comenzó el ritmo ya conocido.

Los cazatorpederos en la pantalla de su imaginación giraron al unísono. En medio de las órdenes emitidas oyó el zumbido del

ASDIC

y la luz aumentó. La flota de buques mercantes navegaba resoplando a seis nudos por hora, mientras los cazatorpederos les abrían el camino, barriendo los mares con escobas invisibles y cambiando de dirección con ellos.

Oyó pasos en la escalera y se apresuró a rectificar rumbo; podía ser el capitán que se aproximaba. Con gran aparato comprobó el curso del *Wildebeeste*, pero los pasos no venían acompañados de voz alguna.

Por último se dio vuelta, disimuladamente, y allí estaba Roberts, el suboficial, saludándolo.

—Buenos días, jefe —dijo.

—Buenos días, señor.

—¿Qué sucede? ¿Me consiguió un traguito?

Los ojos opacos bajo la visera se achicaron, pero la boca sonrió como obligada.

—Podía ser, señor.

La sonrisa se expandió al hacer el cálculo de la ventaja ya obtenida.

—No estoy tomando ron estos días, pero cuando usted lo desee…

—Está bien. Gracias.

¿Qué querría ahora? ¿Algún servicio pequeño pero factible? ¿Algún nombramiento? Pero el suboficial estaba embarcado en un juego demasiado profundo. Fuera lo que fuese y a dondequiera que lo condujeran las obligaciones, era evidente que hoy sólo deseaba un reconocimiento agradecido de su buen sentido y comprensión.

—Se trata de Walterson, señor.

El hombre rió, sorprendido.

—¿Mi mejor amigo, Nat? ¿Qué ha estado haciendo? ¿No se ha hecho acreedor a castigo, supongo?

—Oh, no, señor. Nada de eso. Sólo que…

—¿Qué?

—Bueno, mírelo. Apoyado a la borda de la popa de estribor.

Juntos caminaron hacia ese lado del puente. Nathaniel todavía estaba entregado a su eternidad, con su cuerpo suspendido sobre la borda, más allá del lanzatorpedos. Sus manos cubrían su rostro y su altura increíble se balanceaba con el movimiento de las olas.

—¡Qué tonto!

—Corre riesgo, señor.

El suboficial se le acercó. Embustero. Su aliento tenía olor a ron.

—Podía haberlo castigado, señor. Pero sabiendo que es un amigo suyo en la vida civil…

Se hizo una pausa.

—Está bien, jefe. Yo mismo voy a llamarle la atención.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, jefe.

—No voy a olvidarme de traerle el traguito.

—Muchas gracias.

El suboficial volvió a saludar, retirándose de su presencia. Bajó la escalera.

Sintió la soledad con fuegos ardientes debajo de las rodillas y una aguja clavada en el ojo, y recordó la soledad sobre un puente con la boca de un cañón elevada sobre la borda; sonriéndose a sí mismo, reconstruyó el pensamiento íntimo de Nathaniel. Posiblemente permanecía apoyado a la borda de popa, esperanzado, buscando la soledad entre los tripulantes y la guardia de los torpedos de profundidad. Pero no existía soledad para un marinero en un barco pequeño. Debió de haberse deslizado de la montonera en el castillo de proa, escapando de un hacinamiento total y escuálido. No podía comprender que la aglomeración en el puente era tal como para ofrecerle un cierto tipo de independencia parecida a la que puede encontrarse en una muchedumbre londinense. Mientras rezaba soportaba la mirada tenebrosa de la guardia de los torpedos, sin comprender que lo observaban porque no tenían otra cosa que hacer.

El barco zigzagueó.

Y está rezando cuando debía descansar hamacándose en su coy; lo hace porque se le ha dicho que mientras está de guardia debe vigilar un sector del mar, de modo que vigila, cumpliendo pero sin comprender.

Veía al vigía acurrucado, la antena meciéndose, la chimenea expeliendo un aire caliente y huellas de humo. Miró hacia abajo por un corte del puente y vio la cubierta de estribor.

Nathaniel estaba todavía allí. Su estatura asombrosa, combinada con una delgadez que la hacía aún más increíble, convertía la borda en un parapeto inseguro. Tenía las piernas extendidas y con sus pies se sujetaba a la cubierta. Vio como Nathaniel retiraba las manos de su cara, dejándola al descubierto, y cómo se enderezaba, aferrándose. Comenzó a abrirse paso hacia adelante siempre con sus piernas y brazos extendidos, buscando equilibrio. Llevaba su pequeña y absurda gorra marina colocada justo en el medio de la cabeza y de ella sobresalía el pelo negro y rizado, ya un poco lacio por el efecto de la humedad nocturna. Casualmente miró el puente de mando y con seriedad llevó su mano hacia el lado derecho de su cabeza. No se toma libertades, pensó el hombre, sabe su lugar y continúa humilde como en la vida privada; humilde pero ridículo e inatajable.

Pero el equilibrio de la figura delgada se conmovió con el movimiento fugaz de la mano derecha; bamboleó de costado, quiso saludar de nuevo, no pudo y, con gravedad, siempre con brazos y piernas separados, consideró el problema. Un cabeceo lo hizo oscilar. Volviéndose, fue directamente hacia el cajón de la máquina; probó si el metal estaba caliente y apoyándose y dándose vuelta con lentitud saludó hacia el puente. El hombre se vio contestando el saludo con alegría. La cara de Nathaniel cambió de expresión. En ella se asomó el placer sincero del reconocimiento; no como la sonrisa forzada que había aparecido en el rostro del suboficial Roberts; esta otra brotaba espontánea, evidencia de una simpatía auténtica que aceleraba la respiración por el gusto que daba.

Se produjo una convulsión en el sustrato de su mundo interior, de manera que la aguja comenzó a clavarse en ese centro que durante todo este tiempo había estado flotando sin dolor.

Al procurar coger la bitácora sólo agarró la roca y en la angustia de su frustración dio un único grito.

—¿No hay nadie que pueda darse cuenta de lo que siento?

De nuevo se vio extendido a lo largo de su mundo interior, mientras los fuegos ardían debajo de su carne.

Se oyó otro sonido mezclado a los anteriores. Estaba relacionado con las inmóviles y distantes manchas blancas. Éstas eran ahora más definidas. Fue entonces cuando tuvo noción de que el tiempo había pasado. Lo que le había parecido un ritmo eterno había transcurrido durante las horas de oscuridad; pero ahora veía una vaga luminosidad que consolidaba su personalidad, dándole límites y cordura. El ruido había sido el cloqueo ronco de una de las gaviotas en su reposo.

Se dejó estar en su dolor, sólo percibiendo la luz y el hecho de que nacía un nuevo día. Teniendo cuidado con el borde de su ojo inflamado, pudo inspeccionar su mano entumecida. Se obligó a cerrar los dedos y éstos temblaron al contraerse. Al sentirla, nuevamente volvió a ser un hombre, incrustado en la hendija de una roca estéril. La memoria y la percepción le fluyeron en sucesión ordenada. Se acordó de la zanja y del embudo. Vio que a la luz del día ahora no era sino un náufrago y sobre él se abatió la desesperanza de su situación. Comenzó a luchar con su cuerpo, arrastrándose dentro del espacio entre las rocas. Al sentirlo moverse, las gaviotas graznaron, tomando vuelo. Volvieron sobre él volando en círculos y

examinándolo, para después alejarse con gritos estridentes. No eran como las aves desconfiadas de las playas y rocas habitadas, ni tampoco tenían la inocencia primitiva de la naturaleza prístina. Eran gaviotas de una época de guerra que al encontrar a un hombre rodeado de agua se sentían agraviadas ante la tibieza de su carne y con sus movimientos lentos e injustificables. Y al acercársele y cernerse en su aleteo las aves parecían querer decirle que mucho mejor sería que muriera y desapareciera flotando en el mar. El hombre les gritó:

—¡Ya! ¡Váyanse! ¡No me molesten!

Se elevaron ruidosamente, para volver, acercándosele hasta que las alas le rozaron su cara. Presa del pánico, batió los brazos, y, alcanzando una, ésta se fue aleteando a medias. Se alejaron entonces planeando en círculos sobre él y observándolo. Parecían reptiles volando. Un odio ancestral por todo aquello que tiene garras lo hizo estremecerse, y creyó ver en sus contornos suaves toda la extrañeza de los murciélagos y los vampiros.

—¡Quítense de acá! ¿Qué se han creído que soy?

El círculo que formaban se extendió y se alejaron sobre el mar abierto.

Volvió a prestarle atención a su cuerpo. Parecía ser hecho de una carne compuesta de dolores y rigideces. Hasta su sistema nervioso se veía alterado, pues le era necesario enviarle órdenes separadas y deliberadas a sus piernas, como si éstas hubieran sido unos zancos mal hechos que le hubiesen sido ajustados a su cuerpo. Dobló esos zancos y se incorporó. Descubrió nuevos fuegos; éstos eran pequeños islotes de un dolor más agudo dentro del sufrimiento general. El tormento que sentía en el borde del ojo derecho estaba muy cerca de él. Al levantarse apoyó su espalda sobre el costado de la zanja y miró a su alrededor.

La mañana era opaca y el viento había amainado. El agua parecía dar brincos en lugar de progresar. Tuvo conciencia de un ruido nuevo. Era ese sonido del mar que un marino jamás oye desde su barco; el suave murmullo apagado de innumerables olitas, el gorgoteo constante y el absorber del agua que va desde un chasquido sonoro hasta un deglutir rumiante. Había sonidos que a todo momento parecían estar al borde de articular algo, pero que se convertían en un estallido líquido. Sobre todo esto había una nota definible, un silbido sonoro; era el roce suave, continuo y sutil del aire contra la roca.

El graznido de una gaviota se oyó sobre su cabeza; levantando el brazo miró por debajo de su codo, pero ya la gaviota se alejaba de la roca. Al perderse el grito en la lejanía, volvió una calma suave.

Mirando hacia el horizonte pasó su lengua sobre sus labios; al hacerla tragó como experimentando. Abrió los ojos desmesuradamente, sin hacer caso de la punzada, y comenzó a respirar con rapidez.

—¡Agua!

Al igual que en el mar, en aquel momento de crisis desesperante, su cuerpo se hizo útil y servicial. De prisa salió de la zanja sobre piernas ya no entumecidas. Trepó por encima de contrafuertes que jamás habían soportado otro peso que el propio, se resbaló en los charcos blancos de las zanjas cerca de la cima de la roca. Llego hasta el borde del acantilado por donde había escalado y una gaviota solitaria salió volando de entre sus pies. Comenzó a girar sobre si mismo, pero el horizonte era idéntico por dondequiera que mirase. Sólo la roca le daba la pauta de que había dado una vuelta completa. La dio de nuevo. Finalmente comenzó a descender de zanja en zanja. Cuando estuvo más abajo de las salpicaduras de las aves, se detuvo a examinar la roca pulgada por pulgada. Se agazapó dentro de una zanja, sosteniéndose a los bordes inferiores y mirando hacia todos lados rápidamente, como si hubiera querido seguir el vuelo de algún pájaro. Vio agua en una roca; se acercó y, sujetándose con las manos a ambos lados, introdujo la lengua. Sus labios se contrajeron y chupó. El charco se convirtió sólo en una mancha de humedad sobre la roca. Siguió arrastrándose. Llegó hasta una resquebradura horizontal al costado de una zanja. Debajo de esa hendedura había una roca caída y allí se había almacenado agua. Apoyó la frente contra la roca y la giró hasta que su mejilla se apoyó sobre la rendija, pero aun así la lengua no alcanzaba el agua. Acometió una y otra vez, sus dientes trituraban la piedra, pero el agua estaba más allá de su alcance. Cogió la roca quebrada y tironeó con furia hasta que ésta se soltó. El líquido se derramó y formó una delgada capa en el fondo de la zanja. Permaneció de pie, con el corazón agitado, y en la mano sostenía la roca quebrada.

—¡Devánate los sesos, hombre! ¡Devana tus sesos!

Miró hacia abajo. Veía el declive lleno de piedras revueltas. Comenzó a explorar la roca metódicamente. Vio el pedazo de piedra en su mano y lo dejó caer. Siguió investigando la roca de un lado a otro, de zanja en zanja. Tropezó con un amontonamiento de espinas de pescados y una gaviota muerta, con su esternón dado vuelta hacia arriba, como la quilla de un buque abandonado. Vio manchas de líquenes grises y amarillentos y hasta rastros de tierra y un brote de musgo. Había caparazones vacíos de cangrejos, trozos de maleza muerta y las pinzas de una langosta.

En la parte inferior de la roca había charcos de agua, pero era salada. Volvió a subir por la pendiente, ya olvidado de los fuegos que lo habían atormentado y de la lanza que se le clavaba en el ojo. Anduvo a tientas en la grieta donde había permanecido la noche entera, pero la piedra estaba casi seca.

La laja estaba dividida en dos partes. En otros tiempos debió de haber habido una inmensa capa de roca suspendida, que había perdurado mientras el tiempo desgastaba las otras. Después, al caer, se habría quebrado en dos. La parte mayor cubría la zanja en el borde mismo de la roca. Una parte sobresalía sobre el mar y la zanja la enfilaba como una acequia. Acostándose, se introdujo en ella. Reposó. Enseguida comenzó a sacudirse como una foca, levantándose hacia adelante con sus aletas. Bajó la cabeza e hizo ruidos semejantes a chupadas Después permaneció inmóvil. El sitio donde había hallado agua era como una pequeña cueva. El fondo tenía una leve pendiente de manera que el extremo donde él se encontraba era poco profundo. Había suficiente sitio para que pudiera permanecer acostado con los codos separados de su cuerpo, pues la laja había derribado la pared del lado derecho. El techo de piedra estaba inclinado y formaba un ángulo. El extremo más distante de la cueva no estaba obstruido. En la parte superior, contra el techo, había un pequeño boquete por donde se podía ver un trozo de cielo y donde se infiltraba la luz del día. La luz de la atmósfera se reflejaba en el agua desde ella, de modo que unas pequeñas rayitas rielaban en el techo rocoso. El agua se podía tomar pero su sabor no brindaba placer alguno. Tenía gusto a cosas vagamente, desagradables, aunque esos saborcillos no se podían especificar. El agua no satisfacía la sed, sólo la aplacaba. Parecía haber bastante cantidad de líquido, pues el charco tenía varios metros de largo y la punta más distante daba la impresión de ser profunda. Bajó la cabeza y chupó de nuevo. Ahora que su ojo se había ajustado a la luz, pudo ver el sedimento rojizo y viscoso debajo del agua. Fácilmente se le podía agitar. El limo subía en espirales donde él había bebido; permanecía flotante, suspendido un momento para decantarse otra vez.

Luego comenzó a murmurar para si:

—Salvarme. Tengo que hacer algo por salvarme.

Al retroceder se golpeó la cabeza contra la piedra. Se arrastró a lo largo de la zanja y encaramándose en lo alto de la roca, escudriñó todo el horizonte. Arrodillándose, se dejó caer y se sujeto con los brazos. Los pensamientos surgieron en su mente:

«No puedo permanecer acá arriba permanentemente. Tampoco les podría gritar si llegaran a pasar. Debo crear un hombre para que permanezca acá en mi lugar. Si llegan a ver algo que se asemeje a un hombre se van a acercar».

Más abajo de sus manos, e inclinado hacia la pared de donde se había desprendido, había un fragmento de roca. Bajó y empezó a luchar con el enorme peso. Logró inclinarlo, pero al estremecerse con el esfuerzo la roca cayó. Se desplomó y permaneció tendido un rato. Abandonándola bajó, la pendiente hasta las piedras sueltas. Encontró un canto rodado en un charco y forcejeó para sacarlo. Levantó la piedra hasta su estómago, dio unos pasos tambaleantes, dejó caer la piedra y la volvió a levantar. Descargó la piedra en la parte más alta y volvió a bajar. Halló otra con forma de valija, equilibrada sobre la pared de una zanja. Pensó lo que debía hacer. Apoyó la espalda en la piedra y colocó los pies contra la otra pared. La valija cedió, rechinando. Colocó un hombro debajo de una punta y lo alzó con fuerza. La piedra se desmoronó dentro del siguiente foso, quebrándose. Sonrió sin ganas y arrastró el pedazo mayor hacia si y, acarreándolo, consiguió levantarlo sobre la pared.

Ya tenía dos rocas sobre la parte más alta; una de ellas con rastros de sangre. Una vez más miró el horizonte y volvió a bajar. Se detuvo, levantó su mano hasta la frente y después la examinó. No había huellas de sangre.

Habló en voz alta y el sonido que se oyó fue profundo y opaco a la vez:

—Estoy comenzando a traspirar.

Encontró una tercera piedra, pero no la pudo levantar. La empujó por el fondo hasta que un desnivel le permitió tomarla por debajo y elevarla. Cuando la hubo puesto al lado de las otras sus manos estaban deshechas. Arrodillándose junto a las piedras, estudió el cielo y el mar. El sol brillaba pálido y se veían menos nubes. Se tendió sobre las tres piedras, dejando que lo lastimaran. El sol ardía sobre su oído izquierdo. Se levantó y, con mucho esfuerzo, colocó la segunda piedra sobre la tercera y la primera sobre la segunda. Las tres juntas medían menos de un metro de arriba abajo. Irguiéndose, apoyó su espalda contra ellas. Nada veía en el horizonte, el mar estaba tranquilo y el sol era una bendición. Una gaviota cerniéndose sobre el agua a poca distancia, ahora sólo era un ave blanca e inofensiva. Cubrió el ojo herido con una mano para darle descanso, pero fue demasiado el esfuerzo de sostenerla levantada. Dejó caer la palma sobre la rodilla. Trató de olvidar el ojo y de pensar.

—¿Comida? ¿De dónde sacaré comida?

Poniéndose de pie, trepó por encima de las zanjas. En la parte más baja había unos peñascos y más allá unas piedras sueltas sobre la superficie. Por el momento no las tomó en cuenta. Los peñascos eran muy escarpados. Estaban cubiertos por una costra de pequeñísimos percebes, cuyas secreciones calcinosas se habían soldado, formando una capa que se extendía en el agua hasta perderse de vista. Había lapas amarillentas y caracoles marinos de color secándose contra la roca. Había racimos de mejillones azulados y entrelazados por hebras verdes. Miró hacia arriba y pudo ver la laja sobresaliendo como un trampolín y los mejillones que, triunfantes, habían cubierto casi toda la pared. A causa de ellos, hasta una cierta altura muy definida, la roca era azul. Se dejó caer con cuidado e inspeccionó el acantilado. Debajo del agua la cosecha de alimento era aún mayor, pues allí los mejillones eran más grandes y los caracoles marinos se arrastraban sobre ellos. Entre las lapas, los mejillones y los caracoles se veían como masas de gelatina roja; eran las anémonas que dentro del agua abrían sus bocas, formando un círculo de pétalos; pero sobre la superficie se les veía arrugadas y blandas como pechos cuando se les ha extraído la leche.

Bajo su ropa sintió una contracción de hambre y, mientras permanecía allí, haciéndosele agua la boca, se le formó un nudo en la garganta, como si hubiera estado infinitamente triste. Suspendido sobre la pared lechosa pudo oír el barrer de las olas y los pequeños murmullos que provenían de esta vida que no era totalmente vegetal pero sí abundante. Tanteando su cinturón cogió el cordel y con su mano libre tomó el cortaplumas. Puso el borde de la hoja entre sus dientes y con fuerza la separó del mango. Colocó la punta debajo de un percebe, y al hacerla girar pudo sentir la fuerza muscular de éste. Dejó el cortaplumas colgando del cordel y recogió el percebe cuando caía. Le dio vuelta en su mano para observar la parte más ancha. Vio un pie ovalado que se recogía, cerrándose contra la luz del día.

—Maldito infierno.

Arrojó el percebe lejos de sí y sintió el chasquido cuando cayó en el agua. Al desvanecerse los anillos, lo vio ondulando hacia el fondo hasta que desapareció. Volvió a tomar el cortaplumas y comenzó a escarbar entre las lapas. Parecía que lloraban, chorreando un agua salada y urética. Clavó la punta de la hoja en una anémona y la substancia gelatinosa se cerró herméticamente. Con la parte plana de la hoja la comprimió y del orificio salió un orín que dio contra su ojo. Cerró el cortaplumas contra una piedra. Volvió a trepar y se sentó en lo alto de la roca con su espalda apoyada contra las tres piedras.

En su fuero interno el hombre tenía conciencia de que una especie de ataque se había apoderado de su cuerpo. Encogió los pies hacia sí y rodó de costado hasta que su cara estuvo contra la roca. Su cuerpo se sacudía y tiritaba debajo de las ropas empapadas. Le habló a la piedra:

—No debes entregarte.

De inmediato empezó a arrastrarse cuesta abajo y enseguida aceleró sus movimientos. Cerca del agua encontró piedras, pero sus formas no le servían. Eligió una que se hallaba justo debajo del agua y penosamente la llevó hasta donde estaban las otras. Cambió la piedra nueva por la que ya había colocado al tope y la afirmó, haciéndola girar; después volvió a poner la otra piedra encima de todo. Ya la figura alcanzaba un metro de altura.

Se dijo:

—Debo, debo continuar.

Descendió por el lado opuesto al acantilado cubierto de mejillones. Había salientes por donde se escurría un agua muy oscura, y en el fondo se podían ver algas muy alargadas, semejantes a las cuerdas que algunos viajeros atan alrededor de sus valijas cuando las cerraduras se han saltado. Sobre la superficie, estas algas estaban aplastadas y enroscadas sobre sí mismas, pero bajo el agua se movían lentamente, como si fueran lenguas o tentáculos. Más allá sólo se veía la negrura del mar profundo, perdiéndose en un abismo.

Apartó su vista de todo esto y comenzó a trepar por los salientes, pero por donde tocara la roca estaba firme y no le ofrecía pedazos sueltos; sólo uno de los salientes estaba resquebrajado. Lo empujó con sus pies, pero no lo pudo mover. Con dificultad se dio vuelta en el saliente y regresó. En la parte más baja de la gran roca encontró piedras sueltas de formas inservibles. Una a una las llevó hasta una zanja, donde las apiló. Escarbó en unas hendijas, arrancó bloques y macizos redondeados de cuarzo amarillento, en, donde las algas se habían adherido como pelos verdes. Las acercó hasta el hombre que estaba construyendo y allí las amontonó alrededor de la piedra fundamental. Algunas no eran más grandes que papas, y éstas las insertó entre las más voluminosas, afirmando el total hasta que, al tocarlo, no se balanceaba. Colocó una última piedra encima de todas las otras. Era del tamaño de su cabeza.

Ya su hombre medía más de un metro. Apartándose, miró alrededor suyo. Desde donde él se encontraba veía que su obra se elevaba sobre el horizonte hasta más allá del sol. Esto lo sorprendió. Trató de establecer dónde quedaba el oeste. Vio a lo lejos la roca que lo había salvado y a las gaviotas flotando sobre el reflejo del mar.

Volvió a descender hasta donde había sacado la lapa. Haciendo una mueca, sujetó su vientre con sus puños cerrados. Suspendido sobre el pequeño montículo, comenzó a arrancar con sus dedos las masas rojas y gelatinosas. Sin mirarlas las colocó sobre un risco. Luego, volviendo su ojo sano y la mitad del otro, las inspeccionó con detención. Parecían un puñado de golosinas, sólo que se movían casi imperceptiblemente y que del montoncito destilaba un hilo de agua trasparente. Sentado junto a ellas sobre el montículo, no las miró más. En su cara apareció una expresión de agonía.

—¡Maldito infierno!

Sus dedos se cerraron sobre una golosina. Rápidamente la puso en su boca y al tragarla se estremeció. Tomó otra y otra, tragándolas lo más rápido posible. Engulló el montón y después permaneció rígido; sintió arcadas. Se tranquilizó, sonriendo apenas. Miró hacia su mano y vio que allí junto a su dedo meñique, quedaba una última golosina. Con la mano se tapó la boca y lucho con su estómago. De prisa se levantó y trepó sobre las rocas hasta el pozo de agua, hacia donde se arrastró. Nuevamente subieron del fondo las espirales de sedimento rojizo y de limo. Había una faja roja de una pulgada en la parte menos profunda del charco.

Cuando su estómago se hubo calmado con el agua áspera, salió retrocediendo del hoyo. Las gaviotas volaban en círculos sobre la roca. Las miró con odio y les gritó:

—¡No me van a alcanzar!

Trepó hasta la cima donde estaba su pigmeo de un metro de altura. Todo el horizonte se veía vacío. Lamió un resto de agua de sus labios.

—Tengo suficiente para beber.

Miró la laja que cubría su agua potable y que sobresalía como trampolín. Lentamente se acercó al acantilado, y, agachándose, miró debajo de la laja. La parte del charco que daba al mar estaba sujeta por una confusión de rocas sueltas amontonadas unas sobre otras. A través de la ventana deteriorada que era su vista vio el sedimento rojo girando en círculos. Quizás el limo estaría del lado de adentro de las rocas, obstruyendo una posible pérdida de agua. Tuvo una visión fugaz de las superficies escondidas: orificios que el tiempo había cubierto con sarro rojizo, sellándolos, y el agua dulce atrapada entre toda esa salinidad; pero tan delicadamente atrapada que el menor roce echaría a correr su vida irrevocablemente.

Retrocedió con ojos desorbitados y respiración agitada.

—Procura olvidar lo que has visto.

Comenzó a introducirse de espaldas dentro del hoyo donde dormía. Se introdujo casi hasta las orejas, llenándolo todo con su cuerpo y su ropa gruesa. Tironeó de las mangas de su chaquetón hasta que sobresalieron del capote, cubriéndole las manos. Después de una pequeña lucha pudo sostenerlas con sus dedos y, doblando los puños, cubrió todo con la lana peluda. El salvavidas sostenía su pecho y garganta y apoyó su mejilla sobre su antebrazo. Permaneció así, tiritando ahora que se había escondido el sol y mientras el cielo verde se tornaba azul, azul oscuro, y las gaviotas bajaban flotando. Su cuerpo cedió a los estremecimientos, pero entre estos ataques permanecía inmóvil. Tenía la boca abierta y con ansiedad miraba hacia la oscuridad. Una sola vez, sacudiéndose, la boca habló:

—¡Procura olvidar!

Una gaviota aleteó un poco y después se tranquilizó.

5

Pero no podía caer dentro del hoyo, porque su cuerpo estaba extendido. Tuvo la vaga conciencia de que sus fuerzas le volvían; esto no sólo le permitía sufrir el frío y sentirse físicamente miserable, sino que también lo irritaba. En lugar de las visiones apocalípticas y de las voces de la noche anterior, ahora sólo sentía el cuerpo maltrecho y la carne desgarrada. El dolor de la punzada en el ojo se había mitigado, y para no padecer sufrimientos aún mayores se veía obligado a frotar un pie contra el otro o a comprimir su cuerpo contra la roca para impedir que le penetrara el frío, y sólo entonces se daba cuenta de que la otra mitad de su cuerpo requería, insistentemente, más y más atención. Alzándolo en ese mundo oscuro, lo separaba de la superficie dura y áspera y, dándolo vuelta, lo descansaba sobre el otro lado. Había otra diferencia entre la noche anterior y ésta. Los fuegos se habían apagado en parte, pero todavía ardían lo suficiente como para que tuviera que ocuparse de ellos, y podía hacerlo, ya que le sobraba tiempo y tenía fuerzas necesarias. Los entumecimientos de sus miembros se habían convertido en una sensación de tirantez, como si los estuvieran estirando sin piedad. Y ahora que le sobraba ese poco de energía sentía que la roca le producía más incomodidad. Lo que su ser, en su agotamiento extremo, había creído que era una superficie pulida, era en realidad una extensión ondulante con salientes por aquí y por allá. Éstos se convirtieron en molestias localizadas, que a su vez se trasformaron en dolores sordos. Al no poderlos aliviar, los dolores lo atormentaban, y se avivaban los fuegos. De todas maneras tenía que evitarlos. Entonces el hombre levantaba un muslo o se retorcía débilmente, sólo para encontrar que las protuberancias habían desaparecido, dejando solamente las ondulaciones. De nuevo dejaba caer su muslo y, en la oscuridad, esperaba que volvieran la incomodidad, las molestias, los dolores, los tormentos y el fuego.

Ahora que su ventana hacia el exterior estaba sumida en la oscuridad, el hombre sintió que los períodos entre uno y otro sufrimiento estaban otra vez repletos de voces y cosas. Tuvo una visión confusa del pasaje de un sol que cruzaba entre él y los fuegos al centro del universo; pero tanto el sol como esos fuegos estaban demasiado distantes para calentarlo. Vio el sedimento rojo que atajaba el agua fresca, dos puñados de golosinas coloradas y el horizonte vacío.

—¡He de vivir!

Distinguió el sol con su movimiento lento, y dentro de su cabeza se le produjo una confusión sobre las revoluciones del orbe en su propio eje y su marcha de un año alrededor del sol. Tuvo conciencia de los meses que debía soportar el hombre antes de recibir la luz brillante y tibia de la primavera. Durante años había mirado el sol, sin pensar.

Lo había visto desde muchos ángulos; a través de las ventanas de ferrocarriles o desde los campos. Confundió su fuego interno con otros fuegos vistos en jardines y en hogares. Uno de éstos era más pertinaz; era una realidad que debía vigilar.

El fuego estaba detrás de la parrilla de una chimenea. Vio que el hogar estaba en un cuarto, y entonces todo se le hizo familiar, y supo dónde se hallaba, y la época y las palabras cobraron un significado. Había una figura alta y muy delgada sentada en una silla frente a él. Miraba hacia arriba por entre su pelo encrespado, como si hubiera estado consultando un libro al otro extremo del techo.

—Si nos toman como somos ahora, el cielo no sería sino una negación. Sin forma, vacuo, ¿me comprendes? Una especie de relámpago oscuro que destruye todo aquello que llamamos vida.

Pero el hombre al contestar riendo se sentía feliz.

—No comprendo nada y poco me importa, pero iré a tu conferencia encantado. Mi querido Nathaniel, no sabes lo que me alegro de verte.

Nathaniel le estudió la cara con cautela.

—Y yo también. Me alegro de verte.

—Nat, estamos dando rienda suelta a nuestro sentimiento. No parecemos ingleses.

Otra vez lo observó con mirada cautelosa.

—Yo creo que a ti te hace falta mi conferencia. ¿No es cierto que no eres feliz?

—A decir verdad, no me interesa mucho el paraíso. Deja que te sirva algo para beber.

—No, gracias.

Nathaniel se incorporó de la silla y permaneció de pie, con sus brazos a cada lado y sus manos dobladas hacia arriba. Dio una mirada vacía y después miró la pieza. Acercándose a la pared se retrepó en un estante, sentándose sobre sus nalgas huesudas. Estiró sus piernas increíblemente largas y las separó, apoyándose inseguramente sobre las plantas de sus pies. Otra vez miró hacia el techo.

—Se le podría llamar una charla sobre la técnica de morir.

—Tú vas a morir mucho antes que yo. Ésta es una noche helada y mira cómo estás vestido.

Nathaniel miró a los ojos sonrientes y después a sí mismo.

—¿De verdad? Sí, supongo que tienes razón.

—Y yo voy a tener una vida bien larga y voy a conseguir lo que busco.

—¿Y eso qué es?

—Varias cosas.

—Pero tú no eres feliz.

—¿Por qué me dices eso justamente a mí?

—Existe un nexo entre nosotros. Algo nos va a suceder, o puede que hayamos nacido para trabajar juntos. Tú tienes una capacidad extraordinaria para resistir.

—¿Con qué fin?

—Para alcanzar el cielo.

—¿La negación?

—La técnica de morir dirigiéndose al cielo.

—No, gracias. Sé lógico, Nat.

—Tú sabes que es así. Y yo…

La cara de Nat sufrió un cambio. La volvió hacia él de nuevo. Sus mejillas se sonrojaron dolorosamente. Los ojos se ensombrecieron, amenazadores.

—… y yo tengo una sensación. Por favor no te rías, pero siento, más bien se podría decir que sé.

Debajo de la mirada intensa la respiración se aceleró, entrecortada.

—Se podría decir que yo sé que es importante que tú comprendas todo lo referente al cielo, a la muerte, porque dentro de pocos años…

Durante largo rato se produjo un silencio.

Fue un *shock* doble, pues las campanas cesaron de tañer más allá de las ventanas del cuarto, como si se hubieran detenido junto con la voz. Un ardor agudo producido por el cigarrillo le recorrió el largo del brazo hasta el centro de su ser, de modo que con un grito lo arrojó lejos de sí. En seguida se echó al suelo, buscando la colilla debajo del sillón. Las ondulaciones del piso le provocaron incomodidad. Acostado allí, lo perseguían las palabras, zumbándole en los oídos, agitándolo, forzando su corazón a una comprensión súbita y aterradora, como si entendiera las palabras que Nathaniel no había pronunciado.

—… porque dentro de pocos años vas a morir.

Exclamó con furia y pánico ante las palabras no articuladas:

—¡Qué estúpido, Nat! ¡Qué estúpido eres!

Dentro de la zanja se oyó el eco de las palabras y con un sobresalto levantó su mejilla del capote. Afuera había mucha luz, la luz del sol, y se oía el graznido de las gaviotas.

Dio un grito fuerte:

—¡Maldición, no voy a morir!

Levantándose rápidamente, permaneció de pie dentro de la zanja. El mar y el cielo eran de un azul intenso y el sol todavía no estaba lo bastante alto como para producir una resolana sobre el agua. Sintió el calor del sol sobre su cara y con sus dos manos se frotó la barba. Miró con rapidez hacia el horizonte y después bajó hasta una zanja. Allí comenzó a desabrocharse los pantalones, mirando furtivamente hacia los lados. Y por primera vez desde que había llegado a la roca, estalló en una risa de mofa. Se volvió hacia el pigmeo y orinó como regando el horizonte.

—Se ruega a los caballeros poner sus ropas en orden antes de salir.

Comenzó a luchar con los botones de su capote y se lo sacó con fuerza. Tironeó de las cintas que sujetaban su salvavidas debajo del chaquetón. Se quitó las dos prendas y las dejó caer en un montón. Miró las dos líneas de galones de oro en cada brazo, los botones dorados, la tela negra de su chaqueta y de sus pantalones. Se sacó todo, chaqueta, suéter de lana, suéter negro, chaleco y camisa; las medias largas, los

calcetines y los pantalones. Parado, inmóvil, examinó lo que podía ver de su cuerpo.

Los pies estaban tan traspasados de agua que parecían haber perdido su forma. Un dedo gordo machucado tenía sangre seca pegada. También tenía moretones en las rodillas y éstos terminaban en heridas; no eran cortes ni raspaduras, sino placas del tamaño de una moneda, donde la piel y la carne habían desaparecido. Su cadera derecha estaba azul, como si alguien le hubiera apoyado una mano impregnada en pintura.

Se examinó los brazos. Tenía el codo derecho hinchado y tieso y también estaba amoratado. Aquí y allá sobre su cuerpo veía manchas, no de carne viva, sino de sangre a flor de piel. Con cuidado se tocó la barba. Su ojo derecho estaba nublado y sentía esa mejilla dura y caliente.

Tomó el chaleco y trató de estrujarlo, pero el agua había penetrado los tejidos y estaba allí atrapada. Puso un pie sobre la tela, retorciéndola con las dos manos. Apareció un poco de humedad que mojó ligeramente la roca. Hizo lo mismo con cada prenda de su vestimenta y las puso a secar al sol. Se sentó junto al pigmeo; de su chaqueta sacó un atado de papeles y un pequeño cuaderno de color marrón. El cuaderno se había desteñido y manchado los papeles como si estuvieran herrumbrosos. Desparramó los papeles a su alrededor y volvió a buscar dentro de los bolsillos. Encontró dos peniques y un florín. Los colocó en un montoncito junto al pigmeo. De un bolsillo de su capote tomó el cortaplumas con su cordel y se lo colgó del cuello. Cuando hubo hecho eso levantó la mano y tironeó con cuidado de un disco pequeño que estaba sujeto a su cuello por un cordón blanco. Sonrió. Arrastrándose de nuevo volvió al pozo de agua. Dejándose caer suavemente, se inclinó hacia adelante. Vio las espirales rojas que le recordaron el extremo obstruido del charco. Retrocedió con cuidado, conteniendo la respiración.

Trepó por encima de las zanjas hasta la parte inferior de la roca. La marea estaba baja y se podían ver toneladas de materia gelatinosa desparramada sobre los riscos. Desde su punto de apoyo, con sus pies saliendo del borde, vio el alimento que se había secado y que parecía hablar con sus continuas y pequeñas crepitaciones. Sobre las conchas, las algas se veían trasparentes y vagamente verdes. Se deslizó sujetándose a uno y otro saliente y estremeciéndose cuando sus pies se apoyaban en las valvas filosas. Tironeó los mejillones, pero no pudo arrancarlos. Tenía que retorcerlos como si hubiera estado separando huesos de tendones, atornillándolos en las coyunturas. Al desprenderlos los tiraba hacia atrás y caían ruidosamente sobre la roca. Trabajó entre las conchas filudas, sobre el agua trémula, hasta que sus piernas comenzaron a temblar con el esfuerzo que les había impuesto. Subió el acantilado, descansó y bajó otra vez para arrancar más mejillones. Ya tenía una buena cosecha sobre la roca; algunos medían más de cuatro pulgadas. Agotado y sin aliento, se sentó al sol y comenzó a tratar de abrirlos; no eran vulnerables como las golosinas rojas; estaban herméticamente cerrados y no había sitio donde introducirles la punta del cortaplumas. Colocó uno sobre la roca y con el mango del cortaplumas golpeó hasta que la concha se quebró. Sacó el cuerpo complicado; mirando hacia el mar y tragándolo rápidamente, se dijo:

—Los belgas los comen así.

Afirmando sus dientes, quebró otra concha. Pronto tuvo un montón de carne cruda, blanca y amarillenta extendida sobre la roca. Moviendo sus mandíbulas miró hacia el horizonte. Su ojo enfermo le tironeaba cuando comía. Tanteó con la mano y sintió que el montón había desaparecido. Bajó el acantilado y consiguió más. Éstos los abrió con un golpe seco de la hoja de su cortaplumas. Cuando los hubo comido arrancó unas anémonas rojas y gelatinosas; rápidamente y sin pensar se las puso en la boca. No distinguía entre el rojo y el verde. Tomó unas hebras de algas y las masticó, como si hubieran sido lechugas. Volvió al pozo de agua, y, penetrándolo, se dejó estar un rato observando la superficie reluciente. Sólo humedeció sus labios, de modo que las espirales de limo rojizo apenas se formaron, desvaneciéndose de inmediato. Deslizándose del hoyo, trepó de nuevo hasta la cumbre, mirando a su alrededor. Por dondequiera que lo mirara, el horizonte formaba una línea severa. Se sentó.

Los papeles y el cuaderno todavía estaban húmedos; no obstante, cogió el librito y lo abrió. En la parte interior de la tapa había una fotografía borrosa pero protegida. Podía distinguir una cabellera bien peinada, una cara sonriente y enérgica y una bufanda blanca sujeta al cuello; pero los detalles se habían desvanecido para siempre. El joven que le sonreía vagamente a través de las manchas de color marrón estaba distante, tan distante como las semejanzas en los retratos de los bisabuelos, posando en un mundo vago, sepia y desteñido.

Aun así continuó mirando. Más que verlos, recordaba los detalles que buscaba. Se tocaba la mejilla barbuda mientras adivinaba lo suave que había sido la otra que tenía delante de él y, acomodándose el pelo revuelto, volvía a apoyar su mano con delicadeza sobre el ojo adolorido. Al lado opuesto de la fotografía había un renglón escrito, pero también estaba tan borroneado y descolorido que resultaba imposible leerlo. Posó el cuaderno y buscó el disco que colgaba de su cuello. Lo levantó hasta donde el cordón se lo permitió,

acercándolo a su ojo izquierdo. Lo alejó lo más que pudo para poderlo leer.

CHRISTOPHER

HADLEY

MARTIN

TY.
LIEUT.
,
R.N.V.R.

C.
OF
E.

Leyó la inscripción una y otra vez. Sus labios comenzaron a moverse. Dejó caer el disco; miró sus piernas cubiertas de sal con sus cicatrices, su vientre y la mata de pelos sobre sus órganos genitales.

Levantando la voz, roncamente, exclamó con una especie de asombro:

—¡Christopher Hadley Martin! Chris. ¡Soy el mismo de siempre!

Súbitamente le pareció que salía de su aislamiento extraño y que la normalidad se extendía a lo largo de sus miembros.

Volvía a vivir en el aire libre. Sintió la luz del día, el sol y el mar relumbrante. La roca sólida era como un objeto lógico, con sus estratos de guano, con su agua fresca y sus mariscos. Era una posición en la intersección de dos líneas dentro de un mar finito. Había barcos reales que navegaban más allá del horizonte. Con rapidez se puso de pie y circundó la roca. Dio vuelta la ropa que había dejado tendida al sol. Husmeó los pantalones y rió. Volvió hacia los papeles y los examinó. Recogió las monedas, haciéndolas sonar en la mano, e hizo un ademán como de arrojarlas al mar. Se detuvo.

—Ése sería un gesto demasiado dramático. Demasiado falso.

Miró el tranquilo mar.

—No pretendo ser un héroe; pero tengo salud y educación e inteligencia. ¡Voy a derrotarte, océano!

El mar no le contestó nada. Él sonrió un poco avergonzado.

—Sólo quise afirmar mi determinación de sobrevivir, y naturalmente que no estaba sino dirigiéndome a mí mismo.

Miró hacia la roca.

—Lo primero que debo hacer es reconocer esta finca.

La roca se había trasformado de isla en algo real. Bajo la luz del sol, y al no sentir ya el frío, pudo inspeccionar el total; no sólo con sus ojos, sino con su inteligencia. De inmediato vio que las zanjas no eran más que los extremos gastados de estratos verticales y las paredes que las separaban, las capas más duras que se desgastaban con mayor lentitud. Formaban la superficie quebrada de un profundo lecho de barro que había sido comprimido por un gran peso hasta que el calor lo había fundido parcialmente. Puede que alguna convulsión en los estratos superiores, algún movimiento imposible de adivinar, rompiendo el lecho profundo, hubiera lanzado verticalmente y hacia arriba, a través del barro y la arcilla, ese extremo accidentado, forzándolo a irrumpir como lo hacen los dientes en una mandíbula carnosa. Después, las capas menos comprimidas se habían desgastado, formando zanjas con bordes filosos como las páginas de un libro. Las paredes también se habían desmoronado en algunos lugares, debido probablemente a algún azar local, y yacían derrumbadas en las zanjas. Toda la parte superior de la roca tendía hacia abajo, desde el oeste hacia el este.

Los abruptos costados de la roca ocultaban las estratificaciones, pues el agua las había carcomido y las plantas-animales
se amontonaban en su superficie, formando calados confusos. La parte superior de todo estaba cubierta de una capa blanca bajo un agua pestilente, pero allá en el fondo, a la distancia, donde se veían diseminados los mejillones azules y triturados, la roca estaba despejada, o cubierta solamente de lapas y algas. Más allá de la roca se veía un claro de agua poco profunda, seguido de otra roca más pequeña y de otra y otra, que en conjunto formaban una línea apenas curva. Después, una mancha interrumpía el curso del agua y a continuación se distinguía el mar elevándose hacia el cielo.

Observó con detención la hilera de rocas y la comparó con dientes. Imaginó que emergían gradualmente de una mandíbula; pero esto no podía ser. Se estaban hundiendo. Un movimiento infinitamente lento las

estaba desgastando. La eternidad del mundo las había despuntado, reduciéndolas al triturar contra ellas las lapas y los otros moluscos.

Con irritación sacudió su cabeza; pero contuvo su respiración ante el dolor súbito en su cuello.

—El proceso es tan lento que no puede tomarse en cuenta.

Se detuvo. Miró hacia arriba y después dio un vistazo sobre sus hombros. Con muchísimo cuidado repitió las palabras que había pronunciado, dándoles la misma fuerza y entonación.

—El proceso es tan lento…

Había algo raro en el sonido que salía de su boca. No sabía si atribuirlo a ronquera, o a los restos de un resfriado o a lo mucho que había gritado.

Cantó a toda voz:

—*Alouette, gentille Alouette*…!

Apretando su nariz con la mano derecha, sopló hasta que sus mejillas se inflaron bajo la presión del aire. No sintió nada en sus oídos. Sólo le hicieron daño sus ojos y de ellos emanó un poco de agua. Se inclinó hacia abajo apoyando sus manos en sus rodillas lastimadas y comenzó a sacudir violentamente la cabeza de lado a lado, ignorando el dolor del cuello. Tenía la esperanza de sentir ese peso líquido que le diría que había agua en sus oídos.

De nuevo se enderezó, enfrentando el anfiteatro de agua, y empezó a cantar una escala:

—¡La, la, la, la, la, la, la, la!

El sonido no pasaba de su boca.

Con actitud teatral declamó:

> *La luna cansada alumbró vacilante*
> *golpeando a la puerta de la aurora distante.*

Titubeando, su voz se detuvo. Bajó su mano y girando la muñeca sostuvo su palma a unos centímetros de su boca.

—Estoy ensayando, sólo ensayando tu poderío.

Apretando los labios, dejó caer la mano muy despacio. El techo azul, en forma de iglú, que cubría la roca, se extendía sobre una inmensa lejanía. El agua chapoteaba alrededor de la minúscula roca en el medio del Atlántico. Con el esfuerzo sus facciones se pusieron tensas. Caminó unos pasos entre los papeles esparcidos.

—¡Dios mío!

Sujetándose a su pigmeo de piedra y asiéndose de los hombros, miró a lo lejos. Otra vez tenía la boca abierta. Al agitarse su pecho, los latidos de su corazón se hicieron visibles. Blanquearon los nudillos de sus manos apretadas.

Cayó la cabeza del pigmeo y, resonando ruidosamente, fue dando golpes y golpes por la pendiente del risco.

Maldiciendo, comenzó a bajar; encontró una piedra demasiado pesada, trató de moverla un metro, pero la dejó estar. Pasando por encima de la roca, e imprecando, llegó hasta el agua. No vio nada que le fuera posible manipular. Volvió a subir rápidamente y, aterrorizado, permaneció mirando su pigmeo decapitado. Otra vez bajó hasta la piedra pesada y luchó por subirla. La pudo mover haciéndola girar de punta a punta. Hizo unos pequeños peldaños hasta la parte superior de la pared y alcanzó a elevarla. Le exigió más fuerzas a su cuerpo de las que tenía. Sangraba. Por fin, traspirando, se detuvo entre los papeles. Demolió su pigmeo y volvió a edificarlo sobre la piedra que, al final de cuentas, no había podido vencer su educación, su inteligencia y su voluntad.

Más de un metro medía ya la figura. Incrustó dentro de los huecos las piedras que parecían papas blancas y secas.

—Tengo que salir de este peligro irritante.

El aire chupó su voz como papel secante.

Educación e inteligencia.

De pie junto al pigmeo, el hombre comenzó a hablar, como dirigiéndose a una concurrencia renuente; pero resuelto no obstante a decir lo que pensaba, lo escucharan o no.

6

—La finalidad que anhelo es que me socorran. Para lograrla, el mínimo imprescindible es la sobrevivencia. Por eso es necesario que mantenga vivo este cuerpo. Debo darle bebida, comida y abrigo. No tiene importancia alguna que lo que hago esté bien o mal hecho, la cuestión es hacerlo. Mientras no se quiebre el hilo de la vida, el futuro y el pasado estarán ligados, no obstante este intervalo horroroso. Éste es el punto número uno. Punto número dos. Estoy expuesto a enfermarme. No se puede pretender, al exponer este cuerpo a tantas privaciones y dificultades, que la pobre bestia reaccione como si estuviera pastando pacíficamente. Punto número tres. Debo vigilar mi mente. No puedo permitir que la locura, acechando furtivamente, me tome de sorpresa. Desde ya tengo que saber que voy a experimentar alucinaciones. Ésa va a ser la verdadera batalla. Por tal motivo voy a continuar hablándole a toda voz al papel secante. En la vida normal el hablar en alta voz es considerado como señal de desequilibrio. Aquí es una prueba más de identidad. Punto número cuatro. Debo ayudar en mi rescate. En lo único que puedo colaborar es haciéndome visible; ni siquiera tengo un palo en donde izar mi camisa; pero nadie al avistar esta roca va a pasar de largo sin antes observarla con anteojos de larga vista. Si la alcanzan a ver han de ver también el pigmeo hecho por mí. Calcularán que algún ser humano lo construyó y entonces vendrán por mí. Sólo tengo que vivir y esperar. Debo mantenerme dentro de la realidad de las cosas.

Miró el mar con decisión. De súbito se encontró que nuevamente estaba observando a través de una ventana. Estaba adentro de sí mismo en la cima del mundo. En la parte superior, la ventana estaba enmarcada por una mezcla de piel y del vello de sus sienes y dividida en tres planos de luz por los contornos o sombras de su nariz. Pero la nariz era trasparente. La luz que venía de la derecha era opaca y los tres planos convergían hacia la parte inferior. Al mirar hacia abajo veía la superficie de la roca encima del desaliño de su labio superior, sin afeitar. La ventana estaba rodeada de una oscuridad inescrutable que se extendía a lo largo de su cuerpo. Inclinándose hacia adelante procuró escudriñar más allá de la ventana, pero el marco de ésta giraba junto con él. Al fruncir su ceño ese marco sufrió una variante. Enfocó las tres luces hacia el horizonte y habló frunciendo el entrecejo:

—Éstas no son sino las experiencias corrientes del diario vivir. No hay nada de extraño en ello.

Sacudiendo la cabeza volvió las ventanas sobre su cuerpo y examinó la piel detenidamente. Había unas grandes manchas rosadas sobre las cicatrices. Exclamó:

—¡Son quemaduras de sol!

Cogió el chaleco y se lo puso. La tela estaba casi seca y, resignándose a la humedad tironeó de los pantalones. El mirar a través de las ventanas luminosas se convirtió para él en cosa comente. Recogió los papeles, los puso dentro de su cuaderno de identidad y colocó todo en el bolso de su chaquetón. Camino silenciosamente por la parte superior de la roca y tocó sus ropas para ver si estaban secas. No las sentía mojadas sino pesadas. La humedad no se podía exprimir ni palpar con los dedos, pero cuando levantaba las prendas, oscureciendo la piedra, y después el sol desvanecía todo lentamente.

Habló sin entonación, dirigiéndose al papel secante:

—¡Qué no daría por haber conservado mis botas marinas!

Se arrodilló ante su capote, mirándolo, y enseguida comenzó a registrar los bolsillos olvidados. Encontró un sombrero de lluvia que destilaba agua y una bufanda empapada. Los desdobló y los estrujó. En su rostro se fijó una expresión de ansiosa concentración. Volvió a poner la mano en el bolsillo y sacó un penique verdoso, un poco de cordel y la envoltura arrugada de una barra de chocolate. Con gran cuidado estiró el papel, pero no halló nada adentro. Acercando su cara al papel plateado, atisbó. En un pliegue había un único grano oscuro. Lo tomó con la punta de la lengua. El chocolate lo invadió con su dulzura penetrante, momentánea y agonizante, y después se disolvió.

Apoyado a su pigmeo de piedra, alcanzó los calcetines y se los puso. Arrollo la parte de arriba de las

medias largas y se las coloco a guisa de botas. Descansó su cabeza contra el pigmeo y cerró los ojos. El sol brillaba sobre sus hombros y se oía el ruido de las olas. Dentro de su cabeza las escenas se sucedían con rapidez y oía voces que hablaban. Experimentó todo lo relacionado con la somnolencia, pero la profundidad del sueño no le llegó. Aquello que tenía en el centro de su ser era activo e incansable.

—Me gustaría tener una cama con sábanas. Me gustaría tomar cerveza y comer una comida caliente. Me gustaría darme un baño hirviendo.

Durante largo rato permaneció sentado en silencio mientras lo asaltaban esos pensamientos. Recordó que el habla era una prueba de identidad y sus labios comenzaron a moverse nuevamente:

—Mientras pueda desear estas cosas, sin que su falta se me haga insoportable; mientras me pueda decir a mí mismo que estoy solo sobre una roca en el medio del Atlántico, y que tengo que luchar para sobrevivir, entonces me podré defender. Después de todo, yo estoy a salvo en comparación con esos pobres diablos que navegan en los barcos de Su Majestad. Nunca saben cuándo les van a disparar un torpedo y los van a hundir. Quisiera saber qué torpedo podría mover esta roca.

Aquello que no tenía explicación en sí mismo continuaba danzando en su mundo interior.

—Pero de ninguna manera debo dormir durante el día. Tengo que guardar el sueño para las noches miserables e interminables.

Poniéndose de pie, examinó el horizonte.

—Vestirme y comer. Debo vestirme para la comida.

Sacándose las medias marinas, se puso toda la ropa, salvo el chaquetón y el capote. Volvió a calzarse las medias sobre los pantalones, subiéndolas hasta las rodillas. Comenzó a hablar, voluble, al aire:

—Yo llamo a este sitio el Mirador. Aquello es el Pigmeo. La roca bajo el sol, donde yo llegue nadando es la Roca de Seguridad. El sitio donde me proveo de mejillones y de comida es el Acantilado de los Alimentos, y donde los como lo llamo el León Rojo. Hacia el sur, donde se ven las algas, está el Escarpado Panorámico. Este risco hacia el oeste con su embudo se llama…

Hizo una pausa mientras buscaba un nombre. Una gaviota que planeaba en círculos, bajo el sol, vio las dos figuras paradas en el Mirador X, graznando furiosa, deslizándose de lado se alejó. Volvió en línea recta, pero a un nivel inferior, y desapareció en el acantilado. El hombre se arrimó hacia el borde y miró para abajo. Hacia la izquierda podía ver un declive casi ininterrumpido, después en el medio del acantilado se veía la grieta y encima de eso el embudo. Hacia la derecha, no se alcanzaba a ver la base del risco, porque el ángulo más alto del Mirador sobresalía. Andando sobre sus manos y sus rodillas se acercó al borde y miró para abajo. Por espacio de un metro era posible ver el acantilado, pero después se perdía escondiéndose. En el fondo se volvía a vislumbrar la roca, y pudo ver allí un viso de plumas blancas.

—Se ha desprendido un pedazo del risco.

Escudriñó cuidadosamente el agua y creyó ver, en lo hondo, bajo la superficie, una forma cuadrada.

Anduvo hacia atrás y se incorporó.

—El Risco de las Gaviotas.

Aún no se veía nada en el horizonte. Descendió por la roca hasta el León Rojo.

—Me gustaría poder recordar el nombre de la roca, en su totalidad. Al decir que éste era un desacierto el capitán había reído. Tengo el nombre en la punta de la lengua. También debo encontrar una denominación para esta senda por la que ando habitualmente y que une el Mirador con el León Rojo. La voy a llamar la Calle Principal.

Vio que la roca que le servía de asiento se oscurecía y, mirando hacia atrás, por encima de sus hombros, alcanzó a ver el sol, que, al desaparecer detrás del Pigmeo, convertía las piedras amontonadas en un gigante enorme. Levantándose rápidamente se dejó caer por el Acantilado de los Alimentos. Permaneció suspendido un instante, cruzó un par de metros y comenzó a retorcer los mejillones hasta arrancarlos. La marea había subido, de manera que ahora tenía un campo mucho más restringido. Tenía que inclinarse para poder aflojar los moluscos que estaban debajo del agua. Volvió a trepar hasta el León Rojo y empezó a comer. La roca ya no se veía en detalle; era sólo una mancha contra el cielo vespertino. La sombra aparecía difusa e inmensa como el pico de una montaña. Al mirar hacia el otro lado vio tres rocas que desaparecían en el mar oscuro.

—A ustedes tres, rocas, las llamaré… Oxford Circus, Piccadilly y Leicester Square.

Fue hasta el pozo de agua y se arrastró hacia adentro. Un vago fulgor penetraba todavía por la abertura en la otra punta, permitiéndole ver, vagamente, al beber, las ondas en el agua, pero las espirales rojas eran invisibles. Introdujo su dedo índice derecho hacia abajo y pudo sentir el fondo viscoso. Se quedó muy quieto.

—Va a volver a llover.

Y entonces, de inmediato, comenzó a sacudirse y a tiritar, pues creyó que había alguien más en el pozo. Una voz hablaba casi al unísono con él; provenía del agua y de la laja. Al tranquilizársele su corazón pudo pensar en forma coherente, y supo que el sonido tan extraño y olvidado era una resonancia, un eco. Y pudo razonar también que acá adentro su voz tenía todo su volumen, así es que, aquietando su cuerpo, habló deliberadamente.

—Señoras y señores, aquí adentro sí que se tiene identidad…

Interrumpió abruptamente su voz y oyó que la roca le contestaba:

—… idad …

—Va a llover.

—… ver.

—¿Cómo está?

—… tá?

—Estoy muy atareado sobreviviendo. Estoy inventariando esta roca con nombres y domándola. Algunas personas serían incapaces de captar la importancia de esto. Todo aquello a lo que se le da un nombre queda encadenado y marcado. Si esta roca trata de someterme, yo la doblegaré, obligándola a que se adapte a mí. Le impondré mi rutina, mi geografía. La voy a sojuzgar con apelativos. Si procura aniquilarme, ensordeciendo mis palabras, entonces hablaré sólo acá adentro, donde mis palabras resuenan y los sonidos con sentido me aseguran de mi propia identidad. Almacenaré agua de lluvia y la traeré a este charco. Usaré mi cerebro como una herramienta delicada para lograr los fines que busco. Confort. Seguridad. Socorro. Por lo tanto, declaro el día de mañana día de meditación.

Salió retrocediendo; una vez libre, subió por la Calle Principal y permaneció junto al Pigmeo observando desde el Mirador. Vistió todo lo que poseía, acomodando la bufanda húmeda y sujetando el gorro de lluvia debajo de la barbilla con la cadena. Recorrió con la vista el horizonte íntegro; escuchando un leve movimiento que provenía del saliente invisible a mitad del Risco de las Gaviotas. Descendió por la Calle Principal hasta llegar a su refugio. Se sentó y envolvió sus pies en el suéter gris. Agachándose, comenzó a penetrar en el refugio y acomodando a la vez su abrigo y el capote. Soplo dentro del salvavidas hasta que lo hubo endurecido y afirmó bien la válvula. En esa forma se proveía de una almohada muy blanda y lo suficientemente grande para su cabeza De a poco introdujo sus brazos para protegerlos. Le habló al cielo:

—Debo poner a secar algas para revestir este hoyo. Entonces sí que estaría abrigado, como un gusano en su capullo.

Cerró sus ojos y se esforzó por relajar ordenadamente todos sus músculos.

El sueño es una condición que, como cualquier otra, se debe adquirir mediante la concentración.

—Lo malo de ser dueño de casa en una roca es que hay tanto en que pensar; pero hay algo cierto, no tendré tiempo para aburrirme.

Aflojar los músculos de los pies.

—¡Conferencias! ¡Qué cuento más fantástico! Una semana sobre una roca.

Cómo sobrevivir, por el teniente…, ¿y por qué no el teniente coronel o coronel? Y en esas conferencias estará presente todo el elenco más destacado.

—Ustedes deben recordar… —Sus ojos se abrieron de repente.

—¡Y pensar que yo nunca lo recordé! ¡Ni siquiera pensé en ello! Hace una semana que no he movido el vientre, o por lo menos desde que fui volado de aquel maldito puente de mando.

Las orejeras de su gorra no le permitían oír la opacidad de su voz. Dejándose estar, meditó sobre sus intestinos perezosos. Esto le trajo a la mente imágenes de tubos de acero cromado, porcelana y todo lo relacionado con ese estado.

Colocó nuevamente en su sitio el cepillo de dientes y permaneció parado, observando su reflejo en el espejo. Todo este asunto de comer era muy significativo. En cada nivel de la vida se convertía en un ritual. Los fascistas lo convertían en un castigo, los religiosos en un rito, los caníbales ya como un ritual o como un remedio, y algunas veces, como una declaración franca y soberbia de conquista. Muerto y devorado. Y naturalmente que el comer con la boca sólo era una expresión vulgar del proceso universal. Se podía comer también con los puños o con la voz. Igualmente se podía comer con botas de grandes clavos, o comprando y vendiendo, casándose y procreando, o poniendo cuernos.

Lo de los cuernos lo hizo recordar. Volviéndose del espejo se amarró la bata con el cinturón y abrió la puerta del cuarto de baño. Y vio que allí venía Alfred, acercándosele, era como si una imagen anticuada lo hubiera evocado; pero era un Alfred cambiado, pálido, tembloroso y traspirado que venía corriendo a toda velocidad. Le cogió la muñeca en el momento justo en que el puño alcanzaba su pecho y se la retorció más y más hasta que Alfred rechinó los dientes, dejando escapar un silbido. Confiado en su conocimiento de la

naturaleza cósmica del comer, lo miró sonriendo.

—¡Qué tal, Alfred!

—¡Puerco inmundo!

—Eres un hombrecito muy entrometido.

—¡Dime! ¿A quién tienes allí adentro?

—Vamos, vamos, Alfred, no hagamos historias.

—¡No pretendas hacerme creer que es otra! ¡Canalla! ¡Ay, Dios mío!

Estaban los dos junto a la puerta cerrada. Alfred lloraba y sus lágrimas le bañaban las mejillas, inundándole las comisuras de los labios, mientras que al mismo tiempo luchaba por alcanzar la manija de la puerta.

—¡Por amor a Dios, Chris, di me quién es ella! ¡*Tengo* que saberlo!

—No hagas el ridículo, Alfred.

—¡No vas a negar que es Sybil, ladrón inmundo!

—¿Quieres ver, Alfred?

Se oyeron unos hipos y una lucha débil.

—¿Quieres decirme que es otra persona? ¿De verdad que no me engañas, Chris?

—Haría cualquier cosa con tal de alegrarte, viejo. Mira.

Abrió la puerta. Allí estaba Sybil, llevándose la sábana hasta la cara, al tiempo que lanzaba un pequeño grito. Todo parecía un sainete de dormitorio, y en realidad lo era.

—Francamente, Alfred, mi viejo, cualquiera diría que estás casado con la muchacha.

Pero no existía un nexo entre el comer y una caja china. ¿Qué era una caja china? ¿Un ataúd? ¿Uno de esos adornos de marfil tallado que están encajados uno dentro de otro? No obstante, la caja china algo significaba.

Atónito, yacía como un hombre petrificado, con la boca abierta y mirando al cielo. La lucha furiosa en su pecho, los sollozos de su boca debilitada todavía exigían reacciones a su cuerpo más recio.

Carraspeó, aclarando la voz, y habló fuerte:

—¿Dónde diablos estoy? ¿Dónde estaba? —Dándose vuelta, permaneció boca abajo, con la mejilla apoyada sobre el salvavidas.

—No puedo dormir.

Pero sabía que el sueño es necesario. La falta de sueño es lo que enloquece a la gente. Cuando hablaba a toda voz, el salvavidas se bamboleaba bajo su mandíbula.

—Entonces quiere decir que estaba durmiendo. Durmiendo y soñando con Alfred y Sybil. Debo volver a dormir.

Permaneció inmóvil, pensando en el sueño; pero éste se hacía atormentadoramente evasivo.

Piensa en mujeres o en comer. Piensa en comer mujeres, comer hombres, en devorar a Alfred, en aquella otra chica, aquel muchacho, en aquel experimento grotesco y tan poco satisfactorio; permanece quieto como un tronco y recorre la parte ya devorada del túnel de la vida hasta llegar a este intervalo inquietante.

Esta roca.

—Aquellas tres rocas que están allá, a lo lejos, las voy a llamar los Dientes.

Y sin darse cuenta se aferró al salvavidas con ambas manos, poniendo los músculos en tensión para, dominar los temblores profundos que lo recorrían.

—¡No! ¡Dientes no!

Los dientes los tenía aquí, dentro de su boca.

Sintió con la lengua la doble hilera de hueso reconociendo cada uno de ellos, y aun donde faltaban algunos, si hada un esfuerzo de memoria lo podía recordar. Pero el solo pensar en estar tendido sobre una fila de dientes en el medio del océano…

Con desesperación comenzó a pensar en dormir. El sueño es la relajación de la vigilancia consciente; es el clasificador. El sueño es aquel momento cuando toda la esencia no encasillada se libera, y vuela como escapándose de un recipiente volcado por un temporal de viento. Cuando se duerme, el tiempo está separado de toda continuidad, de manera que ahora Alfred y Sybil estaban junto a él en la roca, y el muchacho con su cara congestionada, seguía lloriqueando. O puede que el dormir fuera la aquiescencia para morir; el sumirse en lo inconsciente, la destrucción de la personalidad, quizás el reconocimiento demasiado franco de lo que está implícito en la humanidad: que somos remiendos de estructuras temporarias: incapaces de soportar el ritmo sin un alivio diario.

—¿Entonces por qué no puedo dormir?

Durante el sueño se palpa aquello que mejor sería dejar sin examinar. Allí, reducida y liada en un solo

bulto, está la vida en su totalidad. Allí también la personalidad tan celosamente poseída y atesorada, nuestro único tesoro, y al mismo tiempo nuestra única defensa, que debe desvanecerse en la verdad ulterior de los hechos; ese relámpago oscuro que fisiona y lo destruye todo; esa nada absoluta e indiscutible.

Y aquí estoy yo, una pobre criatura, protegida por un capote, enclavado en una gruta; una presa apoyada sobre dientes que la eternidad del mundo ha desgastado.

—¡Dios mío! ¿Por qué no podré dormir?

Y sujetando con sus dos manos el salvavidas, mirando intensamente dentro del túnel tenebroso, con una mezcla de asombro y de terror, susurró la respuesta a su propia pregunta:

—Porque temo hacerlo.

7

El cambio en la luz fue tan tenue ante esos ojos que miraban intensamente, que no pudieron alcanzar a distinguir una diferencia. Más bien observaban el enjambre de imágenes desordenadas que se les presentaban al azar. Todavía estaba la criatura silenciosa, ubicada al centro de todas las cosas, pero parecía haber perdido la habilidad de distinguir entre la realidad y las imágenes. De cuando en cuando se abría la boca como compuerta apoyada al salvavidas blando, y de ella salían unas palabras, pero cada afirmación estaba tan separada de las escenas iluminadas en las cuales tomaba parte la criatura, que le era imposible discernir la relación que existía entre unas y otras.

—Yo dije que me iba a enfermar.

—Bebida. Comida. Cordura. Salvación.

—Voy a denominarlos los…

Pero las imágenes iluminadas y persistentes variaban, no como lo hace una nube al fusionarse con otra, sino con diferencias totales y súbitas de tiempo y lugar.

—Siéntese, Martin.

—Sí, señor.

—Estamos considerando si debiéramos recomendar que se le diera una misión. ¿Quiere un cigarrillo?

—Gracias, señor.

Apareció una sonrisa repentina encima del encendedor prendido.

—¿Ya le han puesto algún mote en los puentes de abajo?

En contestación, una sonrisa encantadora y tímida.

—Temo que sí, señor. Creo que es inevitable.

—¿Qué tal le resulta la vida en el puesto que tiene?

—Es… soportable, señor.

—Nosotros queremos hombres cultos e inteligentes; pero más que nada deseamos hombres de carácter. ¿Por qué se alistó en la marina?

—Pensaba que era mi obligación el ayudar, señor. ¿Me comprende?

Una pausa.

—Ya veo que en la vida civil usted es un actor teatral.

Cautela.

—Sí, señor. Me temo que no muy bueno.

—¿Escritor?

—Regular, señor.

—¿Qué le hubiera gustado ser entonces?

—Yo vivía bajo la impresión de que todo era irreal. No como esto. ¡Usted sabe, señor! Acá, en este barco, acá sí que nos aproximamos a la realidad básica de la vida; es algo que vale la pena. Hubiera deseado ser marino.

Otra pausa.

—¿Le gustaría que le hiciera un nombramiento?

—Como marinero ordinario uno sólo es un engranaje minúsculo dentro de toda la maquinaria. Como oficial en realidad tendría más oportunidad de atacar a los hunos.

Pausa.

—¿Usted se alistó como voluntario Martin?

Pensó: «Si deseara investigar, lo encontrará todo anotado en los papeles que tiene a su alcance».

Optó por la franqueza.

—En realidad no, señor.

Se está sonrojando bajo esa máscara suya de Dartmouth.

—Eso es todo, Martín, y gracias.

—Muy bien, señor, gracias, señor.

Se está sonrojando como una virgen de dieciséis años.

—Es la mujer del productor, mi viejo. ¿Adónde vas?

Un diccionario francés, excepcionalmente pequeño, que se parecía a una goma de borrar roja, excepcionalmente grande.

Una caja de laca negra en la que el dorado se había desgastado.

Una caja china era intangible. Algunas veces era como los marfiles calados, encajado uno dentro del otro, otras era una sola caja, como una caja de fondos… Pero a pesar de ser intangible, tenía su importancia y se imponía a la mente.

Es la mujer del productor, mi viejo. Gorda. Blanca. Parece una larva con pequeñísimos ojos negros. Me gustaría comerte. Me encantaría hacer el papel de Danny. Me encantaría comerte. Me encantaría darte un papel en una obra. ¿Pero cómo he de darte algún papel si no te he comido? Él es un invertido. A él le encantaría comerte. Y a mí también me encantaría comerte. Tú no eres una persona, mi encanto; eres un instrumento de placer.

Una caja china.

Una espada es un falo. Ése sí que es un chiste como para hacer sacudir de risa a una montaña. Un falo es una espada. Abajo, perro, abajo. Ponte en cuatro patas, como te corresponde.

Estaba mirando la mitad de una cabeza cuando lanzó un grito. Esa media cabeza le pertenecía a uno de los reptiles con plumas. La criatura estaba encaramada sobre una laja y desde su altura lo miraba de costado y hacia abajo. Junto con un graznido las anchas alas se movieron y, al tomar vuelo, cubrieron el cielo y la piedra haciéndolos desaparecer. Veía una mancha brillante; algunas veces parecía un ocho acostado de lado y otras se asemejaba a un círculo. Ese círculo estaba henchido de un mar azul donde las gaviotas revoloteaban y descansaban gozando con el placer de comer y de pelear. Sintió el balanceo del barco debajo de su cuerpo; intuyó la quietud helada y el silencio que se apoderó del puente de mando al deslizarse el destructor junto a la cosa flotante en el agua. Una cosa humilde, ultrajada e inmóvil en medio de los picos que luchaban. Un instrumento de placer.

Forcejeando, salió al sol, y de pie exclamó con voz opaca hacia el aire:

—Estoy despierto.

El azul era intenso, salpicado de blanco y con destellos de diamantes.

La espuma se abría abundante alrededor de las tres rocas.

Le dio la espalda a la noche.

—Hoy es el día de meditar.

Se quitó toda la ropa, menos los pantalones y el suéter, y la extendió al sol. Bajó hacia el León Rojo. La marea estaba tan baja que se podían ver los mejillones por enormes montones.

Los mejillones eran alimento, pero uno pronto se hastiaba de ellos. Especuló si debiera recoger más golosinas, pero su estómago rechazó tal idea. En cambio, al pensar en el chocolate, le vino el recuerdo del papel plateado. Sentado, masticaba en forma mecánica, mientras que en su mente vela destellos plateados y resplandecientes.

—Después de todo puede que hoy me socorran.

Se dio cuenta de que, al pensar detenidamente en esa eventualidad, ésta le era tan indiferente como los mejillones; áspera y negativa como el agua dulce que tenía para beber. Se arrastró hacia su pozo de agua y lo penetró. El limo rojo formaba una cinta de dos pulgadas de ancho alrededor de la orilla más cercana.

Exclamó dentro de la cavidad que producía ecos:

—Va a llover nuevamente.

Prueba de identidad.

—Debo medir este pozo. Debo racionarme. Y si fuera necesario tendría que obligar el agua a llegar hacia mí. Necesito agua.

Un manantial, perforando la roca. Un estanque, recibiendo el rocío. Revestirlo con arcilla y con paja.

Precipitaciones. Educación. Inteligencia.

Estiró la mano y hurgó con un dedo. Cuando lo hubo hundido hasta los nudillos sintió que la punta tocaba el limo, resbalándose. Después estaba la roca. Respiró hondo. A través de sus ventanas veía a lo lejos un agua más oscura.

—Únicamente un tonto desperdiciaría el precioso líquido, arrastrándose hacia adelante, malgastándolo, sólo para ver cuánto le queda aún; pero yo no voy a hacer eso. Yo sólo esperaré y me iré introduciendo más a medida que vaya disminuyendo el agua; pero antes que suceda eso va a comenzar a llover.

Con paso apresurado llegó hasta donde estaba su ropa, sacó el papel plateado y el hilo y volvió a trepar hasta el Pigmeo. Mirándolo con concentración, comenzó a hablar hacia el papel secante:

—No debo tomar en cuenta el este y el oeste. Si de cualquiera de esas direcciones apareciera un convoy, de todas maneras se dirigiría hacia la roca. Pero pueden aparecer por el sur, o, lo que es aún más improbable, por el norte. Pero el sol no brilla desde el norte; por lo tanto, el sur es la orientación más indicada.

Quitándole la cabeza al Pigmeo la colocó cuidadosamente sobre el Mirador. Arrodillándose, alisó el papel plateado hasta que relumbró bajo sus manos. Después, lo ajustó sobre la cabeza del Pigmeo y, sujetándolo con el cordel, volvió a colocar la cabeza, ahora plateada, sobre la figura. Se alejó hacia la parte sur del Mirador para observar su obra. La luz del sol rebotó sobre su cara. Inclinándose hasta poder mirar el papel plateado al mismo nivel de su visual, alcanzó a ver un sol deformado. Recorrió lo que pudo la parte sur del Mirador, y de todos los ángulos veía el sol. Sacó la cabeza del Pigmeo y alisó nuevamente el papel contra sus medias de mar. La volvió a colocar. El sol centellaba por donde la mirara. Por fin había logrado formar en el Mirador a un verdadero hombre, que llevaba sobre sus hombros una señal relampagueante.

—En el día de hoy me van a socorrer.

Para darle fuerza a ese pensamiento, sin sentido, dio unos pasitos como bailando pero se detuvo de inmediato con una mueca de dolor.

—¡Mis pies!

Sentándose, se apoyó contra el Pigmeo y pensó que éste era el día para meditar.

—Hoy ya he logrado bastante.

Frunció el ceño.

—Lógicamente, lo ideal sería que la piedra tuviera la forma de una esfera perfecta. En esa forma, dondequiera que se aproximara un barco en un arco de ciento ochenta grados, el sol se reflejaría desde el Pigmeo. Si el navío se encontrara más allá del horizonte, el destello alcanzaría la cofa para el vigía, persiguiéndolo con insistencia hasta que aun el más torpe de los marinos lo notara.

Pero el horizonte continuaba vacío.

—Debo conseguir una esfera. Puede que si encuentro una piedra algo redonda logre darle la forma que deseo, golpeándola contra otra. Ahora me voy a convertir en picapedrero. ¿Quién fue que con piedras hacía balas de cañón? ¿Miguel Ángel? Pero primero debo encontrar una roca bien redondeada. No tengo un momento para aburrirme. Al igual que Itma.

Levantándose, se dirigió hacia el mar. Miró por encima del acantilado donde estaban los mejillones, pero no vio nada digno de atención. En el espacio que había entre él y las tres rocas alcanzó a ver montones de algas y de piedras, pero no las tomó en cuenta. Se dirigió en cambio hacia el Escarpado Panorámico y se deslizó hasta el agua. Allí sólo encontró masas de algas hediondas. Toda esta actividad lo había cansado, de manera que permaneció suspendido sobre el mar en busca de algo que le fuera de utilidad. Cerca de su cara vio una substancia coralina, delgada y de color de rosa que, como si cambiara de parecer, se transformaba en violácea. Con un dedo acarició la materia lisa. A ese color lo llamaban el sonrojo de la cantinera, y con manos inexpertas los marineros de época de guerra derrochaban a grandes brochazos galones de esa pintura rosada. Se suponía que ese color fundía a los barcos con el mar y el aire en la hora peligrosa de la alborada. Se podían ver extensiones interminables del color rosado, alrededor de los escotillones, sobre los cañones; campos enteros sobre los costados, sobre los ángulos agudos, las curvas utilitarias, en los camarotes cedidos a regañadientes en los escampavías del norte; parecían brotes de coral sobre una roca lavada. Volvió su cara de la cubierta y comenzó a subir hacia el puente.

Debe de haber millas de esa materia extendida sobre las rocas de Tresellyn.

Era allí donde Nat, agradecido por el dato que él le había dado, se había llevado a Mary y se había posesionado de ella en todo sentido.

El barco se estremecía con la agitación del mar; por allí venía Nat, bajando, colocando cuidadosamente sus extremidades largas en busca de apoyo y ahora enfrentado a una crisis provocada por la aparición de una cara y un gorro de oficial. Nat, como de costumbre, perdió el equilibrio al saludar, pero se mantuvo en

posición con sus dos piernas y un brazo.

—¿Qué tal, Nat? ¿Contento con tu trabajo?

Su sonrisa era respetuosa, aunque siempre parecía un tanto propensa a la náusea.

—Sí, señor.

Continúa en tu camino a popa, hijo de puta, mientras yo subo al puente de mando a recibir el viento suave del atardecer.

El oficial de guardia lo saludó con un:

—¡Hola! Rumbo intermedio, cero-nueve-cero, cumpliendo un zigzagueo hacia el uno-uno-cero. Y podría añadir que está firme en su posición y no vagando por todo el océano como tú sueles dejarla. Ahora toma el mando, es todo tuyo. El Viejo está en uno de sus días malos, de modo que ten cuidado con la chispa que pueda provocar un incendio.

—Ya lo tengo. ¿Vendrá otro zigzagueo dentro de diez segundos?

—Te volveré a ver a la hora de las brujas.

Dio un vistazo rápido hacia el convoy y después a la cubierta de popa. Allí se encontraba Nat, como de costumbre, con sus piernas separadas y las manos cubriéndole la cara. El puente se sacudió bajo sus pies, pero aun así permanecía bamboleándose apoyado a la borda. Lo miró con una mueca de furia disimulada bajo una sonrisa.

¡Dios mío, cómo te odio! Podría devorarte, porque fuiste capaz de profundizar sus misterios y tienes el derecho de tocar su falda de paño de lana barato porque entre los dos han alcanzado un estado que a mí me es prohibido; porque dentro de tu estúpida inocencia has logrado lo que yo deseaba.

Se dio cuenta de que su furia contra Nathaniel no era provocada por causa de Mary, ni porque hubiera tropezado con ella como se puede tropezar con un cáncamo, sino porque Nat era capaz de permanecer apoyado, inclinándose con los movimientos del mar, sostenido sólo por un hilo y tan próximo a ese fin que sería a la vez angustiante y tranquilo.

—¡Dios mío!

El *Wildebeeste* había virado hacía ya unos segundos.

—¡A estribor treinta grados!

Desde el vértice de la pantalla del destructor ya se veía una luz que iluminaba de un modo errático.

—Al centro, firme. Juntos, despacio hacia adelante.

En la escalerilla se oyó un estruendo. Era el capitán que irrumpía súbitamente.

—¿Qué diablos cree que está haciendo?

—Me pareció ver restos de un naufragio hacia la proa de estribor, señor, y como no pude tener la seguridad, mantuve el rumbo y la velocidad hasta haberlo pasado, señor.

El capitán se detuvo, apoyando una mano a la pantalla del puente y mirándolo fijo.

—¿Qué clase de naufragio?

—Unas vigas de madera, señor, flotando bajo la superficie.

—¡Vigía de estribor!

—¿Sí, señor?

—¿Vio usted despojos de naufragio?

—No, señor.

—Puedo haberme equivocado, señor, pero estimé más prudente el cerciorarme.

La cara del capitán sondeó la suya en tal forma, que su mano se sujetó con más fuerza a la roca al recordar. La cara del capitán era grande, pálida y surcada y los ojos estaban irritados por la falta de sueño y el mucho *gin*. La cara lo examinó unos segundos procurando leer en la suya y después comenzó a cambiar, no dramáticamente, no obviamente, sino desde adentro, como la cara cambiante de Nat. Bajo la palidez y los surcos húmedos, en las comisuras de la boca y de los ojos se vio un leve movimiento muscular provocado por la tensión hasta que la cara se reordenó y demostró, como un insulto, su desprecio e incredulidad. La boca formuló una palabra:

—Continúe.

Demasiado confuso para contestar o saludar, vio que la cara se daba vuelta, llevando consigo su desprecio.

Calor y sangre.

—Una señal, señor, de parte del capitán D.

El señalero con su cara inexpresiva.

—Llévesela al capitán.

—Sí, señor.

Se volvió hacia la bitácora, y mirando por debajo de su brazo vio a Nathaniel cruzándose con el mensajero del puente. Visto desde este ángulo parecía un murciélago colgando del techo de una cueva. Nat continuó su camino balanceándose hasta perderse de vista.

Descubrió que estaba maldiciendo a un Nat invisible; maldiciéndolo por Mary y por el desprecio en la cara abotagada por el *gin*. En este mundo invertido, visto desde la bitácora, se encontró envuelto en una tormenta de emociones ácidas, negras y crueles. Sentía un asombro desesperado al ver que alguien tan bueno como Nat, tan involuntariamente querido por esa cara que se expresaba desde lo más adentro, por su atención siempre tan seria, por el amor que brindaba sin pensarlo, pudiera ser tan intensamente odiado, como si fuera él el único enemigo. Lo azoraba el percibir que el amor y el odio eran ahora una sola cosa, una sola emoción. Tal vez se les pudiera separar. El odio era lo que siempre había sido; un ácido, un veneno corrosivo que sólo se podía sobrellevar porque el que odiaba era tan fuerte.

—Yo sé odiar.

Rápidamente miró el reloj del puente y hacia el *Wildebeeste* y dio las órdenes para tomar un nuevo rumbo.

¿Y el amor? ¿El amor por Nat? Ésta era la gran pena que se disolvía con el odio, de manera que la nueva sensación era una mezcla mortal que se difundía por el pecho y las entrañas.

Murmuró encima de la bitácora:

—Si yo fuera ese juguete de cristal con el que solía jugar, podría flotar en un frasco de ácido y nada me alcanzaría.

Otro zigzagueo.

—Eso es lo que me sucede. Desde el momento en que la conocí y que ella interrumpió el molde de mi vida, que se me presentaba sin objetivo, sin obedecer ley alguna, he tenido que enfrentarme con el problema insoportable de su existencia y el ácido ha estado corroyendo mis entrañas. Ni siquiera la puedo matar porque eso sería darle la victoria final. No obstante, mientras viva, el ácido me va a carcomer. Ahí está ella con su cuerpo, su cuerpo que ni siquiera es lindo. Una obsesión que no es amor. O, si es amor, está compuesto de la locura de los celos. *Odi et amo*.

Se veían dos cortinas de encaje, sujetas, formando curvas decorosas a cada lado de la mesa de roble con su helecho polvoriento. La mesa redonda, al centro de la sala que jamás se usaba, despedía olor a barniz y algún día puede que se le empleara para sostener un cajón fúnebre. Miró los adornos y las felpas y respiró el aire atrapado a este lado de la ventana y que tenía olor al año pasado y a barniz, como el jerez de cocina más asqueroso. El cuarto era adecuado para ella. Encuadraría muy bien en él. Miró el cuaderno que tenía sobre sus rodillas.

Otro zigzag.

—Y eso no es ni siquiera la mitad de lo que me sucede. El ácido todavía me corroe. ¿Quién hubiera soñado que me enamoraría, o que me sentiría atrapado por una de esas mujeres que son el prototipo de las que jamás usan las salas?

Comenzó a caminar de arriba abajo por el puente.

—Mientras ella viva me va a corroer el ácido. Y el matarla sólo empeoraría las cosas.

Se detuvo para mirar la barandilla de estribor y la cubierta vacía.

—¡Dios mío! Veinte grados a estribor.

Había una forma en que a ella se le podría…, más bien dicho una forma en que se podría atajar el fluir del ácido. Una cosa seria el no trasmitir el mensaje del suboficial Roberts; pero otra totalmente distinta sería el ayudar a las circunstancias, no en el sentido de ahorcar a alguien con sus propias manos, ni de dispararle un tiro, pero si encauzarlas por donde uno deseara que marcharan. Y ya que sería sólo una ayuda, ni siquiera un moralista estricto lo podría tildar de…

—¿Y a quién le importa?

Esto sería como desenvainar un sable, sin más esperanza de éxito.

—Puede que nunca más se vuelva a apoyar allí.

El oficial de guardia, cumpliendo con su deber da una orden al timonel para evitar los restos de un naufragio o una mina flotante y nadie se perjudica.

—¿Y si se apoyara otra vez a la barandilla?

Lo invadió el ácido corrosivo. Una voz se escapó desde sus entrañas:

—¡No quiero que muera!

Lo mordieron la pena y el odio, y con su voz natural exclamó:

—¿No hay nadie que sepa lo que siento?

Los vigías se volvieron en sus puestos. Los miró con severidad y sintió que un calor le invadía la cara. Su

voz se oyó salvaje:

—Vuelvan a sus lugares.

Inclinándose sobre la bitácora, sintió cómo se sacudía su cuerpo.

—Sólo busco una especie de paz.

El sonrojo de la cantinera con el pelo tan suelto incluso para una cantinera. Miró los bordes de la roca.

—Sólo paz.

Brotes de coral.

Movió su cabeza como si estuviera sacudiendo agua de su pelo.

—Bajé acá en busca de algo.

Pero no había nada; sólo algas y roca y agua. Fue hasta el León Rojo, recogió algunos de los mejillones que le habían sobrado en la mañana y subió por la Calle Principal hasta el Mirador. Sentándose junto al Pigmeo centelleante, abrió los moluscos. Comió haciendo pausas prolongadas entre cada bocado. Cuando hubo terminado el último, se acostó.

—¡Dios mío!

No eran distintos a los mejillones de ayer, pero sabían a descomposición.

—Puede que los haya dejado demasiado tiempo al sol.

Pero entre las mareas están durante horas suspendidos al sol.

—¿Cuántos días he estado acá?

Pensó con desesperación; después hizo tres rasguños en la roca con su cortaplumas.

—No debo dejar pasar inadvertido nada que pueda reforzar mi personalidad. Debo tomar decisiones y llevarlas a cabo. Le he puesto una cabeza plateada al Pigmeo. He resuelto no caer en la tentación de investigar, dentro del pozo de agua. ¿A que distancia estará el horizonte? ¿A cinco millas? Me sería posible divisar una cofa para vigías a diez millas. Puedo hacer que me vean a través de un círculo de veinte millas de diámetro. Eso no está mal. En este sitio el Atlántico tiene unas dos mil millas de ancho. Veinte en dos mil hacen cien.

Arrodillándose, midió una raya de diez pulgadas de largo más o menos.

—Eso es igual a una décima de pulgada.

Colocó la hoja de su cortaplumas sobre la línea a dos pulgadas del final, y rotó el mango hasta que se hizo una marca blanca en la roca gris. Inclinándose hacia atrás, y descansando sobre los talones miró su diagrama.

—Un barco realmente grande me podría ver a quince millas de distancia.

Volvió a poner la punta del cortaplumas sobre la marca y la giró hasta agrandarla. Siguió raspando hasta que la marca tuvo el tamaño de una pequeña moneda. Le puso su pie encima y con su media de mar frotó hasta que la marca tomó un color grisáceo, como si hubiera estado allí desde que la roca fuera formada.

—Hoy me van a rescatar.

Incorporándose, miró la cara plateada desde donde el sol todavía se reflejaba. En su mente trazó unas líneas entre el sol y la piedra, proyectándolas aquí y allá por todo el horizonte. Se acercó al Pigmeo y le miró la cabeza para ver. Si lograba ver la imagen de su propia cara. El reflejo dio contra sus ojos. Se sacudió enderezándose.

—¡En el aire! ¡Qué estúpido he sido! Los aviones de trasporte deben utilizar este sitio para verificar su rumbo, como también los comandos de costa que buscan submarinos.

Con su mano formó un embudo contra sus ojos y girando lentamente miró hacia el cielo. El aire era de un azul intenso, interrumpido sólo por el sol que brillaba sobre la inmensa extensión de los Mares del Sur. Soltó las manos rápidamente y comenzó a caminar de punta a punta del Mirador.

—Un día para meditar.

El Pigmeo era de utilidad sólo para los barcos, pues éstos estarían en acecho de alguna silueta. Puede que alcanzaran a verlo, o a divisar el reflejo que emanaba de su cabeza; pero para un avión el Pigmeo sería invisible. Fusionado a la roca, su destello se podría confundir con algún cristal de cuarzo perdido. La roca nada tenía que llamara la atención. Bien podría ser que circundaran a unos miles de pies de altura, una milla o dos, y que nada vieran. Vista desde arriba, la piedra sólo parecería una mancha gris, que se destacaría por el oleaje que se formaba a su alrededor.

Con desesperación miró hacia arriba y después nuevamente al mar.

Todo formaba parte de un molde.

Los hombres hacen los moldes y los imponen a la naturaleza. A diez mil pies de altura la roca sólo

parecería un canto rodado; pero ¿y si este canto fuera listado? Miró las zanjas. Éstas ya lo marcaban con rayas naturales. Las paredes verticales parecerían grises y las fosas profundas formarían rayas más oscuras.

Sujetó su cabeza entre sus dos manos. Un tablero. Rayas. Palabras.

S. O. S.

—No debo desprenderme de mis ropas; sin ellas me congelaría. Además, aunque las extendiera serían aún más invisibles que todo este guano.

Entre sus dedos miró hacia abajo por la Calle Principal.

—Debo limpiar aquí y aquí y allá. Alisar el todo y labrar un enorme y sombreado

S. O. S.

Dejando caer sus manos, sonrió.

—Compórtate como un hombre.

Agachándose otra vez, tomó en cuenta todo el material que poseía, género, pequeñas hojas de papel y un salvavidas de goma.

Algas.

Hizo una pausa y, levantando los brazos, exclamó triunfalmente:

—¡Algas!

8

Toneladas de algas colgaban de la roca y flotaban enroscadas bajo el agua que rodeaba el Escarpado Panorámico.

—Los hombres fabrican formas.

Las algas servirían para imponer formas antinaturales a la naturaleza misma. Formas que a cualquier observador racional le demostrarían:

¡Acá hay un propósito! ¡Acá hay un ser humano!

—Lo mejor será extender una sola línea en angulo recto con las zanjas, apilándola tan alta que no sólo destaque un cambio de tonalidad, sino que por si sola forme sombras. Debo hacer que tenga por lo menos un metro de ancho y que sea correctamente recta. Luego voy a rellenar una de las zanjas, creando así una cruz.

Mirando hacia las Tres Rocas, decidió hacer una línea descendente que atravesara las zanjas en forma más o menos paralela con la calle Principal: La línea comenzaría en el León Rojo y llegaría hasta el Pigmeo. Sería toda una obra.

Bajo rápidamente por la calle Principal; ahora que se había impuesto un trabajo con una finalidad determinada, se dio cuenta de que, sin saber por qué, estaba murmurando:

—¡Apúrate, apúrate!

Fue entonces cuando sus oídos comenzaron a llenarse con zumbidos ilusorios de aeroplanos fantasmas. Continuaba mirando hacia arriba una vez tropezó. Cayéndose y haciéndose un tajo. Sólo después de haber empezado a arrancar las algas frondosas, suspendidas del Acantilado de los Alimentos, se tomó un descanso.

—No seas tonto. Trabaja con tranquilidad. No hay objeto en mirar hacia arriba, pues nada puedes hacer para llamar la atención. Únicamente un energúmeno se pondría a brincar y a hacer revolotear la camisa sólo por creer que a cinco millas de altura podría hallarse un avión.

Echó la cabeza hacia atrás y escudriñó el cielo; pero no vio otra cosa que un azul intenso y el sol. Contuvo la respiración y escuchó; sólo oyó el murmullo de su vida interior entremezclado con el susurro del agua. Volvió a su cueva. Se desnudó y extendió la ropa al sol. Colocó cuidadosamente cada prenda a ambos lados de la línea que rellenaría con algas. Regresó al León Rojo y miró el espacio que había entre éste y las Tres Rocas. Girando sobre sí mismo, se dejó caer por el borde. No recordaba que el agua estuviera tan fría, más fría aún que el agua fresca que bebía. Rechinando los dientes, continuó bajando; la roca era tan filosa que le abrió nuevamente las heridas que se había hecho el primer día. Ahora, apoyado contra la piedra a la altura de la cintura, lanzaba quejidos. No sentía el fondo del mar y las algas que rodeaban sus pantorrillas estaban más frías que el agua. El frío lo estrujaba como lo había hecho el agua en el mar abierto y, ante ese recuerdo, fue presa del pánico. Soltó una exclamación desesperada y, empujando, se apartó de la roca y cayó. El mar lo cogió con su mano helada. Abrió los ojos y vio ante él las algas dando latigazos. Su cabeza surgió a la superficie, y con sus brazos hizo gestos frenéticos para alcanzar la roca, y, alcanzándola, permaneció allí, suspendido y tiritando.

—Domínate.

Veía una blancura debajo de las algas. Soltándose, dejó hundir los pies. Debajo de las algas, entre su roca y las otras tres, había cantos rodados y cuarzos, amontonados e indescifrables. Agazapado en el agua, y manteniéndose a flote, tanteó el fondo con sus pies. Encontró un soporte, y, cuidadosamente, se enderezó. El agua le llegaba hasta el pecho mientras las algas lo succionaban. Aspirando profundamente se sumergió. Cogió un montón de algas y trató de arrancar las frondas pero eran tan resistentes que sólo pudo extraer un puñado antes de verse obligado a salir de nuevo a la superficie. Comenzó a recoger algas sin zambullirse, recolectando sólo las que tenía a su alcance.

Algunas veces, al tironear con movimientos lentos, debajo del agua sentía una sacudida y que se

desprendía una piedra. Al echar las algas sobre la roca las frondas quedaban colgando sobre el borde, escurriéndose.

Súbitamente, algo que tenía entre los pies lo succionó y luego se deslizó, rozándolo. Arañando con sus manos el acantilado, permaneció suspendido con las piernas recogidas.

—Cangrejo. Langosta.

Dolorosamente se arrastró hasta el León Rojo y se tendió junto a las algas hasta que su corazón se hubo serenado.

—Los detesto.

Gateando llegó al borde del acantilado y mirando hacia abajo. Enseguida, como si sus ojos la hubieran creado, vislumbró la langosta entre las algas, diferente él todo con su forma de dragón y diferente también en su colorido. Arrodillado, continuó mirando hipnotizado el fondo, mientras que en su imaginación los gusanos de la repugnancia hormigueaban sobre su piel.

—Bestia. Bestia marina e inmunda.

Recogió un mejillón y con fuerza lo lanzó al agua. Ante el impacto la langosta se cerró como un puño y desapareció.

—El construir esa línea de algas marinas me va a llevar un tiempo enorme.

Sacudió de su piel la sensación de gusanos. Se dejó caer por el Escarpado Panorámico. El último metro o más estaba cubierto por una masa de algas colgantes. Sobre la superficie del agua éstas se extendían flotando, dándole al mar un aspecto de solidez.

—Baja marea.

Deslizándose por la roca procuró tironear las algas, pero no cedían. Las raíces estaban adheridas a la roca por unas ventosas más difíciles de arrancar que los mejillones o los percebes. Algunas algas formaban matas que terminaban en unos saquitos llenos de una materia gelatinosa. Otras parecían espadas, con una superficie acanalada y ondulada, y todas las restantes eran de color café y lisas como cuero, semejando a vainas, y en cantidades tales como para surtir a toda la oficialidad del mundo entero. Debajo de esto la roca aparecía cubierta de pelusas coloreadas. También se vislumbraba el color del sonrojo de la cantinera.

Se oían leves gorjeos y chapoteos.

Sujetándose a la roca con una mano, tironeó con la otra un montón de algas. Maldiciendo volvió a trepar sobre la piedra y, encaminándose por la Calle Principal, llegó hasta el Mirador, donde permaneció observando el cielo y el mar.

Reaccionó sobresaltado.

—No pierdas tiempo. Apúrate.

Fue hasta la cueva, de donde sacó su cortaplumas colgándolo a su cuello del cordel. Tomó el salvavidas. Destornillando la válvula, dejó escapar el aire y volvió a descender. Allí, con el salvavidas en su brazo, comenzó a atacar con su cortaplumas las raíces rebeldes. No sólo eran duras como una goma dura, sino también eran resbaladizas. Tenía que enfrentarlas desde un determinado ángulo y hacer un cálculo exacto antes de poderles enterrar la punta del cortaplumas. Una vez logrado esto, las arrancaba y las ponía sobre sus hombros. Sujetando el salvavidas entre sus dientes, consiguió ensartarlas dentro de éste. Cambió de posición, aferrándose con la mano izquierda y recogiéndolas con la derecha. Las algas formaban un gran fardo sobre sus hombros, colgándole hasta las rodillas. Volvió al León Rojo y dejó caer su carga. Vistas desde una corta distancia sólo parecían un pequeño montón. Separó una a una las matas, demarcando la línea que cruzaría las zanjas. Dentro de éstas las algas no tendrían a qué sujetarse.

—Debo rellenar las zanjas donde las han de cruzar las algas.

Cuando hubo empleado todas las algas, éstas llegaban desde el León Rojo hasta el Mirador. La línea tenía un promedio de cuatro centímetros de ancho.

Volvió a recoger más algas.

Sentado en cuclillas en el León Rojo, frunció el ceño. Cerró un ojo y miró su obra. La línea era apenas visible. Volvió a trepar el risco.

Cerca de la roca más lejana oyó un ruido apagado que lo hizo girar sobresaltado. No había nada, ni siquiera espuma. Sólo se veía una pequeña interrupción en el vaivén de las olitas.

—Debería pescar.

Recogió otro fardo de algas. Las bolsitas gelatinosas reventaban cuando las apretaba. Puso una de éstas en sus labios para sentirle el sabor, pero el gusto era totalmente neutro. Llevó otro y otro fardo hasta el León Rojo. Cuando hubo apilado las cargas en la primera zanja, éstas llegaban escasamente a unos treinta centímetros de la superficie.

Erguido, mirando las algas de color marrón y rojo se sintió súbitamente desanimado.

—¿Doce cargas? ¿Veinte quizás? Y después hay que ensanchar la línea.

La inteligencia ve con claridad lo que se debe hacer y puede calcular el costo de antemano.

—Voy a descansar un rato.

Se dirigió hacia el Pigmeo y allí se sentó, bajo un cielo vacío. Las algas marinas se extendían a través de la roca como una huella.

—He trabajado más que nunca en mi vida. Estoy agotado.

Apoyó la cabeza sobre sus rodillas y le murmuró al fantasma de un diagrama:

—No he movido el vientre desde que nos torpedearon.

Sentado, inmóvil, meditó sobre sus intestinos. Después de un rato miró hacia arriba y vio que el sol se estaba poniendo, dándole una claridad especial a una parte del horizonte y al mismo tiempo haciéndolo parecer más cercano. Entrecerrando los ojos, hasta creyó poder ver las minúsculas distorsiones provocadas por las olas en la curva perfecta del mundo.

Veía un punto blanco reposando entre el sol y la Roca de Seguridad. Al mirar con atención pudo ver que ese punto era una gaviota que, descansando en el agua, se dejaba llevar a la deriva. Repentinamente imaginó a la gaviota elevándose para desaparecer volando hacia el este sobre el lomo del mar. Mañana podría estar flotando cerca de las Hébridas o siguiendo un arado en alguna colina irlandesa. Hasta pudo ver, en la tarde que brillante se desplegaba ante él, al labriego con su gorro de paño ahuyentando al pájaro chillón y gritándole:

—Aléjate de mí y que contigo se vaya la mala suerte.

Pero el pájaro no se posaría sobre una piedra deslindante, ni abriría su pico para hablar en el lenguaje de la localidad. Aun si fuera algo más que una máquina voladora, no podría comunicar la nueva del hombre herido sentado sobre una roca en el medio del Atlántico.

Nuevamente se levantó y comenzó a caminar de uno a otro lado del Mirador. Desenterró un pensamiento y lo examinó desde todos los ángulos.

«Puede que jamás logre irme de esta roca». Y reflexionando que el habla proporciona identidad, se dirigió a la gaviota:

—Ustedes sólo son máquinas. Yo las conozco; no son más que humedad, dureza, movimiento. No tienen piedad, pero tampoco tienen inteligencia. Yo les llevo una ventaja. Lo único que tengo que hacer es soportar. Yo respiro este aire. Yo mato y como. No hay nada que…

Se detuvo un instante, mirando a la gaviota que se deslizaba en la cercanía, pero no tan cerca como para poder distinguir sus garras de reptil bajo el mar.

—No tengo nada que temer.

La gaviota se balanceaba, arrastrada por la corriente. Acá, en el medio del Atlántico, las corrientes se hacían sentir. Eran como una enorme ola que recorría al mundo entero, circundándolo. Eran tan imponentes, que, al lanzarse, sus embestidas se convertían en un vasto curso de curvas envolventes, alcanzando una longitud de diez mil millas o más. De modo que había una corriente que fluía a lo largo de esta roca, irguiéndose, pausando, retrocediendo y deslizándose eternamente, sin rumbo, sin sentido. Y así continuaría, aunque la vida le fuera quitada a la superficie del mundo. Y la roca permanecía inmutable mientras la corriente la rodeaba arrollante.

Una gaviota llegó flotando. Engalanó sus plumas y aleteó como podría hacerlo un pato en una laguna.

El hombre se dio vuelta con un gesto rápido y bajó apresuradamente por el escarpado. El agua cubría más de la mitad de las algas colgantes.

Mañana.

—Estoy exhausto. No debo extralimitarme.

Hay mucho que hacer en una roca. No queda un instante para aburrirse.

Con auténtico desagrado recordó los mejillones, desvió su pensamiento hacia las bolsas gelatinosas adheridas a las algas. Tuvo la vaga sensación de que su estómago le hablaba. Le desagradaban los mejillones. En cuanto a las anémonas, el solo pensamiento le provocó una contracción, produciéndole un sabor fétido en la boca.

—He trabajado en exceso, expuesto a la intemperie y quizás con quemaduras de sol. No debo esforzarme demasiado.

Con seriedad recordó que éste era el día en que iba a ser rescatado; pero no logró despertar su antigua convicción.

—Debo vestirme.

Se puso toda la ropa, dio una vuelta alrededor del Pigmeo y volvió a sentarse.

—Me gustaría acostarme para dormir; pero no debo hacerla mientras haya luz. Un barco podría

acercarse para investigar; hacer sonar la sirena, y, al no ver nada, marcharse. Pero el día de hoy me ha cundido. Mañana tengo que terminar la obra de las algas. Puede que aquellos enviados a rescatarme estén un poco más allá del horizonte, o tan en lo alto que me sea imposible divisarlos. Debo esperar.

Se agachó junto al Pigmeo y aguardó. Pero el tiempo tiene unos recursos infinitos, y lo que al principio había sido su finalidad, se convirtió en una desesperanza interminable y gris.

Dentro de su mente buscó la ilusión, pero ésta había perdido todo su calor, esfumándose, y si quedaba algún rastro era sólo un exangüe fantasma intelectual. Murmuró:

—Me van a rescatar. Me van a rescatar.

Olvidado ya de todo aquello que desde un comienzo había pensado, levantó la vista y vio que el sol se estaba ocultando. Incorporándose pesadamente, fue hasta el pozo de agua y bebió. La marca rojiza se había ensanchado.

—Debo ocuparme del agua para beber.

Se acomodó para dormir, envolviendo sus pies en el suéter gris que amortiguaba la dureza de la roca, igual como lo hacen los tapices sobre las piedras en las catedrales. Era una sensación que los pies sentían particularmente cuando llevaban puestos esos ridículos zapatos medievales, de fantasía y casi sin suela, ideados por Michael.

Y además la acústica era tan mala…, un

ah-ah-ah

en la bóveda, y después un lamento al que se agregaba cada palabra que uno pronunciaba, como si le estuviera dando un pequeño impulso periódico a un péndulo…

—No te escucho, mi viejo, ni un poco. Acércate. Dale. Todavía no te puedo oír.

—¿Más? ¿Más despacio?

—¡No, más despacio no, por amor a Dios! Bueno eso es todo por hoy, muchachos y muchachas. Espérate un momento, Chris. Mira, George, Chris no está actuando bien…

—Dale un poco más de tiempo, mi viejo. ¿Es muy difícil, Chris?

—Trataré de desempeñarme.

—Estarás mejor en otro papel. ¿No viste la lista para los ensayos, Chris? Estás actuando de doble pero de todas maneras…

—Helen nunca me dijo.

—¿Qué tiene que ver Helen?

—Ella nunca dijo…

—Yo hago mis propias listas, mi viejo.

—Por supuesto, Pete.

—De modo que tú estás haciendo de doble de un pastor y de uno de los siete pecados capitales, mi viejo. ¿No es así, George? Chris como uno de los siete pecados capitales.

—A mí me parece, Pete, que después de todo lo que he trabajado para ti no debías pedirme que…

—¿Que hagas de doble? Todo el mundo lo está haciendo, yo mismo. De manera que tú vas a ser uno de los siete pecados.

—¿Cuál, Pete?

—Elige el que quieras, mi viejo. ¿Qué te parece, George? Debemos dejarlo elegir el pecado que más le guste.

—De todas maneras, de todas maneras.

—Prudencia está preparando las máscaras. Ven a ver, Chris.

—Pero si hemos terminado hasta la noche…

—Vamos, Chris, ven. La función debe continuar. ¿Eh, George? ¿Te gustaría ver qué máscara piensa Chris que le viene bien?

—Bueno, sí, Pete. Por Dios que sí me gustaría. Pasa, Chris.

—Yo no creo que…

—Pasa, Chris.

—Qué sensación más curiosa, George, el sentir los pies sobre este tapiz que cubre las piedras. Es espeso y costoso y sólo permite que los sentidos intuyan lo que está debajo. Allí están Chris todas en hilera. ¿Qué te parece?

—Lo que tú dispongas, mi viejo.

—¿Qué te parece la del Orgullo? Podrías representarlo sin necesidad de máscara, con sólo un poco de

maquillaje estilizado, ¿no es verdad?

—Mira, Pete, si estoy doblando preferiría no…

—¿La Ira, George?

—¿La Envidia, Pete?

—No me molestaría representar la Pereza.

—No la Pereza no. ¿Preguntémosle a Helen, Chris?, Yo estimo la opinión de mi mujer.

—Cuidado, Pete.

—¿Y qué tal sería la Lujuria?

—¡Basta, Pete!

—No me hagas caso, Chris. Estoy un poco sobreexcitado nada más. Señoras y señores, ésta es una máscara espléndida y se garantiza que no ha sido usada. ¿Hay alguna oferta? Bueno, se la lleva el caballero de aspecto pulido con el pelo ondeado y el magnífico perfil…

—¿Y qué representa, mi viejo?

—Pero, mi querido, es tu imagen, ¿no estas de acuerdo, George?

—De todas maneras, mi viejo, de todas maneras.

—Chris la Avaricia. La Avaricia, Chris. ¿Se conocen?

—Cualquier cosa con tal de complacerte, Pete.

—Desearía que se conocieran más. Este degenerado pintado toma todo lo que puede. Por supuesto que no se trata de comida, Chris, eso sería demasiado sencillo. Toma los mejores papeles, el mejor asiento, la mayor cantidad de dinero, las mejores críticas, la mejor mujer. Nació con su boca y su bragueta abiertas y con las dos manos extendidas en un gesto de posesión. Es el caso del atorrante que se queda con el penique y los cuatro reales. ¿No es así acaso, George?

—Vamos, Pete, ven a recostarte un rato.

—¿Crees, Martin, que puedes hacer el papel de la Avaricia?

—Vamos, Pete. Oye, Chris, en realidad no te tiene mala voluntad, sólo está un poco sobreexcitado.

—Sí, claro, no hay más que eso.

—No he movido el vientre en una semana.

Justo con el crepúsculo llegaron las gaviotas. Una de éstas se posó sobre el Pigmeo, haciendo balancear la cabeza plateada, y, asustada, se alejó aleteando. Él bajó de nuevo hasta la cueva, infló el salvavidas y sobre éste posó su cabeza. Cuando hubo acomodado sus brazos sintió que su cabeza no estaba suficientemente protegida, de manera que volvió a salir en busca de su gorra de lluvia y otra vez más tuvo que acomodarse.

—¡Dios mío!

Se arrastró otra vez hacia la intemperie.

—¿Dónde está mi capote?

Tropezando, trepó sobre el León Rojo, el pozo de agua y el Escarpado Panorámico.

—No puede estar junto al Pigmeo, porque yo nunca…

Bajó y subió entre las zanjas, las algas hediondas y viscosas, ¿estará acaso allá?

Lo encontró donde lo había dejado, junto al Pigmeo. Estaba salpicado con manchas blancas. Se lo puso encima de su chaquetón y nuevamente se introdujo en la cueva.

—Esto es lo que nunca le advierten a uno; no le dan ni siquiera una noción de lo que puede suceder. No es tanto el peligro y las privaciones lo que importa, sino las pequeñas idioteces, la monotonía de los días que se repiten con su cúmulo de errores insignificantes y que uno no advierte cuando está trabajando. ¡Dios mío, dónde estará mi cortaplumas!

Pero allí estaba su cortaplumas, formando un bulto contra su lado izquierdo, pues se había corrido. Lo sacó con dificultad y maldiciendo:

—Mejor será que piense ahora. Fue un error el que cometí hoy. No debí discurrir cuando podía trabajar. Si anoche hubiera meditado, hoy podría haber enfrentado el día y haber hecho todo metódicamente.

»Ahora voy a los problemas. Primero: tengo que concluir la línea de algas; también tengo que encontrar un sitio para mi ropa, y no arriesgarme a caer presa del pánico, pensando que la he perdido: Segundo, no, tercero: la ropa era lo segundo. Primero era la ropa bien guardada y después más algas hasta terminar la línea. Tercero, el agua. No puedo escarbar para obtenerla. Debo esperar y recogerla cuando llegue. Es necesario que elija una zanja que esté más abajo del nivel del guano, pero por encima de la espuma del mar. Tengo que preparar un sitio para almacenarla.

Movió sus mandíbulas. La barba le molestaba mucho al rozar contra la lana de la bufanda. Sentía la leve sensación de hielo y escozor que las quemaduras del sol provocaban en los brazos y las piernas. Nuevamente le incomodaba la desigualdad de la roca.

—Pronto va a llover y entonces voy a tener demasiada agua. ¿Qué haré con esta cueva? No puedo dejar que se me moje mi ropa. Es necesario que levante una carpa. Pero quizás mañana me socorran.

Recordó que por la mañana había tenido la certeza de que ese mismo día sería auxiliado, y al evocar ese pensamiento su corazón desfalleció inexplicablemente, como si alguien hubiera faltado a la palabra dada. Permaneció mirando las estrellas y pensando si podría encontrar algún trocito de madera; pero sobre la roca no había madera, ni siquiera el fragmento de un lápiz. Tampoco había sal que pudiera echar por encima de su hombro izquierdo con la esperanza de que le trajera buena suerte. Quizás si un poco de agua salada surtiera el mismo efecto.

Introdujo la mano hasta tocar el muslo derecho. La herida también debió de haber estado expuesta al sol, pues podía sentir una sensación como de calor; no era desagradable lo que experimentaba, pero sí requería cuidado. Al hacer una mueca, su barba, al rozar contra la bufanda, produjo un sonido como de raspado.

—Cuatro: afilar el cortaplumas lo suficiente para poderme afeitar. Cinco: asegurarme de mover el vientre.

Las quemaduras de sol le ardían.

—Estoy experimentando una reacción. Viví un infierno mientras me encontraba en el mar y dentro del embudo. Después, al hallarme a salvo, desbordé de felicidad, y eso produce un retroceso. Ahora debo dormir, mantenerme muy tranquilo y concentrar mis pensamientos en un buen sueño.

Las quemaduras de sol continuaban ardiéndole; la barba seguía raspando y rascando, las desigualdades de la roca encendieron nuevos fuegos bajo su cuerpo, y allí permanecieron, como el mar. Aun al variar su estado consciente, persistían los fuegos, convirtiéndose primero en un paisaje luminoso, transformándose después en el universo entero mientras él oscilaba entre instantes en que se sentía suspendido en el espacio, observándolos, y momentos en que el tormento era agudísimo.

Abrió los ojos y miró hacia el cielo. Cerrándolos, murmuró:

—Estoy soñando.

Abrió los ojos y absorbió el brillo del sol. Esta luz amortiguaba los fuegos hasta cierto punto, porque distraía la mente. Permaneció tendido mirando la claridad del día y procurando recordar la calidad del tiempo que al pasar se había esfumado.

—¡Pero si no estaba dormido en absoluto!

Y la mente era reacia a que saliera de la cueva y a enfrentar lo que debía hacer. Dirigió palabras opacas hacia el aire:

—Hoy me van a salvar.

Se arrastró hacia afuera de la cueva y encontró que el aire era tibio, de modo que se desvistió, quedando sólo con los pantalones y el suéter. Cuidadosamente dobló su ropa y la guardó dentro de la cueva. Al inclinarse hacia adelante, dentro del pozo de agua, el limo rojo dejó una marca sobre su pecho. Bebió una gran cantidad de agua y, cuando hubo terminado, vio que la franja entre el líquido y la abertura se había ensanchado.

—Es necesario que consiga más agua.

Permaneciendo quieto, trató de decidir qué era más importante, si tomar las precauciones necesarias para recoger el agua o terminar con la línea de algas. Fue entonces cuando se dio cuenta de la rapidez con que pasa el tiempo si uno se descuida y, apurándose, se dirigió al Mirador. Era un día de colores brillantes. El sol ardía, el océano era de un azul intenso que relumbraba radiante. El colorido se esparcía sobre las rocas, formando sombras que, al mirarlas, se tornaban violáceas. Miró por la Calle Principal y lo que vio se le antojó una pintura. Cerró y abrió los ojos, pero la roca y el mar no se veían reales.

—Todavía estoy dormido, encerrado dentro de mi propio cuerpo.

Se encaminó hacia el León Rojo y una vez allí se sentó junto al mar. Mirando el océano, dijo:

—¿Para qué hice esto? Tengo el propósito de conseguir alimento, pero no tengo hambre. Debo buscar más algas.

Fue en busca de su salvavidas y del cortaplumas y los llevó hasta el escarpado. Le fue necesario adentrarse más en los arrecifes, pues la parte más cercana del acantilado ya estaba despojada. Llegó hasta un saliente que le fue vagamente familiar y tuvo que pensar.

—Hasta aquí llegué en busca de piedras para el Pigmeo. Traté de mover aquélla, pero no logré hacerlo, aunque estaba quebrada.

Mirando la piedra, frunció el entrecejo. Se dejó caer por el borde hasta que, sujetándose con las dos manos, llegó a ver la hendedura a sólo unos centímetros de su cara. Al igual que todo el resto, el acantilado estaba cimentado con capas de percebes y crecimientos enigmáticos hasta la altura de la pleamar. Pero la grieta se había ensanchado. La roca entera estaba desplazada en un ángulo oblicuo de quizás un octavo de pulgada. Dentro de la grieta la oscuridad era imponente.

Allí permaneció, mirando la roca suelta hasta que olvidó lo que había estado pensando. Se representó la roca, mentalmente, como algo sumergido en el agua.

—¿Por qué diablos me será tan familiar esta roca? Nunca he estado acá, por lo menos hasta ahora…

Le era conocida, no como esas relaciones que se crean en época de guerra, y a las cuales se les conoce tan rápidamente por estar obligado a convivir con ellas durante horas interminables, sino familiar como un pariente que acaso se ve muy de tarde en tarde, pero con el que siempre se puede contar, año tras año, igual que con las amistades de la niñez, o con un aya o alguien conocido impregnado de algún dejo de eternidad; familiar también como las rocas de la infancia, que se examinan y se vuelven a explorar en todas las vacaciones y que después, en la mitad del invierno, se recuerdan en la oscuridad de la cama, evocándolas con tanta exactitud que, con los dedos en el aire, se las puede sentir.

De las Tres Rocas se oyó con claridad un ruido sordo. Trepó rápidamente hasta el León Rojo, pero no vio nada en absoluto.

—Tendría que pescar.

Las algas dentro de las zanjas despedían un olor fétido. Se oyó otro ruido que provenía del mar y esta vez alcanzó a ver el agua rizándose. Se sujetó la cara con las dos manos, pero el contacto con la barba lo distrajo.

—Debo tener una barba bastante larga. Es curioso que los pelos continúen creciendo aun cuando el resto de uno está…

Decididamente fue a recoger más algas y después las descargó en la zanja más cercana. Lentamente subió por la Calle Principal hasta llegar al Mirador y allí se sentó, dejando caer las manos a ambos lados. Inclinó la cabeza sobre las rodillas. El chasquido lento del agua, alrededor de la Roca de Seguridad, era muy tranquilizante y podía ver una gaviota que, como una imagen, se destacaba en el Mirador.

Dentro de su cuerpo se esparcieron ruidos internos. La oscuridad infinita estaba llena de estos sonidos, como lo puede estar una fábrica con las vibraciones de su maquinaria.

Un grito áspero lo sacudió. La gaviota avanzaba sobre la roca, con sus alas extendidas y la cabeza inclinada hacia abajo.

—¿Qué es lo que quieres?

El reptil emplumado dio dos pasos de costado y acomodó sus alones a los lados.

—Si tan sólo pudiera mover el vientre me sentiría mejor.

Giró sobre sí mismo y enfrentó al Pigmeo, quien le hizo un guiño con su ojo plateado. La línea del horizonte se veía muy cerca. Otra vez creyó divisar unas ondulaciones en su curva perfecta.

Lo malo era que en la roca no había ningún sitio blando, ningún montículo de hierbas. Un instante pensó en buscar su chaquetón y hacerse un asiento más mullido, pero el esfuerzo le pareció enorme.

—Mi carne me duele desde adentro, como si estuviera machucada. La dureza de la roca me está desgastando. Mejor será que piense en el agua.

El agua es blanda y cede.

—Debo pensar en hacer algún resguardo, y también cómo almacenar agua.

Reaccionó un poco, sintiéndose más fuerte y preocupado. Frunció el entrecejo al mirar las piedras caídas, que le resultaban tan desesperadamente familiares, y con su vista recorrió la línea de algas. En algunos lugares brillaba. Podía ser que vista desde el aire pareciera una faja reluciente.

—Podría recoger agua en mi capote y también podría usar la pared de una zanja para hacer un embalse.

Dejó de hablar, inclinándose hacia atrás, usando al Pigmeo como respaldo, pero las asperezas de éste lo forzaron hacia adelante.

—Tengo conciencia de…

Miró hacia arriba.

—Tengo conciencia de un peso que me oprime sin piedad. Es lo que se llama agorafobia, lo contrario de claustrofobia. Una opresión.

Embalsar agua.

Se levantó y bajó por la Calle Principal. Examinó detenidamente la zanja ubicada junto a la que dormía.

—Hay un viento que predomina. Debo recoger agua desde el área que mira al sudoeste.

Tomó el cortaplumas y dibujó una línea descendente a través de la pared inclinada. Ésta terminaba en un hoyo donde la pared se juntaba con el fondo de la zanja. Fue hasta el Pigmeo, con cuidado sacó una de las piedras que parecían papas y la trajo consigo. El cortaplumas tenía un saliente que correspondía a un tirabuzón. Apoyó éste contra la roca, justo encima de la marca que había delineado, y golpeó con la piedra. La roca se desintegró en pequeñas escamas. Continuó hasta haber logrado una línea de treinta centímetros de largo con una profundidad de unos milímetros. Se inclinó hacia lo más hondo.

—Tengo que comenzar por el extremo más importante, y entonces, aunque la lluvia comience pronto, podré recogerla, por lo menos en parte.

El ruido de los golpes repercutía dentro de la zanja, haciéndolo sentir como si estuviera trabajando en un cuarto.

—Podría extender mi chaquetón o mi capote sobre esta zanja y en esa forma tendría un techo. Acá adentro no siento tanto esa sensación de opresión. En parte debe de ser porque estoy en el interior de una pieza y también porque estoy trabajando.

Los brazos le hacían daño, pero a medida que la línea se elevaba del suelo podía trabajar en forma más cómoda. Pensó vagamente, tratando de calcular si la comodidad tendría preponderancia sobre el cansancio, y llegó a la conclusión de que no. Se sentó en el suelo, con su cara a poca distancia de la roca, y después apoyó la frente y dejó caer sus manos.

—Podría ir hasta mi cueva y acostarme un rato, o, envuelto en mi chaquetón, podría tenderme junto al Pigmeo.

Sacudiéndose, comenzó a trabajar nuevamente. Al seguir picando la piedra, los dos extremos se juntaron, y se apartó para examinarla.

—¡Qué desgracia! Debí haberla cortado con una inclinación hacia adentro.

Hizo un gesto, mirando la roca, y volvió a tallar hasta que la parte inferior del surco se hundió más aún.

—Debo profundizar el extremo del fondo.

La cantidad de agua…; pero cambió de parecer e hizo el cálculo en voz alta:

—La cantidad de agua en cualquier punto de la canaleta será la misma de la que se recolecte en la parte superior, y también estará en proporción al área de la roca en la parte de arriba.

Golpeó la piedra y se soltaron unas escamas.

Sus manos cedieron y entonces se sentó en el piso de la zanja, mirando su obra.

—Después que termine con esto voy a hacer una verdadera obra de ingeniería. Voy a localizar unas cuantas superficies que circunden una hoya y desde aquéllas labraré una red de canales que conducirán el agua. Va a ser un trabajo bien interesante, como hacer castillos de arena.

Como los emperadores romanos que traían agua a la ciudad desde las colinas cercanas.

—Éste es un acueducto. Lo llamaré el Claudiano.

De nuevo comenzó a picar, dándole una razón de ser a la roca sin sentido.

—¿Cuánto tiempo habré estado haciendo esto?

Se acostó en la zanja y sintió su espalda adolorida. El Claudiano era como una herida extensa y blanquecina.

—Hay algo maligno en la dureza de esta roca. Es más dura que lo corriente. Y… familiar.

El peso aplastante lo oprimió de nuevo. Con mucho esfuerzo se sentó otra vez.

—Debiera haber secado las algas y revestido mi cueva; pero tengo demasiadas cosas que hacer. Necesitaría otra mano para llevar a cabo esta empresa de vivir y de ser rescatado. Puede que encuentre otro sitio donde dormir. ¿A la intemperie, quizás? Siento calor suficiente.

Demasiado calor.

—Mi carne está sensible, como si estuviera machucada hasta los mismos huesos. Y abultada. Tumefacta.

La esfera de oscuridad giró hacia el cielo. La voz se evaporó en la garganta como el vapor que se escapa en un día seco.

—Estoy trabajando demasiado. Si no tengo cuidado me voy a extenuar. Pero reconozco, Chris, que no muchas personas podrían…

Se interrumpió para comenzar de nuevo.

—Chris, ¡Christopher! Christopher Hadley Martin…

Las palabras se secaron en su boca.

Sabía que existía. Había sonidos que emanaban de la parte inferior de su cara. Eran tan inservibles como envases de lata botados y con las tapas dobladas para atrás.

—¡Christopher! ¡Christopher!

Levantó los brazos como para alcanzar las palabras antes que se apagaran. Los brazos aparecieron ante sus ventanas, llenándolo de terror.

—¡Dios mío!

Envolviendo el cuerpo con los brazos, se balanceó de un lado a otro y comenzó a murmurar:

—¡Cuidado, cuidado! Mantén la calma.

9

Levantándose con cuidado, se sentó al borde de la zanja. A través de los pantalones podía sentir los salientes de la roca y sus cantos filosos. Se deslizó hasta otro sitio donde esas prominencias parecían más pulidas, pero sus asentaderas no encontraron mayor comodidad.

«Yo soy quien era», dijo para si. Procuró examinar la forma de su ventana y el marco de pelo que brotaba entre sus narices. Bajó la ventana de su vista y recorrió todo lo que podía ver de sí mismo. El suéter estaba hecho jirones y de él se desprendían mechones de lana. Formaba pliegues sobre su pecho y las mangas parecían lustrosas y grises en lugar de negras y opacas y, debajo de éstas, las medias de mar pendían como la estopa que usan los fogoneros para limpiarse las manos. El cuerpo no se divisaba; sólo se veía un conjunto de telas desgastadas. Durante un largo rato miró con indiferencia las formas extrañas que descansaban sobre sus pantalones, hasta que, finalmente, se le ocurrió pensar cuán raro era que allí se posaran langostas. Presa de pánico y del asco que le provocaban las langostas, las arrojó de manera que resonaron contra la roca. El dolor agudo del golpe se extendió, uniéndolo con ellas, y éstas se convirtieron en sus propias manos que yacían descartadas donde las había lanzado.

Aclaró la voz como si estuviera a punto de dirigirse a un público:

—¿Cómo he de tener una identidad total sin un espejo? Eso es lo que me ha cambiado. En una época fui un hombre que poseía veinte fotografías de sí mismo. Yo, en calidad de uno u otro personaje, y mi firma, en la parte inferior de la mano derecha, garabateada como sello y timbre. Cuando estaba en la marina existía aquella fotografía en el carnet de identidad que de cuando en cuando podía mirar para saber quién era yo. O puede que no tuviera necesidad de verla y que sólo me contentara con sentirla cerca de mi pecho, satisfecho en la seguridad de que allí estaba, como prueba de mi persona. También había espejos, espejos triples; sólo con mover los laterales podía espiar mi reflejo como si hubiera estado observando a algún extraño. Podía espiarme y valorar el impacto que produciría Christopher Hadley Martin sobre el mundo. Encontraba la seguridad de mí mismo en los cuerpos de otros, con su tibieza y sus caricias. Podía ser un personaje dentro de un cuerpo. Pero aquí no soy más que una cosa con grandes dolores y una carne magullada; un montón de trapos que posee como manos esas langostas posadas sobre las rocas. Las luces de mis ventanas no alcanzan para identificarme, aunque en el mundo hayan sido suficientes. Pero había otras personas que me describían a mí mismo, se enamoraban de mí, me aplaudían y acariciaban este cuerpo. Había gente de la que me aproveché, personas a las que desagradaba, seres que peleaban conmigo. Aquí no tengo con quién discutir. Corro el riesgo de perder mi propia definición. Soy un álbum de fotografías, tomadas al azar; una exhibición de avances de películas antiguas. Lo más que sé de mi cara es el raspar de la barba, una picazón y una sensación de calor ardiente.

Exclamó con furia:

—Eso no alcanza a ser la cara de un hombre. El mirar es como explorar la noche con una linterna. Debería poder ver alrededor de mi cabeza.

Fue hasta el pozo de agua y miró dentro del charco, pero su reflejo era inescrutable. Retrocedió y bajó hasta el León Rojo con sus conchas desparramadas. Encontró un charco de agua salada en una de las rocas del mar. El charco tenía una pulgada de profundidad y adentro había una lapa cubierta de algas verdes y tres anémonas. Asoleándose en el fondo se veía un diminuto pececito. Se inclinó sobre el charco y vio abajo el reflejo del cielo azul.

—La mejor fotografía mía era aquella en que posaba como Algernon. Tampoco estaba mal la que hacía de Demetrius ni la de Freddy con una pipa. El maquillaje era bueno y mis ojos parecían en realidad estar muy separados. Había la de *La Noche Debe Caer* y la otra de *El Rumbo del Mundo.* ¿Quién era yo? Hubiera sido entretenido actuar con Jane. Esa moza sí que era macanuda para una revolcada.

La roca le hizo doler la cicatriz de su muslo derecho. Cambió la pierna de sitio y volvió a mirar dentro

del charquito. Dio vuelta la cabeza de lado, procurando ver su perfil derecho; el izquierdo, el sano, se movió con una pequeña sonrisa. Pero primero una nariz sombreada y después el semicírculo de la cuenca del ojo interceptaron su reflejo. Otra vez giró la cabeza para mirarse de frente, pero su respiración rizó el agua. Sopló con fuerza y la cara pareció fluctuar y deshacerse. Se incorporó y vio en la extremidad de la manga una langosta que sostenía el peso de su cuerpo.

La langosta se transformo en una mano, y nuevamente miró dentro del charco. El pececito continuaba al sol, y, junto a él, se desprendían burbujas de un tubo de oxígeno. Las botellas al fondo del bar descollaban a través del acuario, como cerros de joyas y piedras preciosas.

—No, gracias, mi viejo. Ya he bebido bastante.

—Ya tomó bastante. ¿Oíste, George? ¿Oíste?

—¿Oíste qué, Pete?

—Nuestro querido Chris no quiere beber más.

—Vamos, Chris.

—Nuestro querido Chris no bebe ni fuma.

—Le gusta estar acompañado, mi viejo.

Y Pete, con su voz de borracho, habló en forma incoherente:

—Le gusta estar acompañado. Mi compañía. Estoy asqueado conmigo mismo. Señorita, usted no nos va a decir «Ya es hora, caballeros», ¿no es así, caballeros? Le prometió a su anciana madre, así lo aseguró él. Ella dijo, Chris, hijo mío, no te preocupes de los siete pecados capitales; pero no fumes ni bebas. Sólo jode. Perdone, señorita, una palabra tan inmoderada no debería habérseme escapado de detrás de la barrera de mis dientes. Habría que tomar medidas para que sexualmente fuera representada por un obelisco.

—Vamos, Pete. Tómale el otro brazo, Chris.

—Suéltenme, caballeros. Soy un ciudadano libre y liberal en esta compañía y tengo una mujer y un hijo de sexo indefinido.

—Es un varón, mi viejo.

—En confianza, George, no es el sexo sino la sabiduría lo que cuenta. ¿Acaso sabe quién soy yo? ¿Quiénes somos? ¿Me quieres, George?

—Eres el mejor productor que jamás hayamos tenido, pedazo de borrachín.

—George, eres el director más angelical que ha tenido el teatro y Chris es el mejor actor juvenil, ¿no es así, Chris?

—Como tú digas, George.

—De todas maneras, mi viejo. De todas maneras.

—De modo que le debemos todo a la mejor mujer del mundo y a las más malditas. Te quiero, Chris. Padre y madre son una sola carne. ¿Quieres que te haga elegir como socio de mi club?

—¿Qué tal si nos vamos a casa ahora, Pete?

—Se llama el Club de los Insectos Cochinos. ¿Te acuerdas? ¿Tú hablas chino?

—Vámonos, Pete.

—Nosotros los insectos estamos allí toda la semana. Ya verás, cuando los chinos quieren preparar un plato exótico, encierran un pescado en una caja de lata. Pronto todos los pequeños insectos aparecen y comienzan a comer. Pronto no hay más pescado. Sólo insectos. No es broma ser un pobre insecto. Algunos de ellos son fototrópicos. ¡Qué tal, George, fototrópico!

—¿Y qué hay con eso, Pete?

—Fototrópico. Dije fototrópico, señorita.

—Termina con tus insectos, Pete, y vámonos.

—Ah, los insectos. Sí, los insectos. Todavía no han terminado. No han llegado más que hasta el pescado. Es un trabajo miserable el arrastrarse dentro de una lata. Cuando han terminado con el pescado, se comen entre ellos.

—Lindo pensamiento, mi viejo.

—Los pequeños se comen a los más chiquitos. Los medianos se comen a los pequeños. Los grandes se comen unos a los otros. De esa manera quedan dos, y después sólo uno, y donde antes había un pescado, ahora no se ve más que un insecto enorme y triunfante. Un plato exquisito.

—¿Tienes su sombrero, George?

—Vamos, Pete. Con cuidado.

—Te quiero, Chris. Eres un hermoso ejemplar de hombre. Créeme.

—Ponte su brazo sobre tu hombro.

—Todavía queda una mitad de mi cuerpo y yo soy fototrópico. ¿Ya comiste, George? Y cuando sólo

queda un insecto los chinos lo recogen.

—No puedes sentarte acá, borracho idiota.

—Los chinos lo recogen.

—Por amor a Dios, deja de gritar. Vas a conseguir que venga un policía en busca nuestra.

—Los chinos lo recogen.

—Ya basta, Pete. ¿Cómo diablos saben los chinos cuándo hay que recogerlo?

—Ellos saben. Sus ojos tienen rayos X. ¿Alguna vez has oído una pala golpeando el costado de una caja de lata, Chris? ¡Bum! ¡Bum! Suena como un trueno. ¿Recuerdas?

Cerca de las Tres Rocas se oyó un gorjeo. Miró con detención. Junto a las rocas apareció una cabeza de color marrón, después otra y otra. Una de las cabezas tenía un cuchillo de plata atravesándole la boca. El cuchillo se dobló y vio que era un pescado. Era una foca que se izaba sobre la roca mientras las otras se sumergían, dejando círculos en el agua. La foca comió tranquila al sol y, levantando la cabeza, la cola quedó quieta.

—Me pregunto si conocen a los hombres.

Se levantó despacio y la foca dio vuelta la cabeza hacia donde él se encontraba, y él se vio retrocediendo ante la mirada implacable. Levantó la mano rápidamente, con un gesto como si apuntara un arma. La foca se alzó y se zambulló. Conocía a los hombres.

—Si me pudiera acercar la podría matar, hacer botas y comer carne.

Los hombres, envueltos en las pieles, esperaban en la playa descubierta. Soportaban la espera interminable y el hedor. Al atardecer, las bestias salían del mar, jugaban alrededor de ellos y después se echaban a dormir.

—Un capote podría parecerse a una foca. Cuando se hubieran acostumbrado yo estaría envuelto con él.

Examinó el pensamiento de los días pasados; se repetían como cuartos reflejados en espejos. De pronto experimentó un cansancio tan intenso, que éste se transformó en dolor. Trabajosamente, venciendo la presión del cielo y la total quietud, llegó hasta el Mirador. Examinó con detenimiento el mar vacío. El agua estaba alisada como si la hubiera aplastado el aire muerto. Se veían manchas aceitosas que parecían seda tornasolada y que, al mirarlas, relucían como residuos de metal. La oscilación del agua abarcaba una vasta extensión, haciendo que el reflejo del sol ardiente se viera alargado, interrumpido en un sitio, para aparecer más allá con un brillo deslumbrador.

—Se produjo una variación en el tiempo mientras me detuve en el León Rojo con George y Pete.

Vio la cabeza de una foca surgiendo más allá de las Tres Rocas y tuvo una visión fantástica de sí mismo montando una foca y llegando a través de los mares hasta las Hébridas.

—¡Ay, Dios mío!

El timbre de su voz, opaca y no obstante aguda y agonizante, lo intimidó. Dejó caer los brazos y se arrebujó contra el Pigmeo. Un torrente de palabras escaparon del hoyo de su boca debajo de sus ventanas:

—Esto me recuerda las noches de mi niñez, cuando despierto pensaba que la oscuridad duraría una eternidad, y no lograba dormir recordando un sueño de algo que, desde un rincón del sótano, subía arrastrándose. Acostado en la cama caliente y ajada trataba de encerrarme dentro de mí mismo, pero sabía que se sucederían tres eternidades antes del amanecer. El mundo nocturno era total; ese mundo donde nada bueno ocurría; ese mundo de fantasmas, de ladrones y de horrores, de cosas que en el día eran inofensivas, pero que en la negrura de la noche cobraban vida: el ropero, el libro de cuentos con sus figuras, cajones, cadáveres y vampiros; la oscuridad espesa como humo, que estrujaba y atormentaba. Y entonces pensaba en cualquier cosa, porque si no lo hacía así, continuaría pensando en aquello que se encontraba en el sótano y, apartándose de mi cuerpo, mi mente indefensa bajaría los tres pisos por esa escalera oscura, pasando el reloj alto y hechizado, atravesando la puerta que gemía, descendiendo los escalones terribles hasta donde se encontraban las puntas de los cajones incrustadas en las paredes del sótano, y allí permanecería desamparado, clavado al piso de piedra y tratando de escapar, de huir, de liberarme.

Estaba de pie y agazapado. Otra vez vio el horizonte.

—¡Ay, Dios mío!

Esperaba el amanecer y los primeros pájaros que saldrían piando de entre los aleros o de las copas de los árboles. Esperando a la policía junto al auto destrozado. Esperando la bala que vendría después del fogonazo del cañón.

El cielo ponderoso se posó irresistiblemente sobre sus hombros.

—¿Qué me sucede? Yo soy un adulto y sé de lo que se trata. No hay ningún nexo entre mi persona y el

chiquillo del sótano. Ninguno. Yo he crecido. Me he afirmado en la vida. La tengo bajo mi control. Allá abajo no hay nada que temer. Estoy esperando los resultados. Esperando mi alocución, no la próxima, sino aquella donde tomo en mis manos la caja de cigarrillos. Hay un hoyo negro donde debería estar esa alocución, y él me dice: «Tú titubeaste anoche, mi viejo». Esperando que me curen la herida. Esto va a doler un poco. Esperando acomodarme en el sillón del dentista.

—No me gusta sentir que mi voz cae como un pájaro abatido.

Apoyó las manos a cada lado de sus ventanas y pudo ver cómo desaparecían dos líneas negras. Podía sentir la aspereza y el calor de sus mejillas.

—¿Qué será lo que me está comprimiendo?

Volvió su vista sobre todo el horizonte, y después de haber recorrido el círculo completo vio que lo único que podía producirle esa sensación era una oscilación más brillante bajo el sol.

—Ya cualquier día me van a socorrer. No debo preocuparme. Los rastros del pasado no tienen importancia, pero debo tener cuidado cuando veo cosas que no han sucedido, como… Tengo agua y comida, inteligencia y reparo.

Se detuvo, concentrándose en lo que su carne sentía alrededor de las ventanas. Tenía la sensación de que sus manos y su piel estaban abultadas. Girando los ojos alcanzó a ver una pequeña distorsión en el semicírculo de sus ojeras.

—¿Serán protuberancias provocadas por el calor? Cuando llueva me voy a desnudar y a dar un buen baño.

Con sus dedos oprimió la piel alrededor de los ojos. Los bultos a los lados de su cara se extendían hasta la barba. Le pareció que el cielo los estrujaba; pero aparte de eso no sentía nada.

—Debo acostarme y permanecer despierto.

El día se hizo gris, caluroso y pesado.

—Yo dije que me iba a enfermar y que tendría que estar alerta ante los menores síntomas.

Caminó hasta el pozo de agua y se introdujo en él. Bebió hasta que oyó el líquido remeciéndose dentro de su panza. Al retroceder, las dimensiones de las cosas se hicieron confusas. La superficie de la roca era demasiado dura, demasiado brillante, demasiado cercana. Le era imposible calibrar los volúmenes y tamaños.

No había nadie más que pronunciara una palabra.

No te ves bien, mi viejo.

—¿Y cómo diablos he de saber cómo me veo?

Vio a un gigante amenazante y retrocedió amedrentado antes de tener tiempo de hilar la relación entre la cabeza plateada y el envoltorio del chocolate. Sintió que, por una razón difícil de definir, correría peligro al ponerse de pie. Se arrastró hasta la grieta y puso en orden todas sus ropas. Decidió que tenía que vestir todas las prendas. Luego se acomodó, dejando afuera la cabeza apoyada sobre el salvavidas. De nuevo el cielo tomó un color azul intenso, pero lo sentía opresivo. Y de su boca se escurrían palabras.

—Cerebro atormentado. No duerme más a causa del sótano. ¿Cómo duermen los héroes? Nat duerme. Borracho con *gin*. Arrollado en el fondo o flotando sin rumbo como un lío. Ésta es una aventura mayúscula, pero se la regalo a quien la quiera. ¡Acuéstate, rata! ¡Acepta tu jaula! ¿Cuánta lluvia ha caído este mes? ¿Cuántos convoyes han pasado? ¿Cuántos aviones? Mis manos se han agrandado. Todo mi cuerpo ha crecido y lo siento más adolorido. Puesto de combate. Yo dije que me iba a enfermar. Siento que la herida de mi pierna me arde más que las otras. Sal en mis pantalones. Hormigas en mis calzoncillos.

Una vez dentro de la cueva se hizo a un lado y retiró su mano derecha. Palpó la mejilla, pero ésta estaba seca. Entonces el hormigueo no podía ser traspiración.

Volvió a introducir la mano y se rascó las asentaderas. Los bordes del chaquetón le irritaban la cara. Recordó que debería ponerse la bufanda, pero estaba demasiado extenuado como para buscarla. Permaneció inmóvil, sintiendo el ardor de todo su cuerpo.

Al abrir los ojos, vio que el cielo había tomado un tono violáceo. Sentía algo raro en la cuenca del ojo. Acostado, mirando sin mirar, pensó en los bultos que se habían formado en su cara. Se preguntó si llegarían a obstruirle completamente la cuenca de los ojos.

Bultos de calor.

Los ardores y estremecimientos de su cuerpo se sucedían como si fueran olas barriéndolo. De súbito se convirtieron en oleadas de materia derretida como plomo, fundida como plomo, caliente como ácido y tan espesa que, al moverse, parecía aceite. Luchando y gritando salió de su cueva.

Se arrodilló temblando sobre la roca. Al dejar descansar su peso sobre las manos, sintió un profundo dolor. Las miró, primero con un ojo y después con el otro. Vio que se hinchaban y se reducían con una

pulsación lenta.

—Todo eso no es real. Aférrate al hilo de vida, pues el resto no es real.

Pero lo que sí era real era el tamaño de sus manos. Eran aún más grandes que las de los carniceros, cubiertas de sangre, y además estaban hinchadas. Tenía la mejilla apoyada a la roca increíblemente dura; la boca permanecía abierta y con su vista nublada miraba la grieta. Todavía los estremecimientos le recorrían el cuerpo íntegro.

—Eso ha de significar que tengo una temperatura que sobrepasa los treinta y ocho grados. Debería estar en un hospital.

Al pensar en hospitales, evocó:

Olfato: Formalina. Éter. Yodoformo. Cloroformo dulzón. Yodo.

Vista: Cromados. Sábanas blancas. Vendajes. Ventanas altas.

Tacto: Manos palpando. Dolor. Dolor. Dolor.

Sonidos: Indicaciones runruneadas como por un cretino, que provenían de receptores suspendidos debajo de los gráficos de temperatura.

Sabores: Labios secos y sedientos.

Volvió a hablar, dándoles énfasis y solemnidad a sus palabras:

—Debo estar enfermo.

Comenzó a sacarse la ropa; pero antes de haber terminado el ardor se hizo tan intolerable, que se arrancó el resto de su vestimenta, tirándola por cualquier lado. Al pararse, desnudo, sintió que el aire le quemaba el cuerpo; pero el estar desnudo le provocó una reacción y empezó a tiritar. Adolorido se sentó junto a la pared que había hecho en la roca, el Claudiano, y sus dientes castañetearon.

—En alguna forma debo continuar viviendo.

El horizonte no se aquietaba, e igual que sus manos, el mar pulsaba. En algunos momentos la línea púrpura se veía tan lejana, que perdía todo significado, y después se aproximaba tanto, que creía poderla alcanzar con los brazos tendidos.

—Piensa. Usa tu inteligencia.

Cerró los ojos y con las dos manos sostuvo su cabeza.

—Bebe mucha agua.

Abriendo los ojos pudo ver que, bajo él, la Calle Principal vibraba. La roca estaba listada con hileras de algas; pero pronto pudo ver que las franjas no eran sino sombras oscuras. Más allá de la Calle Principal el mar se veía plano y desprovisto de peligros, dándole la impresión de que podía caminarle encima; pero sus pies estaban hinchados y adoloridos. Con un cuidado extremo llevó su cuerpo hasta el pozo de agua y se internó en él. De inmediato se congeló. Hundió la cara dentro del líquido y, rechinando los dientes, tragó como comiéndolo. Arrastrándose volvió hasta la grieta.

—Era la presión lo que me estrujaba. El peso del cielo y del aire. ¿Cómo ha de poder soportar un ser humano toda esa fuerza sobre su cuerpo sin convertirse en pulpa molida?

Orinó adentro de una zanja. Los reptiles flotaban en el mar que circundaba la roca. No decían nada, pero permanecían sentados en el océano liso, con sus patas escondidas.

—Tengo que mover el vientre. Debo ocuparme de eso. Ahora me voy a poner toda la ropa para tratar de traspirar y así deshacerme de este calor que invade mi cuerpo.

Cuando hubo terminado de vestirse ya había anochecido; tanteando llegó a la cueva. Le parecía que ésta se había agrandado y que estaba poblada. En algunos momentos juzgaba que era más grande que la roca, más grande que el universo entero; ocasiones en que creía que era una caja de lata tan inmensa que al golpearla con una pala resonaría como truenos distantes. Y todo el tiempo su boca runruneaba, hablando con gente que no le era dado ver, pero que sabía que estaba allí. Por un momento creyó estar en su propia casa y que su padre era como una montaña. Los relámpagos y los truenos jugueteaban en torno a la cabeza de la montaña y su madre lloraba lágrimas de ácido y tejía una media que no tenía principio ni fin. Las lágrimas tenían un encantamiento, pues luego de haber sentido cómo le escaldaban las manos, trasformaron la cueva, dándole forma.

Habló:

—Me tiene lástima al verme solo sobre esta roca.

Sybil y Alfred lloraban. Helen sollozaba. La cara reluciente de un joven también sollozaba. Vio que otras caras medio olvidadas, pero ahora vivamente recordadas, lloraban al unísono.

—Lo hacen porque saben que me encuentro solo en una roca, metido en el medio de una caja de lata.

Las lágrimas trasformaban las caras en piedras, y en máscaras, suspendidas en hilera dentro de un corredor sin principio ni fin. Se veían letreros que rezaban: «No fumar», «Señoras», «Señores», «Salida», y

también se veían muchos acomodadores uniformados. Allá abajo estaba el otro cuarto que había que evitar, porque allí estaban los dioses, sentados tras sus terribles rodillas y pies de piedra negra; pero aquí las caras pétreas lloraban y habían llorado. Sus mejillas de piedra estaban surcadas, eran borrosas y sólo se les podía reconocer mediante una forma de identificación indefinida. Sus lágrimas formaban un charco sobre el piso de piedra, quemándole los pies hasta los tobillos. Forcejeó por subir sobre la pared, pero el líquido quemante se elevó de sus tobillos pasando las pantorrillas para llegarle hasta las rodillas. Luchaba nadando y trepando a medias. La pared, volteándose, se curvaba como las murallas de un túnel subterráneo. Las lágrimas ya no corrían por encima de las piedras en busca del mar ardiente. Descendían libremente, cayéndole encima. Una gota lo tocó, una perla, una esfera, un globo que, recorriéndolo, se extendió. Comenzó a gritar. Creía estar adentro de esa bola de agua que lo calcinaba hasta los huesos, consumiéndolo totalmente. Se sentía disuelto y esparcido dentro de esa lágrima que era una prolongación cabal del dolor que irradiaba por todo su cuerpo.

Surgiendo a la superficie, se aferró a una pared de piedra. Casi no había luz, pero sabía que no debía desperdiciar el tiempo por aquello que pudiera ocurrir. Dentro del túnel había unos salientes por los que podía trepar. Sujetándose, escaló uno tras otro. La luz era lo suficientemente clara como para permitirle ver los salientes. Eran caras y se parecían a las que había visto en el corredor interminable. No lloraban, pero estaban trilladas. Parecían ser de alguna materia calcinosa, pues al apoyar el peso de su cuerpo se desprendían; sólo con el movimiento ascendente y constante pudo mantenerse. Oía su voz que gritaba dentro del túnel:

—¡Yo soy! ¡Yo soy! ¡Yo soy!

Constantemente podía oír otra voz junto a su oído. Esa voz continuaba hablando sin que nadie la oyera, repitiendo las mismas cosas una y otra vez.

Esa voz tenía algún nexo con la parte inferior de su cara y persistía a medida que él trepaba quebrando los salientes calcinosos.

—Los túneles y las gotas de agua son cosas sabidas. A mí no me pueden enseñar nada. Ya sé lo que son. Imágenes sexuales que provienen del subconsciente de la libido. Todo es sabido y conocido. ¿Qué se ha de esperar? Sólo son asuntos sexuales, los túneles y las gotas de agua. Son cosas sabidas. Yo ya lo sé.

10

Un relámpago de verano lamió de un lengüetazo las profundidades de la cueva, permitiéndole ver las distintas formas. Algunas eran angulosas y sólidas como las esquinas de corredores, y en medio de éstas llegaba la luz, filtrándose hasta las distancias más impenetrables. Una era la imagen de una mujer. El relámpago la creó, descubriéndola en el acto de aspirar aire; tan a punto de terminar esa aspiración estaba que pareció detenerse para enseguida exhalar. Sin pensarlo supo quién era, cuándo y dónde la había visto y el porqué de esa respiración tan acelerada que levantaba la blusa de seda con sus dos manzanas, la fruta prohibida; supo por qué tenía esos colores en sus mejillas y por qué los colores se extendían tan originalmente hacia su nariz. Se le presentaba, entonces, con su frente en alto, con su cara distante e inconquistable y sus tres manchas de color de rosa colocadas en el centro. En cuanto a los ojos, éstos disparaban una andanada de desprecio y de ultraje. Eran ojos que le confirmaban la opinión silenciosa que ella tenía de él, de su cuerpo y de su cabeza febril. Oyéndole hablar o viéndola con su cuerpo cubierto, era vulgar y poco distinguida. Pero los ojos parecían pertenecer a otra persona, pues nada tenían que ver con la irregularidad de la cara o con la voz remilgada llena de aspiraciones sociales. Allí estaba Mary, un ser que sólo era una mezcla de las diferentes influencias que había recibido desde la cuna: Mary, con guantes y con un sombrero sobre su cabeza, lista para ir a misa; Mary, comiendo con un refinamiento enervante; Mary, caminando sobre sus pequeños pies, un tesoro demoníaco de atractivo fragante, tanto más terrible por no tener conciencia de él. Estaba hecha en tal forma que todas sus acciones y palabras se podían predecir; siempre habría de elegir lo corriente antes que lo excepcional; se acercaría a lo respetable como atraída por un imán. Su modalidad concordaba con la boca fruncida, la frente alta, el pelo color ratón. Pero los ojos…, los ojos nada tenían que ver con la máscara de carne y hueso que la naturaleza había impuesto a lo que era su cara real e invisible. Esos ojos guardaban armonía con la cintura increíblemente pequeña, los senos como manzanas, la transparencia de la piel. Eran grandes y sabios, con una sabiduría que jamás afloraba a la superficie para ser formulada con palabras. Le imponían unos silencios muy explicables dada su formación…, un misterio inexistente. Pero combinados con la fragancia embriagadora, los senos pequeñitos, su virtud inexpugnable, se convertían en la sentencia de muerte de Acteón. Ocupaban, como por derecho propio, un espacio despejado, alumbrado por los destellos de relámpagos de verano. La trasformaban en locura, locura que se sentía no tanto en el bajo vientre, sino en el orgullo, provocando la necesidad de destruir y afirmarse, de hacerse valer; una mancha vergonzosa en la vida de un hombre. Le trajeron a la mente las noches de su infancia, la cama calurosa con sus sábanas arrugadas, la desesperación. Todo lo que ella hacía cobraba importancia aunque sólo fueran las cosas más triviales; el mismo ónix que llevaba puesto adquiría las cualidades de un talismán. Una hilacha de su falda de paño…, aunque ésta provenía de una tienda donde la habían colgado junto a muchas otras idénticas…, esa hilacha tenía un poder mágico, por asociación. ¿Por obra de qué casualidad, de qué ley universal estaba ella encaminándose hacia el poder y el éxito inquebrantable y atormentante, provocando la necesidad imperiosa de destruir y de conquistar? ¿Cómo era posible que ella ocupara ese sitio, por derecho propio, cuando en realidad sólo era un escalón más sobre el cual uno debía posar el pie para avanzar hacia adelante? Esas noches de cópulas imaginarias, cuando uno no pensaba ni en el amor ni en las distintas sensaciones, ni tampoco en las satisfacciones ni en los triunfos, sino más bien en torturas; en ese ritmo del cuerpo, acrecentado por las exclamaciones susurradas… ¡Toma esto, y esto y esto! Toma esto por tu boca fruncida, por tus manchas rosadas, por tus rodillas apretadas, y aunque te mate, toma esto por tu magia y tu virtud.

¿Cómo es posible que se apodere del centro de mi ser cuando en realidad lo único que siento por ella es odio?

La cara pálida con sus tres manchas. Ésta es mi última oportunidad. Yo sé lo que va a decir, y lo que diga va a nacer, inevitablemente, de la mezcla que la formó. Las palabras llegan rápidamente con un acento

afectado.

—No.

—¿Entonces por qué aceptaste venir conmigo?

—Creí que eras un caballero.

Eso era inevitable.

—Me aburres.

—Llévame a casa, por favor.

—¿Me quieres decir que en este siglo XX en realidad piensas así? ¿O será que sencillamente lo que deseas expresar es: «No, lo siento mucho, pero no»?

—Quiero ir a mi casa.

—Pero mira…

Te necesito, te necesito, te lo digo, especie de puta.

—Entonces tomaré un autobús. Ésta es mi única oportunidad.

—Espera un momento. Hablamos idiomas diferentes. Sólo trato de decirte que…, ¡ay!, ¡es tan difícil! ¿No comprendes, Mary, que haré cualquier cosa por demostrártelo?

—Lo lamento, no me interesas en ese sentido.

—¿Entonces, siempre es no?

El insulto final que envolvía triunfo, comprensión y compasión:

—Lo lamento, Chris, realmente lo lamento.

—Ya sé, vas a ser como una hermana.

Y la contestación asombrosa, echando serenamente a un lado el sarcasmo:

—Si así lo deseas.

Con violencia se puso de pie.

—Ven, vámonos de acá, por amor a Dios.

Espero como una sombra en el volante del auto: ¿Acaso no sabe nada de mi persona? Ella proviene de la posada y anda como caminando sobre una cuerda tensa, llevando con orgullo el estandarte invisible de su virginidad.

—Esa portezuela no está bien cerrada. Permíteme.

La fragancia tenue; el contacto con el paño barato, trasmutado; la mano temblante sobre la palanca de cambios; la carretera alejándose; los faroles encapotados por ser época de guerra; los incontrolables relámpagos de verano, haciendo caso omiso de los reglamentos, recorriendo con sus botas de siete leguas desde más allá de la colina hasta el sur lejano; orlas de hojas serradas como gotas pintadas; árboles rozados al pasar a los que las luces laterales daban vida, para enseguida despedirlos hacia el limbo de las oportunidades perdidas.

—¿No estás manejando demasiado rápido?

La mejilla inclinada, la boca fruncida, los ojos bajo el sombrero absurdo, remotos y casi invisibles.

—¡Por favor, conduce más despacio, Chris!

El chillar de los neumáticos, el gemir de los engranajes, el rugir, el impulso…

—Por favor…

El bamboleo oscilante, el silbido de la patinada, los paisajes deslizándose.

Poderío.

—¡Por favor, te lo ruego!

—Déjame entonces. Ahora, esta misma noche, en el automóvil.

—Por favor.

El sombrero torcido, la carretera y el túnel de árboles recorridos …

—Voy a hacer que nos matemos.

—¡Estás loco…, ay, por favor!

—Cuando el camino se bifurque voy a chocar donde se encuentra el árbol blanqueado, a chocar por tu lado y allí reventarás.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Ya sobrepasado el borde de su intención, un golpe contra el montón de piedras, un viraje a la inversa, devorando el macadam, impulsado por las oportunidades perdidas, forzándolas a través del tiempo hasta llegar al sótano.

—Me voy a desmayar.

—¿Vas a dejar que te haga el amor? ¿Que te haga el amor?

—Por favor, déjame tranquila.

Justo al llegar al borde, obligado a detenerse por dos pies que lo pisoteaban, el motor y las luces apagadas, posesionándose de una muñeca rellena, expoliándola y obligándola a despertar a la vida bajo la luz de los relámpagos, y ella, con sus rodillas apretadas defendiendo su virginidad atesorada; tironeando su falda de paño hacia abajo con una mano, rechazándolo con la otra, mientras que sólo le quedaba la voz para proteger su seno semidesnudo.

—¡Voy a gritar pidiendo socorro!

—Grita todo lo que quieras.

—Bestia inmunda…

Y después, los relámpagos que iluminaban la cara pálida que le clavaba la vista a muy corta distancia, ojos de mujer artificial, turbados por los fingimientos y evasivas, forzados a reconocer la falta de refinamiento de su cuerpo…, ojos que ahora miraban fijamente con un odio profundo e implacable.

Ahora ya no hablaba con su voz refinada. Pronunciaba las vocales con acentuado timbre campesino.

—¿No quieres comprender, puerco, que no puedes?

La última oportunidad.

—Entonces me casaré contigo.

Más relámpagos.

—Chris, deja de reír, ¿me oyes? Basta ya, dije que basta.

—Te detesto. No quiero oírte ni saber más nada de ti mientras viva.

Peter venía pedaleando detrás de él con su bicicleta. Él montaba la suya, que, aunque nueva, no era de tan buena calidad. Si Peter lo pasaba con su máquina flamante no lo podría alcanzar jamás. La rueda delantera de Peter ya llegaba a la trasera suya, en perfecta posición. Nunca habría hecho esto si no hubiera estado sobreexcitado. El camino hacía una curva hacia la derecha, donde se encontraba un montón de piedras apiladas, formando una especie de roca; un montón de piedras para remendar el camino que llevaba a la chacra de Hodson.

No vires, se dijo para sí, continúa en línea recta; continúa una fracción de segundo más de la que él espera. Déjalo que vire y que con su rueda delantera te alcance. Soy inteligente, muy inteligente. ¡Mi pierna, Chris, mi pierna! ¡Ni siquiera me animo a mirarla! ¡Ay, Dios mío!

La caja de fondos de lata barnizada, con líneas doradas. Abierta y vacía. ¿Qué puedes hacer si en su interior no había nada escrito? Mejor ven a tomar una copa conmigo algún día.

Es la mujer del productor, mi viejo. Inteligente, muy inteligente; el poderío de la inteligencia; entonces, por lo que a mí me pueda importar, tú puedes regresar a tu casa a pie; ¡ah!, soy muy inteligente; las lágrimas verdaderas quebrantan un triunfo; soy inteligente, muy muy inteligente.

Adelantándose en el escenario más y más. Yo soy un gusano más grande que tú y tú no puedes avanzar en el escenario a causa de la mesa; pero en cambio yo puedo llegar hasta la ventana.

—No, mi viejo. Lo siento, pero no eres indispensable.

—¡Pero, George, hemos trabajado juntos! Tú me conoces …

—Ya lo sé, mi viejo, por cierto.

—Estaría desperdiciado dentro de las fuerzas armadas. Tú has visto mi trabajo.

—Sí, lo he visto, mi viejo.

—Bueno, ¿y entonces?

Una mirada socarrona por debajo de las cejas. Una sonrisa reprimida. La sonrisa se extendió hasta que los dientes se reflejaron en la cubierta lustrosa del escritorio.

—He estado esperando una oportunidad como ésta. Por eso no te eché a patadas antes. Sólo deseo que te estropeen el perfil, mi viejo.

Había diez mil maneras de matar a un hombre. Se le podía envenenar y contemplar la sonrisa que se convertía en un rictus. Se le podía apretar la garganta hasta sentirla rígida.

Ella se estaba poniendo el abrigo.

—Helen…

—Querido.

El paso hacia adelante, astuto, apasionado.

—Hace tanto tiempo…

La respiración trémula y profunda.

—No seas cursi, querido.

El temor.

—Ayúdame, Helen. Necesito tu ayuda.

Los ojos de insecto en la cara pálida. Distancia. Cálculo. Muerte.

—Lo que quieras, querido, naturalmente.

—Después de todo eres la mujer de Pete.

—No seas burdo.

—Lo podrías persuadir.

Sentándose cerca de ella en el sofá:

—¿Por qué no le pides a Margot, querido, o a esa muchachita que llevaste de paseo?

El pánico. Los ojos negros en la cara blanca, sin más expresión que las de unas piedras negras y duras.

Se sintió devorado.

Nathaniel, rebosante de felicidad y con su mirada tranquila. No con una felicidad desbordante, sino más bien con un fuego lento, un brillo suave.

—Te traigo magníficas noticias, Chris.

—¿Habrás encontrado por fin el eón que buscabas?

Nat dio vuelta ese comentario en su cabeza. Lo reconoció como un chiste y lo contestó con los tonos profundos que reservaba para su humor:

—Me ha sido dado conocer uno, pero por poder.

—Dame tus nuevas, no puedo esperar más. ¿Acaso se terminó la guerra?

Nathaniel se sentó en el sillón y, encontrándolo demasiado bajo, se retrepó contra el brazo; luego, acercándose a la mesa, acomodó unos libros. Miró la calle por entre medio de las cortinas opacas colgadas contra ataques aéreos.

—Creo que por fin voy a ingresar en la marina.

—¡Tú!

Continuó mirando a través de la ventana.

—Es decir, si me aceptan. No podría volar y en el ejército no serviría de nada.

—Tonto, ¿acaso tienes que enrolarte?

—No, legalmente no.

—Yo creía que eras contrario a la guerra.

—Y así es.

—Traidor.

—En realidad no sé. Uno primero piensa una cosa, después otra, pero, finalmente, tú sabes, la responsabilidad de tomar una decisión es demasiado grande para un solo hombre. Creo que es mi deber alistarme.

—¿Ya lo has decidido?

—Mary está de acuerdo conmigo.

—¿Mary Lovell? ¿Y qué tiene que ver ella con tus asuntos?

—Ésa es la noticia que tengo que darte.

Nathaniel se volvió, sujetando en su mano un libro olvidado. Acercándose a la chimenea, miró el sillón y, recordando el libro, lo colocó sobre la mesa. Cogió una silla y se sentó en el borde.

—¿Recuerdas que anoche, después de la función, te estaba diciendo que yo tenía la convicción de que nuestras vidas retroceden hasta llegar a las raíces del tiempo, recorriendo un sendero a través de la historia?

—Yo te dije que tú probablemente fuiste Cleopatra.

Nat pensó con seriedad.

—No, creo que no. Nadie tan famoso.

—O Enrique VIII. ¿Es ésa la noticia?

—Constantemente uno tropieza con indicios. Se tienen destellos de percepción. Al conocer a alguien se tiene conciencia de que esa persona está entrelazada con nuestra historia secreta. ¿No te parece? Tú y yo, por ejemplo. ¿Recuerdas?

—Sólo sé que contabas una sarta de patrañas.

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Todavía lo hago. Pero nuestras vidas continúan entrelazadas. Después, cuando me presentaste a Mary, ¿recuerdas?, tuve esa percepción súbita, esa seguridad que me decía: «Yo te he conocido antes».

—¿De qué diablos estás hablando?

—Ella también lo experimentó. Así me lo dijo. ¡Es tan sabia! Y ahora los dos tenemos la absoluta seguridad de que así fue. Esas cosas están grabadas en las estrellas, pero acá, en este mundo, tenemos que agradecerte, Chris, por habernos acercado uno al otro.

—¿Tú y Mary Lovell?

—Naturalmente que estas cosas jamás son muy simples; las hemos meditado juntos, y también por separado.

Sentía que un encantamiento invadía la pieza.

—Me darías un enorme gusto si fueras el padrino de mi boda.

—¡Te vas a casar! Tú y…

—Ésa era la noticia dichosa.

—¡No puedes hacerlo!

Oyó el timbre angustioso de su propia voz y vio que se había puesto de pie.

Nat dejó que su vista se deslizara hasta el fuego.

—Ya sé que es muy repentino; pero lo hemos meditado. Y voy a entrar en la marina. ¡Si supieras lo buena y valiente que es ella! Y tú, Chris, yo sabía que tú aprobarías con todo tu ser esta decisión.

Permaneció inmóvil, mirando la cabeza de pelo negro enmarañado y las piernas largas; sintió que dentro de él surgía el reconocimiento desamparado de la fuerza inefable de las circunstancias y de la decisión, carcomiéndolo. La sangre le subió a la cabeza. Visiones de ella atravesaron su mente, como instantáneas; Mary en el bote, acomodando su falda; Mary dirigiéndose a la iglesia, impregnada de religión, colocando los pies y llevando su pequeño trasero con insolencia; Mary luchando, apretando sus rodillas en defensa de su virginidad atesorada, procurando bajar la falda con una mano, apartándolo con la otra y empleando la voz como único medio de proteger su seno medio desnudo…

—¡Voy a gritar!

Nat levantó la cabeza asombrado.

—No te preocupes; esta vez no estoy comportándome como un tonto.

Las instantáneas se desvanecieron.

—No sé lo que estaba diciendo, Nat. Estaría citando alguna obra de teatro.

Abriendo las manos Nat sonrió tímidamente.

—No hay que defraudar a las estrellas.

—Especialmente si éstas están de acuerdo con lo que tú deseas.

Nat reflexionó, y, sonrojándose un poco, asintió con la cabeza:

—Existe ese peligro.

—Ten cuidado, Nat, por amor a Dios.

Pero si no sabe y no comprende…, ¿de qué ha de cuidarse? ¿De permanecer cerca de mí? ¿De mantenerse de pie junto a ella en el centro iluminado de mi noche oscura?

—Cuando yo me haya marchado tú estarás acá para cuidarla, Chris.

Hay algo en las estrellas. ¿O qué será este impulso oscuro que pone a mis palabras en discordia con mi corazón?

—Sólo ten cuidado de mí.

—¡Chris!

Porque te quiero, idiota, y te odio. Y en este instante te odio.

—Está bien, Nat, olvídalo.

—A ti te pasa algo.

Reprimió un impulso.

—Yo también voy a ingresar en la marina.

—Pero ¿y el teatro?

Un impulso enterrado bajo el peso del cálculo y del odio.

—Uno también tiene sentimientos nobles.

Y Nat, poniéndose de pie, radiante:

—Mi amigo querido, puede que podamos estar en el mismo navío.

La presciencia de un camino elegido funestamente.

—Estoy seguro de que sí. Nos lo señalan nuestras estrellas.

Nat asintió:

—Los elementos nos unen. Somos hombres hechos para el agua.

—Agua, agua.

La ropa lo envolvía como un bulto mojado. Se arrastró hacia el sol. Allí tendido tuvo la sensación de estar esparcido como las algas. Levantó las manos y tironeó de los cierres de su chaquetón, mientras las instantáneas giraban revoloteando como un mazo de barajas. Vistiendo sólo el pantalón y el chaleco, trepó sobre la roca hasta llegar al pozo de agua. Subió por la Calle Principal y se tendió junto al Pigmeo.

—Si es que no estoy delirando, lo que veo es vapor desprendiéndose de mi ropa. Traspiración.

Acomodó su espalda contra el Pigmeo.

—Tengo que usar mi inteligencia.

Sus piernas extendidas hacia adelante estaban cubiertas de manchas blancas, y, al levantar el chaleco, pudo ver más de éstas en su estómago.

—Tengo que mantenerme vivo.

Un pensamiento feroz brotó de su mente.

—Voy a sobrevivir aunque me vea forzado a comer todo lo que hay sobre esta maldita roca.

Miró sus piernas.

—¡Estas manchas malditas!; yo sé cómo se las llama. Urticaria. Intoxicación.

Permaneció muy tranquilo. El vapor se elevaba oscilante. Las manchas eran bien definidas y de una blancura mortecina. Eran tan abultadas que aún con sus dedos hinchados podía sentirles el contorno.

—Dije que me enfermaría y ahora estoy enfermo.

Miró el horizonte vagamente; pero éste no le brindó nada. Volvió a examinar sus piernas y pensó que, a pesar de los bultos, estaban flaquísimas. Debajo del chaleco podía sentir un hilo de líquido que manaba de mancha en mancha.

Y dentro de su cabeza sintió la presión del cielo y del aire.

11

Detrás de sus ojos un pensamiento se esbozó, como una escultura. Durante un rato, que le pareció eterno, lo estudió con detención; entretanto las gotas de sudor le corrían de mancha en mancha, a lo largo de su cuerpo. Pero aunque sabía que ese pensamiento era su enemigo, y a pesar de reconocerlo como algo real, no permitió que lo invadiera como un hecho ya consumado.

Si es que el centro de su ser denotaba alguna actividad, ahora sólo la desplegaba meditando sobre su identidad, mientras el pensamiento permanecía latente e ignorado, al igual que algún monumento perdido en un parque.

Christopher y Hadley y Martin eran fragmentos disgregados, y su ser ardía con un resentimiento sordo porque se habían dispersado en lugar de estar sellados en el centro de su existencia. La ventana que era su vista estaba totalmente ocupada por una forma coloreada, y él, al experimentar esa visión tan curiosa, no pensó que pudiera provenir del exterior. La forma era lo único visible dentro de un cuarto oscuro; parecía un cuadro iluminado colgando de una pared, y debajo de esa imagen su cuerpo sólo sentía la sensación producida por el sudor que le brotaba y por la superficie dura que lo fastidiaba. Pero en su fuero interno sabía que su ser existía, aunque Christopher y Hadley y Martin sólo fueran fragmentos lejanos.

Una cortina de pelo y de piel cayó sobre sus ojos, nublándole la imagen que descendía de la pared y dejando solamente aquel pensamiento para que lo pudiera examinar; al estudiarlo reconoció lo que significaba. Un profundo terror lo invadió, impulsándolo a mover su cuerpo. Los nervios vibraron, los músculos se endurecieron y el pensamiento transformado en palabras escapó de su boca:

—Jamás mientras viva podré abandonar esta roca.

El terror logró algo más aún. Puso en movimiento las articulaciones de sus huesos, obligándolo a ponerse de pie y a llegar tambaleante hasta el Pigmeo; sujetándose a la cabeza de piedra y haciéndola balancear lentamente, vio que el sol, suspendido en el cielo, parecía columpiarse sobre la cara plateada.

—¡Ayúdame a salir de esta roca!

Y el Pigmeo, con su cabeza plateada, asintió suavemente y con bondad.

Se agazapó junto a la zanja blanquecina y la forma coloreada de nuevo volvió ante su vista.

Christopher y Hadley y Martin reaparecieron. Obligándose a mirar la roca, el cielo y el mar, se dijo:

—Ten conciencia de tus enemigos.

Su cuerpo se había enfermado al haber estado expuesto tanto tiempo a la intemperie. La intoxicación trasformaba su mundo en un paraje insano. Sentía la soledad, y la esperanza se desvanecía. Y también estaba aquel pensamiento, junto a otros pensamientos, no articulados y no confesos.

—Enfréntalos. No te opongas a ellos.

Su única fuente de agua, suspendida por un hilo, apenas si estaba atrapada; su alimento disminuiría con cada hora que pasaba; la presión, la indescriptible presión pesaba sobre su cuerpo y su mente; aumentaba la lucha contra las imágenes con la esperanza de poder lograr el sueño.

También había.

—Había y hay.

Se agachó sobre la roca.

—Míralo de frente. En todo esto hay algo que surge; pero la vaga intuición que tengo hace vacilar mi razón.

La parte inferior de su cara se movió, dejando sus dientes al descubierto.

—Armas, defensas. Yo poseo cosas que puedo utilizar.

Inteligencia. Voluntad; voluntad firme como un monolito. El deseo de sobrevivir.

Inteligencia, que es la llave de todo, capaz de imponerse, de crear. La conciencia dentro de un mundo dormido. Ser invulnerable, seguro de su propia suficiencia.

Comenzó a hablar al aire opaco, al papel secante:

—La cordura es la habilidad de valorar la realidad. ¿Cuál es mi posición real? Me encuentro solo en una roca en medio del Atlántico. Extensiones inconmensurables de agua se agitan, rodeándome; pero la roca es sólida. Penetra hasta el fondo del mar, y ese fondo subterráneo se encadena con muchas tierras que yo he conocido; con las costas y las ciudades. Debo recordar que la roca es sólida e inamovible. Si la roca llegara a desplazarse significaría que estoy loco.

Una lagartija voladora aleteó sobre su cabeza, desapareciendo enseguida.

—Debo aferrarme; primero a la vida y luego a la cordura. Debo tomar medidas.

Dejó caer sus párpados sobre los ojos.

—Estoy envenenado. Estoy esclavizado por un tubo enroscado. Los terrores del infierno sólo pueden terminar en una oclusión. ¿Por qué pensar en el bien o el mal, cuando la serpiente yace enrollada dentro de mi propio cuerpo?

Deliberadamente imaginó sus intestinos; el lento movimiento peristáltico, trasformando la comida blanda en un taco de veneno.

—Yo soy Atlas. Soy Prometeo.

Sintió que descollaba gigantesco sobre la roca. Cerró con fuerza la mandíbula, trasmutándose en un héroe para el cual lo imposible se convertía en proeza realizada. De rodillas se arrastró por la roca. Encontró el salvavidas y con el cortaplumas aserruchó la válvula de metal. Arrastrándose hasta el León Rojo, oyó una música de fondo; trozos de Chaikovsky, Wagner y Holst. En realidad no tenía necesidad de arrastrarse, pero esa música de fondo sobrepasaba el heroísmo de un avance lento y triunfante que vencía todas las dificultades. Las conchas de los moluscos crujían debajo de sus huesos. La música aumentó su volumen.

Llegó hasta el charco que contenía un pececito y tres anémonas pundonorosas. El pequeño pez todavía permanecía en el agua, pero en un sitio distinto. Hundió el salvavidas bajo la superficie y el pez se agitó desesperadamente. Plegó la goma y después soltó la boca del tubo donde había estado la válvula. Al comienzo sólo penetraron pequeños chorritos de agua, mezclándose con burbujas que luchaban por subir a la superficie. El salvavidas se llenó de líquido; lo levantó, sopesándolo. Todavía oía el agua remeciéndose dentro de la goma. Volvió a sumergirlo.

Junto con los instrumentos de cuerda se oyeron los de viento y los bronces. Pronto llegaría el acorde sostenido que la orquesta íntegra mantendría en espera de la *cadenza*.

El minúsculo pez, engañado por el descenso de la marea, yacía al sol, sobre la roca húmeda, procurando escapar a la tensión de la superficie. Las anémonas habían apretado sus bocas más aún. El salvavidas estaba casi lleno.

Se apoyó contra la roca, con las piernas bien abiertas. La música aumentó su volumen y el mar y el sol brillaron juguetones. Gruñendo y gimiendo, insertó el tubo de goma en su trasero. Doblando en dos el salvavidas, se sentó sobre él, mientras que con sus manos lo exprimía. Sintió el pequeño chorro de agua salada que penetraba sus intestinos. Continuó presionando la goma hasta que casi la acható. Se quitó el tubo, y con cuidado alcanzó el borde de la roca, mientras la orquesta, atronando lentamente, cesó de tocar. Y llegó la *cadenza*. Llegó al mar con una ejecución explosiva de técnica triunfante y total. Fue como el estallar de una represa, que arrasa todo obstáculo. Espasmo tras espasmo, los acordes masivos, los arpegios burbujeantes y las *cadenzas* le quitaron todas sus fuerzas, dejándolo vacío sobre la roca donde la orquesta se había esfumado.

Volviendo la cara a la roca, gruñó a su antagonista:

—¿Te das por vencida? Pues yo no.

El cielo, como una mano, se posó sobre él. Incorporándose, se arrodilló entre las conchas de los mejillones.

—Ahora que no seré más el esclavo de mi cuerpo voy a recobrar la cordura.

Mirando el pececito muerto lo empujo con un dedo, acercándolo a la boca de una anémona. Se abrieron los pétalos, procurando atraparlo.

—Veneno. Las anémonas me envenenaron. Quizá, después de todo, los mejillones sean saludables.

Se sentía más fuerte y no tan heroico como para necesitar arrastrarse. Lentamente volvió al Mirador.

—Todo se puede prever. Sabía que no habría de ahogarme, y así ha sido. Encontré la roca. Sabía que en ella podría subsistir, y así fue. Sabía que habría de sufrir, y he sufrido. Pero estoy triunfando. A pesar del papel secante y de la presión deprimente, hay un sentido que me anuncia la renovación de la vida.

Sentado junto al Pigmeo, recogió las rodillas.

Miró hacia afuera, y, renaciendo a la vida, exclamó:

—Creo que tengo hambre.

¿Y por qué no, puesto que la vida comienza de nuevo?

—Lo que deseo es comida servida en un plato caliente. Comida suculenta, ingerida cómodamente. Ver comida en los almacenes, en las carnicerías. Comida que no nade libremente en el mar, ni que al menor contacto se cierre como un puño para desaparecer entre grietas. Comida fresca y amontonada, expuesta sobre un mostrador.

Examinó el mar con detención. La marea, siguiendo su curso y alejándose de las Tres Rocas, dejaba estelas satinadas.

—Ilusión óptica.

Naturalmente que la roca está fija en el mar.

Si da la impresión de moverse lentamente con la corriente, es sólo porque la visual no tiene punto alguno de referencia. Más allá del horizonte hay una costa y esa costa permanece siempre a una misma distancia, mientras que el océano con su ir y venir se mueve constantemente. Sonrió con aire preocupado.

—Esa ilusión óptica podría haber confundido a mucha gente.

Se asemeja a ese ferrocarril que parece andar retrocediendo cuando el que está a su lado, lanzando al viento su vapor, parte hacia adelante.

—Naturalmente que la roca está inmóvil y que el agua se mueve. Voy a pensar cómo suceden estos fenómenos. La marea es una ola inmensa que recorre el mundo…, o más bien el mundo gira dentro de esa marea, de modo que la roca y yo somos…

Rápidamente miró hacia abajo y vio la roca entre sus pies.

—De manera que la roca es estable.

Comida; comida que no nade, amontonada sobre una plancha de mármol. Toda la cosecha del océano junto a una langosta que no se cierra como un puño, desapareciendo entre las grietas.

Se puso de pie. Miraba con ferocidad donde las algas sumergidas crecían junto a las Tres Rocas. Exclamó con fuerza:

—¿Alguien ha visto una langosta semejante nadando en el mar? ¿Una langosta roja?

Algo cedió bajo sus pies. Un instante sintió que caía; después vino un intervalo de oscuridad en el cual no hubo nada.

Algo subió a la superficie. Ese algo no tenía certeza de su identidad; había olvidado su nombre. Luchó por juntar sus miembros diseminados, pues así sabría qué era. Se oían sonidos rítmicos. Sólo los miembros estremecidos formaron un todo, y allí estaba él, tendido sobre la roca; un sonido ronco se escapaba de su boca. Experimentaba una profunda sensación de malestar. Había una distancia enorme entre el «ahora» y el instante de terror vivido. Esa distancia le permitía olvidar lo que había causado el terror; y la oscuridad de esa distancia era más profunda que el sueño. Era más profunda que cualquier oscuridad viviente porque el tiempo parecía haberse detenido o haber llegado a su fin. Era un vacío como el de la no existencia y ahora el esfuerzo de ser se había convertido en algo tan extenuante que sólo le permitía yacer de lado, viviendo.

Después pensó:

«Entonces yo estaba muerto. Eso es la muerte. Me he muerto de miedo. Y ahora los pedazos de mi cuerpo se han unido y tengo vida».

Lo que veía ahora era diferente. Las Tres Rocas estaban más cerca y sentía filos cortantes…, conchas de mejillones, pensó, y se cortó la mejilla.

—¿Quién me trajo acá?

Junto con las palabras sintió un pequeño dolor que recorrió con la lengua. El labio estaba hinchado y le hacía daño y también sentía la boca salada. Pudo ver un par de pantalones botados cerca de él y unas marcas curiosas sobre la roca. Las marcas eran blancas y paralelas. Tenían rastros de sangre y de espuma.

Le prestó atención al resto de su cuerpo. Identificó un objeto duro como una barra de hierro. Era su brazo derecho, forzado hacia atrás. Sintió dolor en las coyunturas. Moviéndose, lo dejó en libertad y observó la mano.

Ahora vio que no llevaba puestos los pantalones, pues allí estaban junto a su mano. Estaban hechos tiras y cubiertos de sangre.

—He estado comprometido en una pelea. —Meditó.

—Hay alguien en esta roca. Se ha acercado cautelosamente y me ha dado un golpe.

La cara se contorsionó.

—No seas idiota. Estás solo y has sufrido un ataque.

Buscó su mano izquierda, y, al moverla, gimió de dolor. Los dedos estaban mordidos.

—¿Cuánto tiempo he estado así? ¿Será hoy o ayer?

Se levantó sobre pies y manos.

—Justo en el momento cuando comenzaba a volver a ser yo, un yo victorioso, algo se apoderó de mí. Fue el terror. Un terror nacido de las circunstancias.

Un intervalo entre ser y no ser.

Ese intervalo es diferente a todo. Se parece al final de los ensayos de luces en el teatro, cuando las cortan. Donde antes había un escenario sólido y reluciente sólo quedan formas grises bajo la luz piloto. Es como en el ajedrez. Uno posee un ataque brillante, pero ha descuidado un jaque; el juego se convierte en una batalla y uno se siente perdido. Pero existen la roca y el mar luminoso, el heroísmo y, aunque desvanecida, la esperanza. Después, en el instante de la realización, la percepción y el terror cayendo como una mano que aplasta.

—Recordé algo. Mejor sería no pensar en ello nuevamente. Tengo que acordarme de no recordar. ¿Se trataría de la locura?

Peor que la locura; la cordura.

Levantándose sobre pies y manos recorrió trabajosamente la roca en busca de los rastros de su ataque; la ropa desparramada y las marcas sobre la roca lo condujeron nuevamente a su punto de partida. Se detuvo junto al Pigmeo y miró la piedra rasguñada, pero rasguñada ahora en otro sentido, con el raspar de dientes.

—Eso era de esperar. Hay que esperar de todo. El mundo sigue su curso. No debo olvidado.

Pensativamente observó las estelas que la roca dejaba en el mar.

—No debo mirar el mar, ¿o será mejor que lo haga? ¿Qué es mejor, estar loco o cuerdo? No, es preferible ser cuerdo. No he visto lo que me pareció ver. Recordé equivocadamente.

Pensó en algo importante. De inmediato se puso a explorar la roca, no en forma accidental, sino pulgada por pulgada. Sólo después de una eternidad de búsqueda entre las hendijas, los promontorios, las asperezas, recordó que era una tontera tratar de hallar un pedazo de madera, para tocarla, con la esperanza de que le trajera buena suerte. Porque no había madera.

Sus pantalones todavía arrastraban de sus manos; pensó que se los podría poner. Cuando hubo hecho esto su cabeza se despejó de toda bruma y sólo le quedó el dolor. Llevó la mano hacia arriba y sintió que debajo del pelo tenía un bulto y que estaba pegado con sangre. Examinó las piernas. Las manchas blancas ya no tenían importancia y habían disminuido de tamaño. Recordando una costumbre, fue hasta el pozo de agua. Una vez adentro pudo ver una luz brillante en la extremidad opuesta; algún dejo de racionalidad, profundamente imbuido, lo obligó a retroceder hasta el Mirador; supo lo que presagiaban esa luz y el ruido que la sucedía.

Todavía brillaba el sol, pero se había producido un cambio en el horizonte. Arrodillándose para observar esa variación, nuevamente vio que un haz de luz vertical dividía el cielo. Esa luz dejaba una estrella enceguecedora en cada ojo, provocando que lo que se viera pareciera fraccionado. Miró la estela verde que dejaba la luz y vio que la oscuridad delineaba una raya definida sobre la superficie del mar y que ésta se acercaba. Inmediatamente volvió a estar dentro de sí, y, reconociendo donde estaba, dijo:

—Lluvia.

Por supuesto.

—Yo dije que iba a llover.

Que se haga la lluvia y la lluvia se hizo. Apurándose por la Calle Principal, cogió su gorra de lluvia y la acomodó en el fondo del Claudiano. Se quitó la ropa que llevaba puesta y la puso adentro de su cueva. Tenía conciencia de estar rodeado de luces brillantes y de fuertes sonidos. Colocó el capote en una zanja y se introdujo en una hoya. Más tarde se acercó hasta el Mirador y allí oyó el silbido de la lluvia que caía como una cortina sobre la Roca de Seguridad. Al golpear ésta contra el Pigmeo y contra la superficie del Mirador, rebotaba, azotándole la cara. En un segundo su cuerpo brilló, destilando agua.

Al sentir un estampido despiadado, que provenía de la cortina de lluvia, bajó tropezando hasta su refugio, en donde se enterró de cabeza, mientras en lo alto los truenos resonaban ensordecedores. Aun en lo más profundo de su cueva pudo ver la luz lívida y oír el estruendo que hería sus oídos; después, al cesar todos los ruidos, sólo se oyó una nota alta y sostenida; ésta estaba tan adentrada en su cabeza que reemplazaba los estallidos. Sentía que le apaleaban los pies. Su boca pronunciaba palabras, pero al no poderlas oír no sabía lo que significaban. El agua corría dentro de la cueva, debajo de su cara, chorreando de la roca, brotando entre sus órganos, siempre agua y agua. Forzó su cuerpo hacia atrás, retrocediendo del interior de la cueva, y, al salir, lo arrolló una catarata. Trastabillando llegó hasta la zanja donde se encontraba la gorra ya llena de agua que se desparramaba. Un chorro se desprendía de la extremidad del

Claudiano. Recogió la gorra y vació el líquido en su boca. Nuevamente la colocó en su sitio y volvió a su capote. Ya tenía un baño listo, pero el agua lo lavaba como una ducha. Otra vez fue hasta la gorra, vio cómo se llenaba y la llevó al pozo de agua. Podía oír cómo ésta se infiltraba entre las ranuras, debajo de la roca, escurriéndose dentro de fisuras insospechadas, cayendo en el hoyo con un tintineo sonoro. Ya se veía más angosta la franja de arcilla roja.

—Yo dije que tenía que llover y ha llovido.

Tiritando, aguardó dentro de la cueva desapacible; aguardó la satisfacción que debería experimentar ante su pronóstico realizado, pero esa satisfacción no llegó.

Agazapado, mirando su sombra, con el ceño fruncido, y sin oír el ruido del agua, pensó: «¿Qué pieza del juego se me habrá extraviado? Sufrí un ataque, y me estaba reponiendo, cuando de repente…».

Y de improviso un vacío, un vacío oscuro, separando aquellos momentos brillantes de éstos. Al otro lado del vacío algo había sucedido; algo que no debía recordar; pero ¿cómo controlar ese recuerdo si el olvido era deliberado? Tenía relación con algo que emergía.

—Algo hostil.

Reflexionó sobre las palabras que su boca había pronunciado. Parecían ser inofensivas, siempre que de ellas no se desprendiera conclusión alguna. Con el fin de evitar esa posibilidad, doblegó el proceso de su pensamiento, forzando su boca a decir lo que él ordenaba:

—¿Cómo puede ser hostil una roca?

Con rapidez se arrastró hacia afuera, donde la lluvia ya caía más suavemente. Al alejarse la tormenta, el movimiento del mar se había apaciguado. Las nubes velaron el colorido, dejando un océano gris, una llovizna y un aire que, al moverse, rozaba la roca con un soplo apenas perceptible.

—Ésa ha de haber sido una tormenta secundaria, precursora de un ciclón. En el hemisferio norte los ciclones avanzan en sentido opuesto a las agujas de un reloj. El viento viene del sur, por lo tanto debo de estar situado al margen de un ciclón que se dirige hacia el este. Mi problema ahora va a ser cómo habérmelas con demasiada agua, no con la falta de ésta.

Apenas si prestaba atención a las palabras que se escapaban de su boca; parecía que ésta continuaba disertando para sí sola; pero su mundo interior se agitaba y estremecía ante el aflorar de visiones aisladas, y, al ver que no era posible ignorarlas, procuraba borrarlas de su mente.

—La demencia es un problema tan complejo que ha sido imposible darle una definición adecuada.

Alejada de su centro, la boca continuaba parloteando.

—Por ejemplo, ¿dónde se puede demarcar la línea que divide al hombre a quien consideramos excitable o taciturno y al sicópata maníaco depresivo?

Con sus sentidos alertas al retorno de las tormentas y terrores, en su interior meditaba lo difícil que era distinguir entre el sueño y el estar despierto, cuando lo único que experimentaba era una serie de visiones.

—¿Sueños repetidos, o quizás neurosis? ¿Pero acaso el niño normal, en su cuna, no atraviesa todos los síntomas del neurótico?

Si uno retrocediera paso a paso, haciendo caso omiso del vacío en la oscuridad y del terror a flor de labios…, distanciándose de la roca, pasando por la marina, el teatro, las letras, la universidad, el colegio, llegando a la cama abrigada y bajo los techos silenciosos y el descenso al sótano, el camino lo conduciría nuevamente de ese sótano a esta roca.

—La solución está en la inteligencia. Es ésta la que nos distingue de los animales indefensos, atrapados por sus moldes de comportamiento, tanto mentales como físicos.

Pero su ser examinaba un pensamiento como si hubiera sido un monumento que reemplazara aquel otro en el parque sombrío.

El guano es insoluble.

Y si el guano era insoluble, entonces el agua en las zanjas superiores no debería ser de una humedad viscosa, cuyo contacto con su ojo le provocaba el dolor de una lanza ardiente.

Con su lengua recorrió la barrera de sus dientes, hasta llegar a un vacío. Juntando las manos contuvo la respiración. Su lengua comenzaba a recordar. Hurgaba en el vacío entre los dientes, evocando aquel dolor producido por la forma desaparecida. Y palpando mentalmente los cantos ásperos del acantilado, recorrió el declive, zanja tras dolorosa zanja, hasta llegar a la superficie lisa del León Rojo, justo encima de lo que se le antojaba una encía…, y entonces comprendió lo que era tan obsesionantemente familiar y doloroso de una roca aislada y carcomida en el medio del mar.

12

Ahora ya no le quedaba otra cosa que hacer más que proteger su normalidad. El centro de su ser gobernaba el cuerpo como si lo tuviera conectado por cordeles. Obligó a ese cuerpo a descender del Mirador hasta llegar a su refugio. Encontró la ropa húmeda y se la puso. Una vez vestido, con las prendas y las medias de mar estiradas y sobresaliendo de sus miembros, el cuerpo cobraba un aspecto desgarbado, como el de un buceador. Se dirigió hasta el Acantilado de los Alimentos y, recogiendo mejillones, a la fuerza los puso dentro de su boca. No permitió que su mirada se perdiera en la distancia y miró hacia abajo, donde el agua retozaba junto a la roca. El mar estaba encrespado. Las pequeñas olas llevaban sobre sus lomos otras olas más pequeñas aún, oscureciendo la profundidad del océano y trasformando el agua en un elemento insondable y helado. Mientras masticaba, sus dos manos, que se le antojaban langostas, descansaban sobre la roca. Continuó comiendo bajo la lluvia hiriente, sintiendo el agitar del viento y viendo el rizar del agua sobre la superficie. Con una de sus langostas cogió bocados de comida y los acercó a la cara. Las langostas estaban cubiertas de una armadura que las protegía de la enorme presión del cielo.

Entre bocado y bocado su voz temblaba, virando de la razón y la verdad hacia senderos opuestos.

—Yo no tengo armadura alguna; de ahí que me sienta estrujado hasta quedar descarnado. Mi perfil se ha echado a perder. Mi boca sobresale desmesuradamente y tengo dos narices.

Pero el centro de su ser pensaba en otras cosas.

—Debo tener cuidado al darme vuelta y al enfrentar el viento. No quiero volver a morir.

Mientras tanto, el tener muchos mejillones a mano le brindaba la oportunidad de obligar a su boca a actuar, y en esa forma borraba toda otra posibilidad de acción.

—Siempre fui dos cosas. Cuerpo y mente. Nada ha variado, sólo que no me había apercibido de ello hasta ahora.

El centro de su ser meditó sobre lo que debía hacer. El mundo se podía componer con remaches bien clavados. La carne se podía restablecer. La voluntad podía resistir.

Ya no había más mejillones al alcance de su mano. Obligó a la langosta a hacer gestos como si estuviera comiendo, pero la sensación dentro de la boca no fue la misma.

—Tengo que hacerlo.

Dándose vuelta se sostuvo con pies y manos. Conteniendo la respiración miró hacia arriba y vio a la vieja del sótano elevándose sobre el horizonte.

—Ella es el Pigmeo. Yo la investí de una cabeza plateada.

El roce de la lluvia y el viento golpearon su cara. La vieja saludó con su cara de plata opaca.

—Es una suerte el haberle puesto una máscara de plata sobre la otra cara. Ella es el Pigmeo.

Dificultosamente volvió al Mirador y, arrastrando su cuerpo, llegó hasta el Pigmeo, donde se arrodilló, y éste, inclinándose sobre él, continuó moviendo su cabeza de plata.

Algo había variado en la zanja de la cima. Retrocediendo atemorizado, observó cautelosamente. La materia blanquecina que cubría el fondo estaba quebrada y esparcida; una lonja de roca escamada se había desprendido del costado de la zanja, cayendo adentro. Se arrimó para examinar la lonja. De un lado estaba desgastada y parecía muy antigua, pero por los otros tres lados era blanca, como si recién la hubieran tronchado. La lonja tenía más o menos una yarda de largo y seis pulgadas de espesor. Parecía un libro imponente con extraños grabados en su tapa blanca. Durante un rato sus ojos observaron con placer esos grabados que formaban dibujos que no alcanzaban a ser palabras; de haber visto palabras grabadas habría muerto de inmediato. Su vista recorrió una y otra vez las ranuras, así como con su boca había comido una y otra vez los mejillones. Al costado del libro estaba la depresión de donde se había desprendido.

También esa depresión parecía estar grabada con un dibujo que semejaba un árbol invertido, creciendo hacia abajo, con sus hojas curtidas por el viento y la lluvia. El tronco lo formaba un surco perpendicular,

con bordes escamados. Más abajo se abría en tres ramas, y éstas, a su vez, se ramificaban en múltiples vástagos. Tanto el tronco como las ramas y los brotes eran de una negrura intensa. Rodeando los vástagos afloraban unos matices grises y plateados. Mientras observaba, cayeron unas gotas, velando los tintes y posándose sobre las ramas como frutos insípidos.

Su boca se estremeció.

—¡Relámpagos!

Pero el centro oscuro de su ser estaba contraído, y era sabedor; sabedor de algo tan tremendo que obligaba a la boca a articular, deliberadamente:

—Relámpagos negros.

Aún le quedaba un papel que desempeñar…, el del enajenado, el pobre Tom, protegido por su locura de lo que realmente significaba el relámpago negro. Se aferró a la vieja con su cabeza de plata bamboleante.

—¡Ayúdame, querida! ¡Necesito tu ayuda!

La boca siguió hablando:

—Si le permites que continúe haciendo eso, querida, va a destrozar la roca entera y nosotros nos vamos a quedar nadando.

¿Nadando en qué?

La boca se tornó frenética.

—Había una roca cerca del Escarpado Panorámico, querida, y se movió; el agua la movió. Sólo a ti te lo pediría, porque la roca es fija y si él la deja como está durará toda una eternidad. Después de todo, querida, tú eres su mujer.

Bajando de la cama y poniendo los pies descalzos sobre la alfombra. Deslizándome a través del cuarto oscuro, no porque deseara hacerla sino porque me sentía impelido. Cruzando la puerta. El descanso de la escalera, inmenso; el reloj de pie. Ninguna seguridad detrás de mí. Bajando la escalera. Un paso abajo. Un paso abajo. El *hall* se había agrandado. La oscuridad acechaba desde todos los rincones. Apenas si puedo alcanzar la baranda con mi mano. Ya no la uso para deslizarme sobre ella. Ahora las barandas son distintas, todo ha cambiado. Emerge una forma y me veo forzado a bajar al encuentro de aquello a lo que di la espalda anteriormente. Tictac; las sombras me oprimen, rozando la puerta de la cocina. Abajo un paso, abajo. Los extremos de los cajones enterrados en la pared. Bajo el camposanto, cruzando la portada de la muerte para enfrentarme con el Hacedor. Abajo un paso, abajo. Montículos de tierra negra apilados y con olor a humedad, y virutillas de los cajones.

—Cuando un hombre ve una langosta roja nadando en el mar debe estar loco. El guano es insoluble. Sólo un enajenado vería en las gaviotas lagartijas voladoras; y las relacionaría unas con otras por haber leído sobre ellas en un libro de cuentos y le volverían a la memoria, aunque hubiera trascurrido mucho tiempo. ¿No es así, querida? ¡Dime que si! ¡Dime que sí!

La cara de plata asintió suavemente, mientras la lluvia le caía encima.

Leña menuda hecha de cajones; polvo de carbón, negro como relámpago negro. Un trozo de madera con un hacha al costado; no para cortar leña sino para ejecuciones.

—Las focas no son hostiles; un loco no podría dormir tranquilo. Sentiría que la roca es demasiado dura, demasiado real; si tuviera demasiada imaginación la superpondría a la realidad. Sería capaz de ver los grabados como una fisión en la naturaleza de las cosas…, ¿no es así?

Y después, encadenados los pies dentro de una oscuridad total, procuraría liberarse, y sólo se vería más amarrado aún, no encontrando sino debilidad allí donde hubiera necesitado todas sus fuerzas, porque ya no le restaba más que gritar y escapar.

La oscuridad en un rincón doblemente oscuro, cuerpos cerniéndosele encima, pies amarrados, y cerca, lo desconocido amenazante dentro de una oscuridad reveladora de todos los terrores del corazón y del alma. Un molde repetido desde los comienzos del tiempo. El acecho de lo misterioso; el centro oscuro del ser dando la espalda a aquello que lo creó y luchando por librarse.

—¿Acaso no sería así? ¡Dime que si, querida!

Cerca de su brazo izquierdo oyó un ruido y vio el agua esparciéndose sobre el Mirador. Obligó a su cara a que enfrentara el viento y sintió que éste le hundía las mejillas. El agua que caía sobre el Pigmeo ya no era lluvia sino espuma del mar. Se acercó al borde del Mirador, y observando hacia abajo, vio que el mar que rodeaba la Roca de Seguridad era blanco. Oyó un estampido sordo, seguido de inmediato por un abanico de espuma.

—Este estado atmosférico ya ha sido estudiado, pero a un nivel inferior.

Vio que las lapas todavía se aferraban a la roca.

El mar cobraba un ritmo creciente. La Roca de Seguridad interrumpía el curso de las olas, impulsándolas hacia la grieta, debajo del embudo. Nueve veces de diez las olas chocaban con aquellas que refluían, formando una línea de espuma que parecía un fusible encendiéndose, encendiéndose rápido sobre los mares; pero la décima vez la ola no encontraría obstáculo alguno y, al penetrar la grieta velozmente, chocaría contra el ángulo, elevándose como un plumaje; el viento cogería un puñado de ese plumaje volador y, lanzándolo contra el Pigmeo, lo echaría a rodar por la Calle Principal hasta que se desvaneciera.

El mirar las olas lo absorbía tanto como el comer mejillones. El mar era un punto de atracción; el mirar se podía prolongar más aún que el comer. Olvidando la boca, concentró todo su pensamiento.

—Por supuesto que transcurrido un tiempo tenía que venir una tormenta. Era de esperarse. ¿Quién habrá inventado toda esa agua tan complicada que obedece hasta en su última gota a las leyes de la naturaleza? Es natural que una mente humana se turbe y que el universo se convierta en una confusión; pero más allá de la confusión todavía existirá la realidad, y una pobre creatura enloquecida continuará aferrándose con toda su alma a una roca en el medio del mar.

No hay punto de cordura dentro de la locura. No existe ese «yo» sentado sobre una roca retardando el momento que ha de llegar; esperando la última repetición de un molde ya establecido, y después, el relámpago negro.

El centro de su ser lanzó un grito:

—¡Estoy tan solo! ¡Jesús! ¡Estoy tan solo!

Experimentó una sensación familiar; una pesantez rodeándole el corazón; una reserva que en cualquier momento podría rebasar inundándole los ojos ya tanto tiempo olvidados del llanto. Una negrura como las noches de invierno, cuando el ser obligaba al cuerpo a caminar…, un cuerpo joven. Las ventanas de sus ojos se distraían contemplando una hilera de luces encendidas suspendidas sobre postes de alumbrado. Y de su ser se escapó el grito: «¡Estoy tan solo; tan solo!». Las reservas de lágrimas desbordaron, arrasándole los ojos y nublando la hilera de luces. Sintió un sollozo en su garganta y su mirada desesperada se aferró primero a una luz y después a otra y otra; hubiera hecho cualquier cosa por distraer su atención de su oscuridad interior.

Es por todo lo que he hecho que ahora soy un extraño y me encuentro solo.

Su ser se vio forzado a soportar una marcha a través de un callejón, cruzando una calle y un cuadrángulo para terminar subiendo una escalera de madera gastada. Se sentó junto a un fuego y oyó el tañer de todas las campanas de Oxford que doblaban por esas lágrimas que rebasaban de sus ojos, mientras el mar rugía dentro de la pieza.

Con un gesto borró de su cara esa demostración de falta de hombría, pero el agua ingobernable corría deslizándose por sus mejillas.

—¡Estoy tan solo, tan sumamente solo!

Lentamente las lágrimas cesaron de correr. El tiempo se hizo eterno, como sólo se puede hacer eterno el paso del tiempo en una roca en el medio del mar.

Formuló un pensamiento:

—Ahora ya no hay más esperanza. No hay nada. Si tan sólo me hablaran, o me miraran…, si pudiera formar parte de algo…

Indiferentemente el tiempo se extendió.

Dos pisos más abajo oyó pasos en la escalera. Desesperanzado escuchó para ver en qué cuarto se detendrían; pero siguieron subiendo, oyéndoseles cada vez con más fuerza, casi tan fuertes como los latidos de su propio corazón, de modo que cuando se detuvieron, del lado de afuera de su puerta; él ya estaba de pie con sus manos contra su pecho. La puerta se entreabrió y en ella apareció una cabeza con rizos negros.

—¡Nathaniel!

Nathaniel se inclinó, saludando, y entró radiante.

—Pensé que te encontraría. He regresado por el fin de semana.

Y después, como una ocurrencia tardía, preguntó:

—¿Puedo entrar?

—¡Pero, hombre, claro que sí!

Nathaniel, envuelto en su gran sobretodo, miraba solemnemente, como si el problema principal radicara en dónde ubicarlo.

—Dámelo, yo lo colocaré. ¡Siéntate, hombre! Nathaniel sonriendo:

—¡Qué bueno es volverte a ver, Christopher!

—¿Te puedes quedar un rato? ¿No tienes que salir disparado?

—He venido a darles una conferencia…

—¿Pero no será esta noche?

—No, esta noche me puedo quedar.

—Vamos a conversar. Conversemos, Nat.

—¿Y cómo está la vida social?

—¿Y Londres?

—A Londres no le agradan las conferencias sobre el cielo.

—¿El cielo?

Y el cuerpo comenzó a sacudirse con una risa que iba en aumento, hasta que el agua volvió a correrle por las mejillas.

—Sí, ya lo sé, pero tú no tienes por qué hacérmelo sentir más aún.

Con la mano se limpió las lágrimas, mientras que de su boca se le escapó un hipo.

—¿Por qué sobre el cielo?

—Será sobre ese cielo que nosotros inventamos para después de muertos, por si no estuviéramos preparados para el verdadero cielo.

—¡Eso es justo lo que se te ocurriría a ti! ¡Eres un ser curioso!

Nathaniel tornó una actitud seria. Mirando hacia arriba, indicó con su dedo índice, como si estuviera haciendo referencia a algún libro del más allá.

—Si nos toman tales como somos ahora, el cielo no sería sino una negación. Sin forma, un vacío, ¿me comprendes? Una especie de relámpago negro que destruye todo aquello que llamamos vida…

Nuevamente se oyó la risotada.

—No comprendo nada y poco me importa, pero iré a tu conferencia encantado. Mi querido Nathaniel, no sabes lo que me alegro de verte.

Como un latigazo la luz del fusible encendido azotó la cara de Nathaniel, haciéndolo desaparecer. Quedó mirando hacia abajo por el embudo con su boca abierta de asombro y de terror.

—¡Y pensar que lo quería tanto!

Tanteando en la oscuridad hasta llegar a la escalera de acero pulido que relumbraba vagamente a la luz de las nubes. El centro de su ser trató de resistir, así como un niño trata de resistirse a bajar a un sótano a medianoche; pero sus piernas lo impelían. Subiendo y subiendo, pasando el cañón B hasta llegar al castillo de proa. ¿Me encontraré con él? ¿Estará parado allí esta noche?

Y allí, delineado contra las nubes, como dibujado con tinta china, estaba Nathaniel con sus miembros sueltos y sus gestos casuales, hamacándose con el movimiento y haciendo su saludo nocturno. «¡Cuidado, Nat!», fueron las palabras que casi escaparon de su garganta, pero hizo como que no lo veía. Tengo que tener la menor relación posible con él, y una vez arriba voy a disparar una mecha encendida desde el puente que lo haga volar alejándolo del cuerpo de Mary y dejándome a mí el camino libre.

Puede que no resulte. Tal vez que hoy no permanezca apoyado a popa, rezándoles a sus eones. Adiós, Nat. Yo te he querido mucho, y eso que no está en mí el querer demasiado. ¿Pero qué ha de hacer el penúltimo insecto? ¿Acaso perder su identidad?

Nathaniel bamboleándose, parado con sus piernas separadas, comprendiendo obedientemente que no habían querido verlo. Dejándole en cambio paso al oficial y bajando la escalera torpemente.

Y todo estaba listo. La hora, el lugar y el ser querido.

—Gracias a Dios que por lo menos una vez ha llegado a tiempo. Rumbo cero cuatro cinco; velocidad veintiocho nudos. No hay nada a la vista; continuaremos así una hora más.

—¿Alguna novedad?

—Todo igual. Estamos solos y a treinta millas al norte del convoy. Dentro de una hora enviaremos una señal. El viejo va a subir para ocuparse de eso. Tome, aquí tiene, es muy sencillo. Nada de zigzagueos. ¡Ah! La luna se va a elevar en diez minutos; haríamos un blanco perfecto si tropezáramos con un submarino. Buenas noches.

—Felices sueños.

Oyó los pasos que descendían. Cruzó el puente hacia estribor y miró a popa. Oyó los ruidos de las máquinas y vio el contorno de la chimenea. Una estela blanca se abría a popa. El costado a estribor del alcázar era apenas visible en sus contornos, y, en contraste, la superficie se veía oscura; toda la complicación de lanzatorpedos, cargas de profundidad y cañones elevados al aire hacían difícil el ver si en medio de ellos había una figura inclinada en la baranda. Clavó la vista hacia abajo, preguntándose si había

visto la silueta del predicador con sus manos apoyadas en la cara, o si era obra de su imaginación.

No es Nathaniel el que está apoyado allí; es Mary.

¿No comprendes, pedazo de puta, que tengo que hacerlo, tengo que hacerlo?

—¡Mensajero!

—¿Señor?

—Tráigame una taza de chocolate.

—Sí, señor.

—¡Ah!, y, mensajero…, no, nada, no importa.

Pasos descendiendo la escalera. La oscuridad y el viento de la velocidad. Un resplandor a estribor que surgía como el fuego distante de una ciudad arrasada. La salida de la luna.

—¡Vigía de babor!

—¿Señor?

—Vaya rápido hasta la timonera y tráigame el otro par de lentes nocturnos. Creo que éstos necesitan ser reparados. Los podrá encontrar en un estante sobre la mesa de mapas.

—Cómo no, señor.

—Yo me ocuparé de su sector durante su ausencia.

—Sí, señor.

Pasos descendiendo la escalera.

Ahora a ensayar la escena. Deambular distraídamente hacia babor. Hacer una pausa. Ahora, ahora, ahora.

Correr hacia la bitácora, echarse sobre el tubo de comunicación y con una voz de urgencia, aguda, destemplada, atemorizada…

—¡Todo a estribor, por amor a Dios!

Un golpe destructor que nada tenía que ver con la escena. La espuma levantándose como una nube; el universo girando. El *shock* al caer en algún sitio, la boca llena y él luchando en todo sentido dentro de esa agua negra e impenetrable.

Su boca arrancó gritos de rabia ante la blancura que se elevaba del embudo.

—¡E impartí la orden debida!

Ya no le era posible mirar las olas, pues la blancura que se elevaba las hacía desaparecer a cada instante. Obligó a su vista a mirar su cuerpo vestido. La ropa estaba empapada y las medias de mar parecían fregonas. Su boca pronunció palabras mecánicamente:

—¿Por qué me habré sacado las botas cuando me encontraba en el agua?

El centro de su ser le ordenó que fingiera y que continuara fingiendo.

La boca poseía su propia sabiduría.

—Aún me queda la locura; es un refugio como una grieta en la roca. Un hombre que ha perdido todas sus defensas puede ampararse en la locura como cualquiera de esas vidas con caparazones que se escabullen y se refugian allá entre las algas donde se encuentran los mejillones.

Encontrar algo donde fijar la vista.

—La locura daría cuenta de todo, ¿no es así, querida?

Haz algo, y si no, mira.

Se levantó tambaleando contra el viento mientras la lluvia le azotaba el cuerpo. Bajó por la Calle Principal y halló su capote convertido en un recipiente anegado por los torrentes. Tomó la gorra y comenzó a achicar el capote y a llevar el agua hasta el pozo. Concentró su atención en las leyes de la naturaleza; pensó cómo caía la lluvia y cómo se estancaba; se le podía pronosticar; era fácil de manejar. De cuando en cuando la roca se estremecía, una nube blanca se alzaba sobre el Mirador, dejando arroyuelos de espuma en las zanjas superiores. Cuando hubo vaciado su capote, lo levantó y, escurriéndolo, se lo puso. Jugueteando con los botones y tratando de abrocharlos, el centro de su ser se distraía de aquello que estaba por venir. Aplastado contra la piedra, de frente al Claudiano, donde la espuma pendía en racimos, recibió un golpe en la espalda, mientras baldes de agua caían en la zanja, levantando los lados, para después asentarse espumosamente en el fondo. Tanteando llegó hasta la grieta, donde entró retrocediendo. Se colocó la gorra y apoyó la frente sobre los brazos. El mundo se ensombreció y sólo supo de él a través de los sonidos.

—Si un enajenado oyera esos ruidos diría que son truenos, y naturalmente que lo serían. No tengo por

qué escuchar en esa forma. Más allá del horizonte, donde los barcos pasan cruzándose, también oirán el ruido de los truenos. Pero acá tengo que escuchar la tormenta que va a azotar la roca, y a golpear a este pobre desgraciado hasta la locura. Él no quiere enloquecer, pero tendrá que someterse. ¡Piensen! ¡Todos ustedes que están acostados en camas abrigadas, piensen en este pobre marino británico, aislado sobre una roca, perdiendo la razón, no porque lo desee, sino porque el mar es un verdadero terror…, el peor terror que existe, el peor que se pueda imaginar!

Todo su ser cooperaba, pero con el oído alerto. Ahora concentraba su atención en las palabras que escapaban de su boca, porque, al tener los ojos cubiertos, podía examinar las palabras como lo había hecho con los pensamientos. Le proporcionaba una música de fondo.

—¡Ay, socorro, socorro! Me estoy muriendo, expuesto a la intemperie. Me estoy muriendo de hambre y de sed. Soy como un madero flotante atrapado en una grieta. Yo he cumplido mi deber con ustedes y ésta es mi recompensa. Si tan sólo me pudieran ver se morirían de pena. Yo era joven y buen mozo, con un perfil de águila y pelo ondeado; era brillantemente inteligente y me ofrecí para combatir a vuestros enemigos. Soporté el agua y luché contra el océano entero. He lidiado con una roca, con gaviotas, langostas, focas y hasta con una tormenta, y ahora estoy descarnado y débil. Mis coyunturas sólo son protuberancias y mis extremidades parecen palos. Mi cara está chupada y mi pelo emblanquecido por el sufrimiento y la sal. Mis ojos son piedras opacas…

Su centro tembló. Se oía otro sonido más allá de la tormenta, de la música de fondo y de las palabras sollozadas que escapaban de la boca.

—… mi pecho es como las cuadernas de un barco abandonado, y cada respiración me cuesta un esfuerzo…

Comparándolo con el rugir del viento, de la lluvia y de las olas, el sonido era tan vago que atraía la atención. La boca, reconociendo esto, procuraba hablar más fuerte.

—Me estoy volviendo loco. Los relámpagos se mueven libremente sobre el mar enfurecido. Me siento con fuerzas nuevamente…

Y la boca cantaba.

Su ser todavía escuchaba a través del canto, de la música de fondo y del tumulto exterior y otra vez oyó aquel sonido. Por momentos lo confundía con los truenos.

—¡Hoé, hoé! Los relámpagos de Thor me atacan desafiantes. Llamarada tras llamarada, surgen como fuegos blancos; rayos arrojados sobre Prometeo; rayos de una blancura enceguecedora, blanca y quemante; el hombre en la roca, blanco del cielo…

Si se prestaba una gran atención, tal cual su ser estaba obligado a hacer, el ruido se oía distante y apagado. Podía provenir tanto de truenos como del fuego de cañones. También podía ser el redoblar de un tambor. La boca se aferró a esa idea.

—¡Rat-a-tat-tat-tat! ¡Llegan los soldados y han aprehendido a mi emperador! ¡Rat-a-tat!

O podía ser el ruido que hacen los muebles cuando se les arrastra en un piso superior, y, ante el pánico que le produjo ese pensamiento, la boca se recogió automáticamente, instintivamente, como lo hace un insecto cuando se le toca.

—Ponlo acá. Enrolla esa punta de la alfombra y así podrás retirar la mesa. ¿Te parece bien colocarlo cerca del tocadiscos? Quita ese disco y pon algo heroico y firme como una roca.

Podía ser el ruido que hacen los sacos de harina que, deslizándose por una escalera de hierro, resuenan al caer sobre un puente de acero.

—¡Todo a estribor! ¡Todo a estribor!

Podía ser el ruido que hace una chapa de cómo cuando se le sacude detrás de los bastidores.

—Tengo que tener el papel principal o de lo contrario…

La puerta del sótano cerrándose detrás del niño pequeño que se veía impelido a descender, descender en sus sueños para enfrentarse con aquello a lo que había dado la espalda cuando fue creado.

—¡Córtenle la cabeza! ¡Sobre el patíbulo, entre las virutillas y el polvo de carbón!

Pero el centro de su ser lo sabía todo. Lo sabía con una seguridad tal que trasformaba los sonidos de su boca en balbuceos impotentes. El ruido era el golpetear repetido de una pala contra una enorme caja de lata que había sido enterrada.

13

—Loco —se dijo a sí mismo—. Estoy loco furioso. Puedo explicármelo todo; las langostas, los insectos, las durezas, la realidad brillante, las leyes de la naturaleza, los sonidos y lo que veo, las lagartijas voladoras y el desamor… ¿Cómo entonces no ha de estar loco un hombre? Yo les voy a decir lo que es un hombre. Es un ser que gatea hasta que la «necesidad» lo obliga a incorporar la parte superior de su cuerpo, convirtiéndolo en un ser híbrido. Es un capricho de la naturaleza; un feto al que se le ha robado su desarrollo natural; un feto lanzado al mundo, protegido únicamente por un pergamino que ni siquiera tiene cabida suficiente en su boca para su dentadura, y con un cráneo blando y abultado. Pero la madre natura, en su sabiduría, agita ese cráneo que va endureciéndose, provocándole una tormenta interna, una tormenta constante de relámpagos blancos y centelleantes. Todas esas langostas y lagartijas no son sino relámpagos esporádicos, obra de la casualidad. La parte sana de su ser son sus entrañas, que recorren un circuito simple; ¿pero cómo ha de mantenerse invariable ese cráneo al que se remueve constantemente? Tironeado por la fuerza del universo, influenciado por los trazos grabados en los libros, su frente surcada por arrugas impresas por los sufrimientos y los tormentos, desequilibrado por el terror, el espíritu enferma: con el último jadeo aislado, sobre una roca en el mar, la mente de ese hombre rebasa y entonces se convierte en un loco perdido.

Experimenta las distintas sensaciones: café, vino del Rhin, *gin*, madera, terciopelo, nailon, la boca, tibieza y desnudez empapada. Curvas débiles como grietas, o cerradas como los labios rojos de las anémonas. Aguijones. Dominio e identidad.

—Ustedes son la intersección de todas las corrientes. No existen fuera de mí. Si yo he enloquecido, entonces ustedes también se han vuelto locos. Ustedes que me hablan desde aquí adentro, ustedes y yo somos uno solo y estamos locos.

La roca se sacudió una y otra vez. Un frío repentino hirió su cara y lo invadió desde abajo.

Eso era de esperarse.

—¡Nathaniel!

Era el centro oscuro de su ser que procuraba agitarse.

La oscuridad estaba trizada de blanco. Cayó en la grieta dando tumbos sobre aquello que le provocaba sensaciones; sentía ruidos, y por donde quiera que mirara había agua y su boca ávida la acogía gustosa. Tosía, escupiendo. Se alzó de en medio del agua que se arremolinaba hasta sus rodillas, pero el viento lo derribó. La zanja era como un pequeño océano; era como las ya conocidas y recordadas extravagancias de los reflujos del mar.

Aquella que había sido una zanja desecada estaba ahora inundada hasta la mitad por un agua en la que las vetas de espuma se entrelazaban formando círculos. El viento hacía un ruido como el que produce un tren expreso al atravesar un túnel; de todos lados llegaba a sus oídos el destilar, el fluir, el correr de la lluvia que caía a cántaros. Haciendo un esfuerzo trepó la zanja, desatendiendo las palabras que se le escapaban, y súbitamente él y su boca fueron uno solo; dirigiéndose al mundo en general, exclamó:

—¡Grandísimo abusador!

Al levantar la cara sobre el nivel de la pared, el viento le hundió las mejillas, como lo hace con las de un aeronauta. Y después, el cielo que asomaba sobre la vieja dio un vuelco, trasformándose en una blancura total; segundos más tarde la luz celestial se extinguió y el firmamento entero se desplomó sobre él. Ante la presión enorme se derrumbó, cayendo en el agua de la zanja. El peso se levantó de sus hombros, dejándolo en plena lucha; pero al erguirse de nuevo el cielo le cayó encima otra vez. Pudo arrastrarse a lo largo de la zanja, ya que la fuerza del agua, que formaba un mar dentro de ésta, no era lo suficiente como para doblegarlo, pues sólo le alcanzaba hasta la mitad de la pierna.

Volvió a ver el mundo gris y borrascoso, rasgado por flechas iluminadas, y creyó oír una música

tormentosa con la vibración de los timbales, el estruendo de los instrumentos de bronce y el encantamiento de los violines y las otras cuerdas.

De zanja en zanja, a través del agua, y acompañado de la música portentosa, su ropa deshecha y andrajosa, se abrió un camino heroico con manos desgarradas.

Él y su boca gritaban por encima del tumulto:

—¡Ajax! ¡Prometeo!

La vieja observaba a medida que el hombre luchaba entre embestidas de blanco y negro, y en ese instante la cabeza con máscara plateada fue arrasada por una luz blanca y su figura permaneció encorvada, recortada contra el cielo con sus hombros decapitados.

Cayó dentro de la zanja blanca. Su cara golpeó contra los grabados de aquella laja que parecía un libro y la boca se le llenó de una materia insoluble. Una presión repentina lo estrujó silenciosa, elevándolo primero, para después lanzarlo contra una roca. Mientras el agua lo bañaba, pudo ver, durante un momento, el Mirador delineado contra el cielo; ahora ya no lo ocupaba la vieja y al caer las piedras, esparciéndose, su contorno había variado.

—Ahora ella está libre sobre la roca. Ha salido del sótano hacia la luz del día. ¡Tengo que perseguirla!

Y allí, incrustado contra los huesos de sus costillas, confundido con las otras sensaciones, sentía el dolor y el tormento que le producía su cortaplumas. Arrancándolo con sus manos, le abrió la hoja, y arrastrándose entre las zanjas comenzó la cacería en busca de la vieja. Allí estaba ella, asomada sobre la baranda, pero se esfumó cuando él comenzó a perseguirla furtivamente en el salón verde. Pero ella ya se encontraba frente a las candilejas. Oculto a un lado del proscenio se apercibió que él no llevaba vestimenta adecuada a su papel. De su boca se escapó una exclamación dirigida a sí mismo:

—¡Cámbiate de ropa! ¡No te resta sino ser un extraviado, desnudo y solitario sobre una roca ubicada en el corazón de una tormenta!

Sus garras arrancaron los andrajos, arrojándolos lejos. Vislumbró el brillo de un galón dorado que, junto con una media de mar, se distanciaba flotando en la lejanía, como si fueran un desperdicio inservible.

Vio una pierna rasguñada y con escamas, descarnada como una astilla, y oyó la música que plañía por ella.

Recordó a la vieja y gateando la persiguió por la Calle Principal hasta llegar al León Rojo. El reflujo de las olas sobre las Tres Rocas provocaba una confusión, y esa confusión escondía el sitio donde se había cobijado la langosta colorada.

Con fuerza gritó llamando hacia las rocas, pero la vieja no se dejó entrever; se había deslizado sigilosamente hacia el sótano. Después, vislumbrándola caída en la zanja, luchó hasta alcanzarla y, cayéndole encima, comenzó a hacerle tajos con su cortaplumas mientras exclamaba enfurecido:

—¡Esto te enseñará a no acosarme! ¡Esto te enseñará a no perseguirme por entre los sótanos, los automóviles, los lechos, las cantinas! ¡Tú persiguiéndome siempre, y yo corriendo, corriendo sin cesar, corriendo tras mi identidad, corriendo a lo largo de toda mi vida hasta morir sangrando!

Él y su voz eran uno solo. Sabía que la sangre no era sino agua del mar, y que la carne desgarrada y deshecha no era sino el capote.

Y ahora la voz se convirtió en un balbuceo que cantaba, injuriaba, pronunciaba palabras ininteligibles y tosía. Llenaba cada instante del tiempo que transcurría con sonidos; sonidos tan aglomerados que lo ahogaban; su ser comenzó a verse como si fuera otro, porque no todos los instantes estaban ocupados por sonidos. La boca salivó, cobrando un poco de cordura.

—Y al final de todo, las alucinaciones, visiones, sueños e ilusiones se tornarán obsesionantes para ti. ¿Qué otra cosa puede esperar un loco? Se te aparecerán sobre la roca sólida, la verdadera roca; aprisionarán toda tu atención, acaparándola, y entonces no serás sino un loco.

De inmediato vio delante de él la alucinación. La presintió antes de haberla visto, porque estando dentro de la zanja sintió un temor reverente enmarcado por la espuma que, silenciosa, lo sobrevolaba todo. Veía la alucinación sentada sobre una roca en el extremo de la zanja, y el hombre, tomando una decisión desesperada, la enfrentó, mirándola a través de sus ojos turbios. Entrevió el resto de la depresión y la cruzó en medio de un agua que permanecía gravemente estática y que sólo se movía cuando sobre ella se abatía una ráfaga que estremecía la espuma. Cuando se hubo acercado a la alucinación, la observó detenidamente desde las botas hasta la cabeza y luego, dirigiéndose a ella, le dijo:

—Eres una proyección de mi mente; pero para mí eres un punto de atracción. Quédate donde estás.

Apenas si se movieron los labios al contestar:

—Eres una proyección de mi mente.

Se le escapó un gruñido.

—Eres una regresión infinita, o mejor dicho, es como si estuviéramos dando vueltas y vueltas alrededor de una noria. Podríamos continuar así eternamente.

—¿Ya has tenido bastante, Christopher?

Miró los labios; eran definidos como las palabras. Un pequeño resto de saliva los juntaba en las comisuras.

—¡Jamás podría yo haber inventado eso!

El ojo más cercano al Mirador se veía sanguíneo. Más allá, desprendiéndose de la puesta de sol, una franja roja desaparecía detrás de la roca, y por encima de todo volaba la espuma pulverizada. Podía contemplar la puesta de solo el ojo, pero no le era posible mirar los dos a la vez. Tampoco podía observar el ojo y la boca al mismo tiempo. La nariz se veía brillosa, tenía el color de cuero y estaba llena de poros. La mejilla izquierda pronto necesitaría una afeitada, pues alcanzaba a ver los pelos por separado. Lo que no podía ver era la cara en conjunto. Quizás más tarde la pudiera recordar. Era una cara inmóvil que tenía la cualidad extraña de impedir que se le inspeccionara en su totalidad. Sólo podía investigar una facción a la vez.

—¿Si he tenido bastante de qué?

—¡De sobrevivir; de aferrarte a la vida!

Se vio forzado a examinar cada prenda de ropa. Había un capote con un cinturón amarrado porque los botones habían sido arrancados; debajo de éste se veía un suéter de lana con cuello alto; la gorra estaba ligeramente inclinada hacia atrás, y encima de las medias de mar las manos descansaban apoyadas en las rodillas. Después se veían las botas de buena calidad, brillosas, empapadas y sólidas. Contrastando con éstas, la roca parecía hecha de cartón. Inclinándose hacia adelante, enfocó su ojo magullado sobre el empeine del pie derecho. Ya no se oía ninguna música de fondo ni el silbido del viento; sólo existía la goma negra y resplandeciente de las botas.

—¡No me había detenido a pensar en eso!

—¡Piénsalo ahora!

—¿Con qué fin, si ya estoy loco?

—Porque todo se va a desmoronar, aun esa misma zanja.

Hizo un esfuerzo por reírse del ojo sanguíneo, pero sólo oyó un sonido como un aullido. Le lanzó unas frases a la cara:

—Y el sexto día creó a Dios. Por lo tanto te doy permiso para hacer uso únicamente de mi vocabulario. Lo creó a su imagen y semejanza.

—¡Piénsalo ahora!

Vio que el ojo y la puesta de sol se fusionaban y entonces se cubrió la cara con los brazos.

—No puedo, no quiero.

—¿En qué crees tú?

Bajó la mirada hacia la bota negra, negra como el carbón y la oscuridad del sótano, y se vio obligado a contestar:

—En el hilo que me mantiene con vida.

—¿A cualquier precio?

Repite lo que dije:

—A cualquier precio.

—De manera que sobreviviste.

—Eso fue puramente suerte.

—Fue la inevitabilidad.

—¿Entonces los otros no deseaban vivir?

—Hay grados diferentes de desear una cosa.

Dejó caer los párpados sobre sus ojos, borrando así las botas. Después gruñó:

—¡Si logro sobrevivir, tengo derecho a la vida!

—¿Dónde está escrito eso?

—Entonces no hay nada escrito.

—¡Piénsalo!

Se enfureció ante los pies negros e inmóviles sobre la roca que parecía cartón.

—No lo voy a pensar. Yo te he creado y puedo crear mi propio cielo.

—Ya lo has creado.

Miró de reojo, vio el agua que se encrespaba y también sus piernas y rodillas esqueléticas: sintió la lluvia y el frío salvaje contra su carne.

Comenzó a murmurar:

—Yo lo prefiero así. Tú me diste el poder de elegir y toda la vida me has guiado cautelosamente hacia este sufrimiento sólo porque la elección fue mía propia. Ahora sí lo comprendo todo. No importa lo que haya hecho a lo largo de mi existencia, al final me hubiera encontrado sobre ese mismo puente, a la misma hora, dando la misma orden, la orden correcta o la orden incorrecta. Y suponiendo que yo al subir del sótano, y al alejarme, haya pasado por encima de los cuerpos de personas derrotadas y usadas, destruyéndolos para abrirme paso por un camino que me alejara de ti, ¿por qué habrías de torturarme? Si yo los devoré, ¿quién fue que me dio la boca?

—En tu idioma esa pregunta no tiene contestación.

Inclinándose hacia atrás, miró a la cara con ira y le gritó:

—Lo he pensado y lo prefiero así a pesar de todo el sufrimiento.

—¿Lo prefieres a qué?

Quiso asestarles golpes a las botas, y, enfureciéndose débilmente, le chilló:

—¡Vuelve, vuelve enseguida al relámpago negro!

Al golpear la roca empapada, se arrancaba la piel de sus manos machucadas. Parloteando con su boca temblorosa, llegó hasta la última zanja.

—¡Pobre marino enloquecido sobre una roca!

Trepó por la Calle Principal, declamando:

¡Torrentes, rugidos, bramidos!
Que vengan las lluvias, el viento, el granizo, sabor a sangre.
Tormentas y tornados…

Corría por el Mirador, tropezando contra las piedras sueltas.

… huracanes y tifones…

Se veía una media luz, una luz de tormenta que parecía rayada con líneas tenues, y un mar ondulado por cerros y valles. Las olas monstruosas avanzaban de este a oeste en procesión interminable y, en medio de toda esa confusión, la roca no era más que una insignificancia; pero no obstante arremetía hacia adelante dejando una estela blanca al abrirse paso, indiferente al naufragio, e impeliendo a la Roca de Seguridad a estrellarse contra los riscos como si hubiera sido la proa de un barco. Chocaría contra un acantilado con su proa de piedra, y el agua, estallando en el aire, caería sofocada, bañando el castillo de proa y deslizándose debajo del puente de mando. Después, una nube de espuma barrería el puente, despojando al hombre de todo pensamiento y robándole la respiración.

Se arrojó sobre una piedra cuadrada que se encontraba allá donde antes se había parado la vieja con su cabeza enmascarada. Montó en la piedra a horcajadas, enfrentando el viento, la tormenta y las olas. Volvió a oír la música de fondo mientras su boca, temblando, hablaba:

—¡Rápido, más rápido!

Su roca continuaba avasallante y él la taloneaba como si llevara espuelas.

—¡Más rápido!

Cada ola era un acontecimiento en sí; podía llegar una, revuelta y ondulante en la luz tormentosa, destellando sobre la superficie como una llamarada en el cerebro. Más allá de la Roca de Seguridad el agua poco profunda chocaría con la ola más cercana, y ésta, apresada, se elevaría furiosa y, rugiendo, rompería contra la roca; entonces la roca no sería sino una cosa insustancial dentro del remolino de agua que, al girar sobre sí mismo, se trasformaría en espuma devoradora. La parte superior de la ola, abarcando una superficie de cien yardas, al moverse hacia adelante caería disgregándose dentro de un tumulto espumoso que a su vez sería lanzado como un ejército contra la roca.

—¡Más rápido aún!

Su mano encontró el disco de identidad y lo sujetó, alejándolo. Su boca vociferaba:

—¡Escupo sobre la compasión de ustedes!

Desde más allá de las olas y las nubes le llegó un sonido que pudo reconocer. No era tan fuerte como el ruido del mar o el de la música o la voz; pero él comprendió. Retiró su cuerpo de encima de la roca y lo arrebujó dentro de una zanja. Al dejarse caer, su vista alcanzó a ver la liana negra de un relámpago que se extendía a través del cielo oriental y entonces bajó sobre sus ojos esos párpados de carne con flecos de pelo. De nuevo le llegó el ruido de la pala que golpeaba contra el cofre de lata.

—¡Toda marcha a estribor! Voy a hacer que nos matemos los dos. Voy a embestir el auto contra ese

árbol, pero del lado tuyo, y entonces reventarás. ¡No había nada escrito!

Pero su ser sabía lo que debía hacer. Era más sensato que la boca. Llevó al cuerpo arrastrándolo sobre la roca hasta el pozo de agua. Escarbó entre el limo y la espuma circulante. Hundió las manos desgarrando el agua y cayó de bruces dentro del charco. Se retorció como lo hace una foca sobre una roca, mientras el agua fresca brotaba de su boca a borbotones. Llegó hasta el extremo taponado y levantó las piedras. Se oyó un ruido semejante al raspado y a algo que se quebraba y enseguida el sonido de una cascada de piedras y de agua que caía. La luz tormentosa invadía el espacio abierto y por allí se veían las olas. Un cuerpo yacía en el hoyo viscoso que había contenido el agua fresca.

—¡Loco! ¡Ésta es la comprobación de mi locura!

Eso obligó al cuerpo a retroceder del hoyo, enviándolo al sitio donde se había encontrado el Mirador.

En el cielo se podían ver ramificaciones del relámpago negro y se oían ruidos lejanos. Una de las ramificaciones, atravesando el firmamento, llegó hasta el mar, extinguiéndose; pero permaneció allí; el océano dejó de moverse, se congeló, convirtiéndose en papel, papel pintado, partido en dos por una línea negra. Y sobre el mismo papel estaba pintada la roca. Todo el mar pintado tenía una fuerte inclinación; pero nada se deslizaba hacia abajo, cayendo en la ranura negra que lo había abierto. La ranura era total, absoluta y más que real.

El centro de su ser no tenía seguridad alguna de lo que había hecho. No sabía si había lanzado el cuerpo hacia abajo o si había dado vuelta el mundo, invirtiéndolo. Tenía una roca delante de la cara, y con unas garras como langostas asestaba golpes. Observaba la piedra que tenía entre las garras.

Se difundió en el cielo un relámpago total. Ya no se oía ruido alguno porque los sonidos carecían de importancia. No se oía la música ni tampoco llegaban rumores del mar inmóvil e inclinado.

La boca continuó parloteando un rato y después se fue acallando hasta que se produjo el silencio.

Ya no tenía boca.

Pero el centro de su ser aún resistía. Obligaba a los relámpagos a que lo reemplazaran en lo que no les era posible hacer, y entonces pudo percibir, mediante una forma de ver sin ojos, que los trozos de cielo que se veían entre medio de las ramificaciones de los relámpagos negros eran los abismos de la nada. E inducido por el terror y la furia, vomitó en una forma que no necesitó de boca. Aulló sin palabras y sin voz hacia el abismo de la nada:

—¡Me cago en tu cielo!

Las líneas y las lianas avanzaron por el mar. Un fragmento de tormenta se desprendió, como una hoja muerta, dejando un claro que unía el cielo y el mar a través del horizonte. Y ahora el relámpago descubría reptiles flotando, o planeando sin movimiento, y una liana los alcanzaba, suspendiéndolos. Los reptiles se resistieron, cambiando un poco de forma, y después ellos también se desprendieron para desaparecer. Un valle de vacuidad se abrió a través de la Roca de Seguridad.

Su centro puso su atención en la piedra que sujetaba entre las garras. Era más dura que la roca, más brillante, más salida, y dañaba los serruchos de las garras que la sujetaban.

Haciendo un viraje el mar desapareció. Los fragmentos al alejarse no eran visibles; parecían sumergirse dentro de ellos mismos, destruidos, desecados, borrados como un error.

Las líneas de negrura absoluta penetraron la roca, comprobándose que era tan insustancial como el agua pintada. Se desprendieron pedazos, y no quedó más que un islote de materia acartonada rodeando las garras, y el centro de su ser sabía que lo cercaba un algo que era la nada.

La roca entre las garras era sólida; era cuadrada y sobre su superficie había un grabado. Las líneas negras se hundían, atravesándola, y se juntaban.

Desapareció la piedra, dejando sólo el centro de su ser y las garras. Éstas eran enormes, fuertes e inflamadas al rojo. Contrayéndose se cerraban una sobre la otra. Estaban delineadas contra la nada absoluta, como un aviso nocturno, y se apresaban una con otra con todas sus fuerzas; se quebraron los serruchos. Estaban trabadas y se veían relucientes y reales.

Un relámpago se infiltró furtivo. El centro de su ser estaba ajeno a todo, salvo a las garras y a las amenazas. Fijó su consciente en los serruchos triturados y en el rojo encendido. El relámpago avanzó y algunos de sus trazos apuntaron hacia ese ser a la espera del instante en que lo pudieran traspasar. Otros se acercaron a las garras, jugando encima acechando alguna debilidad y agotándolas con una compasión sin límite y sin piedad.

14

El malecón, si es que así se podía llamar a ese montón de cantos rodados, extendidos a lo largo de la costa, estaba casi cubierto por la alta marea. Enfrentando la proa hacia él, el rastreador se acercó con los motores apagados, aprovechando el impulso del último envión y la fuerza del viento. Detrás de la embarcación se veía una puesta de sol invernal, de modo que, para aquellos ojos que la observaban desde la playa, la nave muy pronto fue sólo una forma negra de la que todo color había desaparecido, mezclándose con las nubes bajas suspendidas sobre el horizonte. Un tinte plomizo cubría el mar entero, salvo en la estela dejada por el bote; ésta formaba un valle brillante de rojo, de rosa y de negro, que llevaba la vista nuevamente hacia el horizonte deslumbrante bajo el sol.

El vigilante en la playa no se movió. Permanecía parado a la espera; sus botas de mar estaban enterradas en los hoyos de arena seca formados por sus últimos pasos. A sus espaldas se veía una cabaña y después el declive suave de la isla.

El telégrafo sonó en la proa de la embarcación, y con un viraje súbito, levantando un agua brillante con sus hélices, viró de rumbo. El espolón gimió contra las piedras. Dos hombres saltaron al malecón y miraron a su alrededor en busca de un poste inexistente. Un brazo gesticuló desde la timonera. Los hombres amarraron las cuerdas en torno de las piedras y permanecieron de pie, sujetándolas.

Un oficial puso sus pies sobre el malecón, y después, dirigiéndose rápidamente hacia la playa, dio un salto, cayendo sobre la arena seca. Sostenía en sus manos unos papeles que el viento agitaba y que parecían crujir como las hojas polvorientas y resecas al final del verano. Vio arena, una cabaña, rocas y el mar. El oficial caminó trabajosamente por la arena seca, mientras sus papeles crujían, y se detuvo a una yarda del vigilante.

—¿El señor Campbell?

—Sí, señor. Usted ha de venir del continente con motivo de…

—Así es.

El señor Campbell se quitó su gorra de tela, para volvérsela a colocar.

—Usted no se ha dado mucha prisa.

El oficial lo miró solemnemente.

—¡Ah!, entre paréntesis, yo me llamo Davidson. ¿Que no me he dado prisa? ¿Sabe usted, señor Campbell, que yo cumplo con este trabajo siete días a la semana?

El señor Campbell movió sus botas. Se acercó para poder observar la cara gris y surcada de Davidson. Sentía un vago olor dulzón en el aliento, y los ojos que no pestañeaban estaban demasiado abiertos.

El señor Campbell volvió a quitarse y colocarse nuevamente su gorra.

—¡No me diga! ¡Figúrese usted!

El asomo de una sonrisa sin humor se dibujó en la parte inferior de la cara de Davidson.

—Esta guerra está muy generalizada, ¿lo sabía usted?

El señor Campbell asintió lentamente.

—Lamento haber hablado. Es muy triste la cosecha que usted recolecta, mi capitán. No comprendo cómo lo puede soportar.

La sonrisa se desvaneció.

—No lo cambiaría por nada del mundo.

El señor Campbell inclinó su cabeza hacia un lado y escudriñó la cara de Davidson.

—¿No? Discúlpeme, señor. Vámonos ahora; le voy a mostrar el sitio donde lo hallé.

Dio media vuelta y comenzó a caminar por la arena pesada. Deteniéndose, indicó un brazo de agua que se alcanzaba a ver más abajo aprisionado por un banco de arena.

—Allí estaba, sostenido todavía por el salvavidas. Ya lo va a ver, naturalmente. También había un cajón

de naranjas quebrado y una caja de lata. Y la franja de algas que siempre queda atrapada acá cuando nos llega el viento del nordeste, así como cualquier otra cosa que esté flotando.

Davidson lo miró de reojo.

—A usted eso le parecerá importante, señor Campbell, pero en realidad lo que yo quiero es el disco de identidad. ¿Se lo quitó usted al cadáver?

—No, no. Yo lo toqué lo menos posible.

—Es un disco oscuro del tamaño de un penique y que con toda seguridad pendía de su cuello.

—No, yo no toqué nada.

La expresión de Davidson se volvió inflexible.

—Es de esperar.

El señor Campbell juntó sus manos, frotándolas inquieto, y carraspeó.

—¿Se lo va a llevar esta noche?

Y ahora fue Davidson quien escudriñó al otro.

—¿Acaso sueña con él?

Campbell alejó su mirada sobre el mar y murmuró:

—Mi mujer…

Levantando la vista vio la cara que parecía saber más de lo que podía soportar y los ojos demasiado abiertos. Supo que no podía dilatar más el encuentro y con un pequeño estremecimiento contestó con una humildad repentina:

—Sí, señor.

Davidson asintió lentamente.

Parados en la playa, delante de la cabaña, se encontraban dos marineros que portaban una camilla.

Campbell señaló con su brazo.

—Está en esa mediagua, junto a la casa, señor. Espero que no le den náuseas. Nosotros rociamos todo con parafina.

—Muchas gracias.

Davidson anduvo trabajosamente por la playa mientras el otro lo seguía. Luego se detuvo. Volviéndose, miró hacia abajo.

—Bueno…

Introdujo una mano en el bolsillo de su uniforme y extrajo una botella plana. Mirando a Campbell a los ojos y sonriendo con la parte inferior de su cara, quitó el corcho, e inclinando hacia atrás la cabeza tomó un trago. Los marineros lo miraban sin hacer comentarios.

—¡Bueno, allá voy!

Llegó hasta la casucha y, sacando una linterna del bolsillo de su pantalón, se agachó, penetrando por la puerta destartalada, y desapareció.

Los marineros no se movían. El señor Campbell esperaba en silencio mientras contemplaba la casucha como si fuera ésta la primera vez que la viera. Examinó las piedras cubiertas de musgo, la techumbre medio hundida y tapada de líquenes, como si fueran un lenguaje profundo y natural que los hombres tendrían el privilegio de descifrar sólo en ciertas y señeras ocasiones.

Desde el interior no se escuchó ruido alguno. Aun dentro de la embarcación toda conversación se había detenido. El único sonido que se oía era el del agua chapoteando sobre la pequeña playa.

Silencio, silencio.

El sol formaba un semicírculo sobre un lecho plomizo y carmesí.

Davidson emergió llevando un pequeño disco que colgaba de un doble cordel. Llevando su mano al bolsillo de su chaqueta, les hizo una seña a los marineros.

—Vamos, pues, entren.

Mientras Davidson buscaba entre sus papeles, Campbell observaba. Lo vio examinar el disco y estudiarlo con detención, para luego anotar los detalles cuidadosamente en un fichero, y advirtió cómo, después de guardar el disco cuidadosamente, se agachó y refregó sus manos en la arena limpia y seca. El señor Campbell, con un gesto de impotencia, extendió sus brazos al cielo y los dejó caer.

—Yo no sé, señor. Soy mayor que usted, pero no lo sé.

Davidson no dijo nada. Se puso de pie y sacó su botella.

—¿Acaso ustedes no adivinan el futuro aquí?

Y el señor Campbell, dirigiendo una mirada triste hacia la casucha, contestó:

—No haga bromas, señor. Eso no fue digno de usted.

Davidson emergió de detrás de la botella. Las dos caras se aproximaron. Campbell leyó la cara del otro,

línea por línea, así como había leído en el deterioro de la casucha. Se contrajo, retrocediendo, y apartó la vista, posándola allá donde el sol se estaba poniendo, aparentemente para siempre.

Los marineros salieron de la casucha llevando entre los dos una camilla que ya no estaba vacía.

—Muy bien, muchachos. Sigan adelante. Los espera un trago en la embarcación.

Los dos marineros continuaron cautelosamente por la arena hacia el malecón. Davidson se volvió a Campbell.

—Le agradezco, señor Campbell, en nombre de este pobre oficial.

El señor Campbell arrancó sus ojos de la camilla.

—Esos salvavidas son perversos. Le dan esperanzas a un hombre cuando ya no tiene salvación. Son crueles. Nada tiene que agradecerme, señor Davidson.

En la penumbra miró de frente a Davidson.

Éste meneó la cabeza.

—Puede que tenga razón; pero de todas maneras le agradezco.

—Yo no he hecho nada.

Volviéndose, los dos hombres vieron a los marineros cuando levantaban la camilla para colocarla sobre el malecón.

—¿Y usted hace esto todos los días?

—Todos los días.

—Señor Davidson…

El señor Campbell hizo una pausa tal que Davidson se sintió obligado a darse vuelta para mirarlo; pero el otro no lo miró a los ojos.

—Usted y yo somos el símbolo del intercambio humano. Nos encontramos acá, aparentemente por casualidad, en un encuentro imprevisible y que jamás se ha de repetir. De allí que quisiera hacerle una pregunta que quizás traiga aparejada una respuesta brutal.

Davidson empujó para atrás su gorra de oficial y frunció el ceño, mientras Campbell, mirando fijamente la casucha, dijo:

—Allí ve usted esa casucha, quebrada y profanada. Retornando a la tierra con sus vigas carcomidas y su techo hundido…, una ruina. ¿Cree usted que alguna vez algo vivió allí?

El entrecejo tenía ahora una expresión de desconcierto.

—Me temo que en realidad no lo comprendo.

—Toda esa pobre gente.

—¿Los hombres que yo?

—La cosecha. La triste cosecha. Usted nada sabe de mis creencias…, llamémoslas mis creencias oficiales, señor Davidson; pero al haber vivido todos estos días junto a ese pobre ser abandonado… ¡Señor Davidson!, ¿cree usted que existe alguna supervivencia?, ¿o será eso todo?, ¿igual que la casucha?

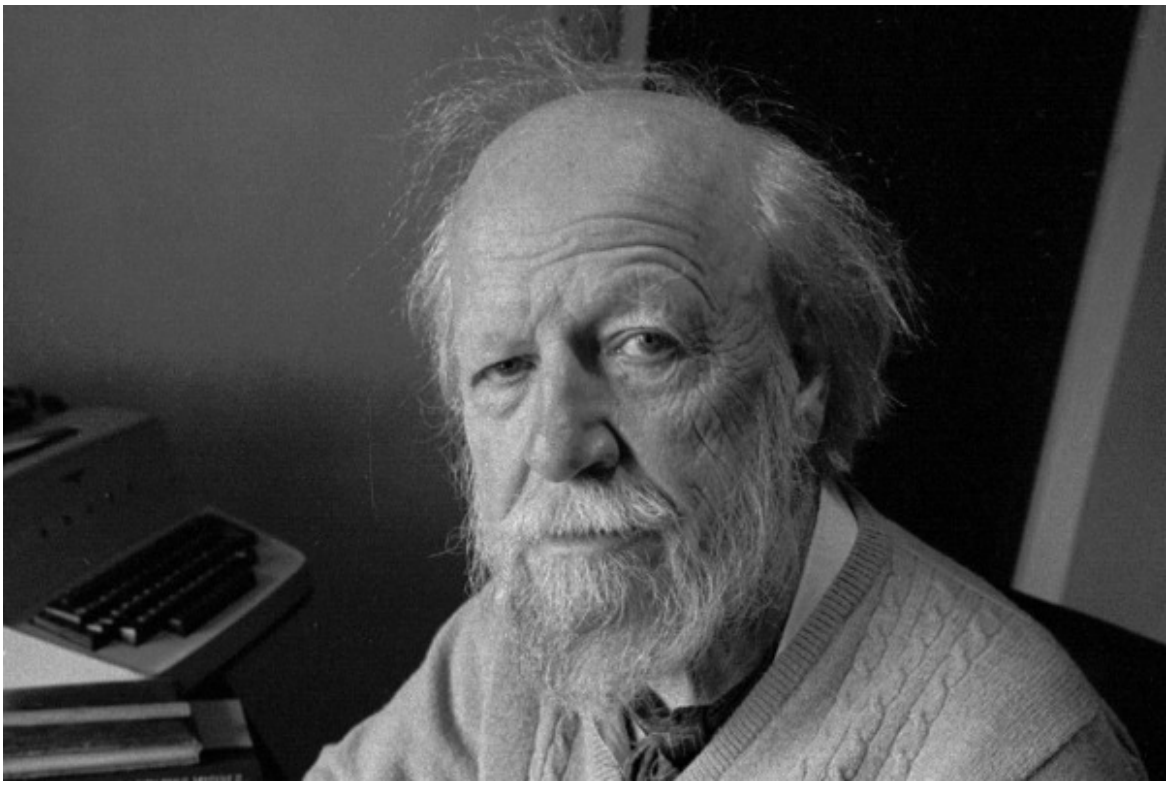
—Si usted está preocupado por Martin, preocupado por saber si sufrió o no…

Se hizo un silencio. Más allá de la embarcación el sol declinó como un barco en llamas y desapareció, dejando de recuerdo sólo unas nubes semejantes a humo.

El señor Campbell suspiró.

—Sí —dijo—. Es eso mismo lo que quería decir.

—Entonces no se preocupe por él. Usted mismo vio el cuerpo. Ni siquiera tuvo tiempo de quitarse sus botas de mar.



WILLIAM GOLDING (1911-1993) está considerado como uno de los grandes autores en lengua inglesa del siglo XX. De familia muy activa social y políticamente, Golding estudió en Oxford literatura inglesa, publicando su primer poemario en 1934. Tras la Segunda Guerra Mundial, en la que participó como miembro de la marina británica, logró publicar en 1954 su primera y más conocida novela, titulada *El señor de las moscas*. A partir de esta obra, Golding pasa a dedicarse a la literatura y a desarrollar varias teorías tanto políticas como sociales y literarias relacionadas con *El señor de las moscas*. Del resto de su obra destacan obras como *Martín el náufrago* o la trilogía de los *Ritos de Paso*. Entre otros premios y galardones, Golding logró el Premio Nobel de Literatura en 1983 por su capacidad para unir tanto la oscura realidad del ser humano con un vibrante espíritu de aventuras. Cinco años más tarde fue ordenado Caballero de la Orden del Imperio Británico. William Golding murió en Perranaworthal el 19 de junio de 1993, dejando inacabada su última novela, *La lengua oculta*.

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Sobre el autor